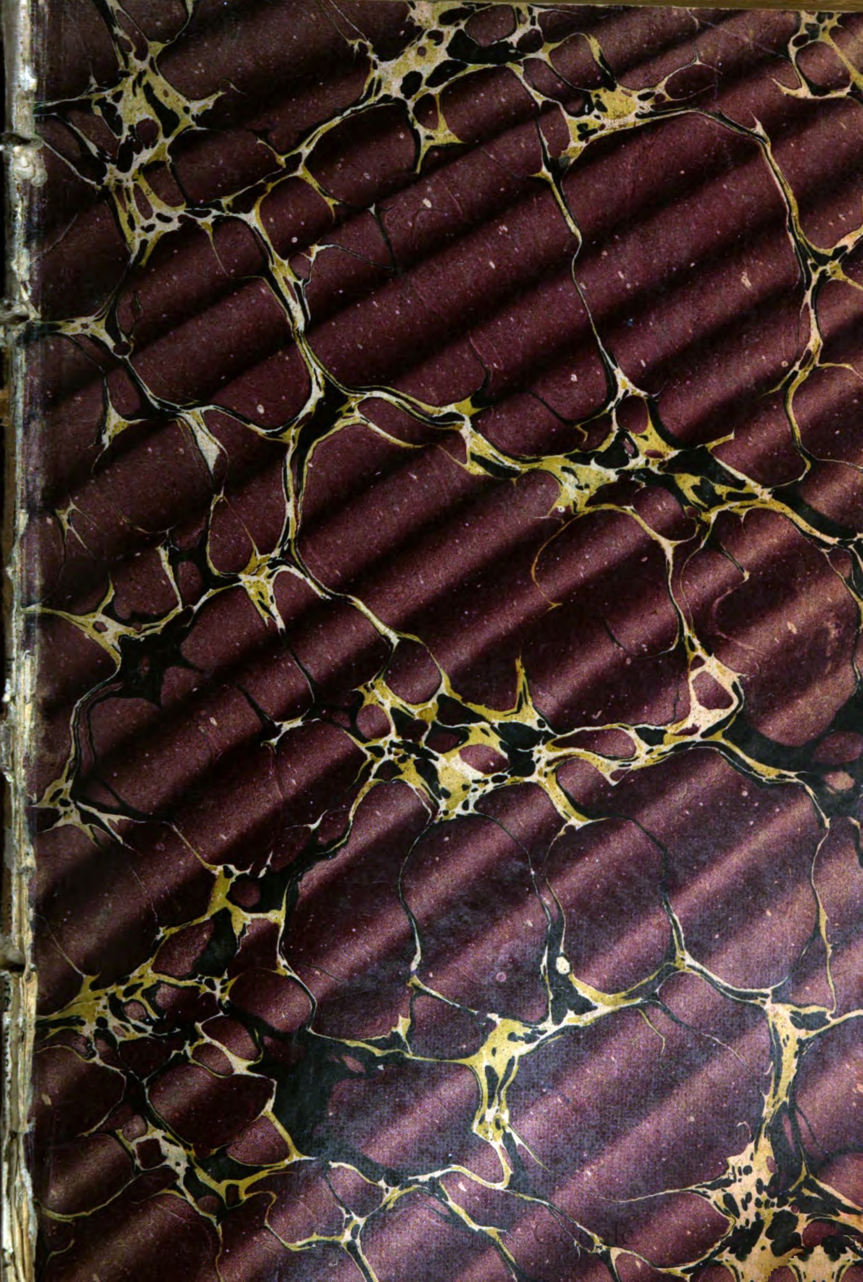





INDIANENSIS UNIVERSITATIS SIGILLUM
LUX
ET VERITAS
MDCCCXX



## NOTA.

Criticaron esta Obra de la Srā. de Veintemilla

Canónigo José Nieto = (Quito).–
Cdte. Isaac Acosta = (Tulcan).–
Rafáel M. Mata = (Quito).–
Dr. Antonio Flores, ex-Presidente
del E^dor ??? (anónimo) = Quito.–
Dr. Juan Benigno Vela = (Ambato)

## FIN.

Véase la Conferencia, sobre Psicología Moderna, pronunciada por la Srā. Marieta de Veintemilla, en los Salones de la Universidad Central de Ecuador, en una de las Misceláneas de la Biblioteca de Obras Nacionales del Dr. A. B. Santiana.

MARIETTA DE VEINTEMILLA.

De l...

# PAGINAS DEL ECUADOR.




LIMA.

IMPRENTA LIBERAL DE F. MASIAS Y Cª
Calle de la Union (Baquíjano) 317.
1890.




Marietta de Veintemilla

(En 1.890.)

## DOS PALABRAS. 

No pretendo llamar la atención con hechos de mero carácter individual. No me inspira nada en que pueda adivinarse el vanidoso estímulo de muchos, que se creen en el caso de hacer saber al mundo lo que les ha ocurrido en tal ó cual circunstancia de la vida, prescindiendo, en general, del interés patrio é histórico.

Mi empeño es algo más elevado, pues conduce á hacer luz sobre acontecimientos políticos del Ecuador, en los que, si me cupo una pequeña parte, no puedo menos que consagrarles este recuerdo, haciendo un llamamiento á la verdad y á la justicia, únicas fuentes de inspiración honrada para el que confía en el recto criterio de sus semejantes.

Las páginas que entrego al público, no son tampoco, vindicatorias de mi señor tio el General Ignacio de Veintemilla. Ni él las ha menester, ni emprendo yo una tarea exclusiva, casi vedada para mí, desde que él no la halló necesaria, al dejar para justificarse la sola acción de los tiempos, que ha puesto de

relieve á los hombres que le sucedieron en el poder.

No me aflije el temor de que se me conteste con acritud en algunos puntos que ponen de manifiesto el carácter de ciertos individuos tristemente célebres en el Ecuador.

Si el derecho de defensa no se le niega á los criminales comunes, natural es esperar que los reos políticos dejen oir sus descargos, cuando les saca del indiferentismo público una voz acusadora; lógico es aguardar de los que no desempeñaron un papel muy honroso, no simplemente el descargo, sino que hasta el insulto.

Razones hay, sin embargo, que no serán jamás destruidas por las observaciones de la parte contraria. Hechos se citan contra los que no hay argumento posible, restando á los que aparecen como criminales, el trillado camino de las injurias.

Cuántos han sido los comentadores y hasta los simples narradores de los sucesos contemporáneos, que obtuvieron por toda respuesta una diatriba!

Cuántos son los que se defienden, buscando el menguado auxilio de las desvergüenzas!

Pero, ya digo y repito: ni persigo el aplauso, ni me intimida el insulto. Cumplo con una necesidad de mi espíritu y acepto sin temor las consecuencias.

*Marietta de Veintemilla.*

# CAPITULO PRIMERO.

El Ecuador y sus fanatismos.—Constitución de 1830.—Presidente Flores. — Rocafuerte.— Segunda administración de Flores.—Roca.—Vice-presidente Ascásubi.—Doble proclamación de 1849.—Noboa.—Dictadura de Urvina.—General Robles.—Tratado de Mapazingue.—García Moreno —Carrión.—Espinosa.— Revolución y tiranía de García Moreno.—Los Veintemilla.—Muerte de García Moreno: sus victimarios.—León y Salazar.—Gobierno provisorio de Eguiguren y Pólit.— Elección de Borrero.—Dictadura de Veintemilla.

## I.

El Ecuador como todos los demás países sud-americanos, tiene una historia accidentada y llena de episodios lúgubres, en que se destaca, primera, la sombra del fanatismo. Llámesele religioso ó político, pero fanatismo siempre, es él el causante de las desgracias que todavía le aquejan.

Amalgama de hechos heroicos y maquinaçiones ruines; auroras de libertad con crepúsculos de humillación esclavócrata; santo anhelo de mejoramiento nacional y postración de fuerzas por la lucha entre lo bueno y lo malo: he allí el resumen de esa historia que todavía no se ha escrito con la entera independencia que se demanda, y á la que es justo atender con unas páginas siquiera, que mañana sirvan entre documentos mil de su especie, para el sereno juicio de la posteridad.

Voy á trazar en la primera parte de este libro, aunque á grandes rasgos, el carácter de los gobiernos que se sucedieron desde la emancipación española, hasta el advenimiento del General Ignacio de Veintemilla, punto capital de mi trabajo, pues son solo unas páginas de la historia, como he dicho anticipadamente, las que quiero escribir en el reposo del ostracismo.

---

## II.

La era autonómica del Ecuador comienza el 10 de Agosto de 1830, con la reunión del congreso de Riobamba.

La constitución dada, en un todo semejante á la de Cúcuta, difería en el punto de la reelección del Presidente, que no se admitía por la carta Ecuatoriana, como en la de Colombia.

Otros pequeños cambios se introdujeron también, que no hacían muy diferentes ambas constituciones, llamadas al desgarramiento continuo en los países respectivos.

El 22 de Setiembre del mismo año, prestó juramento y se posesionó de la Presidencia, el General Juan José Flores, electo por la Asamblea de Riobamba.

La primera vice-presidencia recayó en Joaquín Olmedo, el ilustre cantor de Junín, que tuvo así, un galardón merecido por su patriotismo; si bien alcanzó este honor al lado de un hombre que no pareció tenerlo.

Flores gobernó lleno de afanes é incerti-

dumbres, combatiendo incesantemente á los revolucionarios que disputaban su predominio, llamándole tirano, sanguinario y cruel, por las antiguas y recientes campañas que capitaneó en el Ecuador, y en las que, no puede negarse, exhibió condiciones políticas que á nadie causan envidia.

Nunca un país en revolución, alcanzó á ver mayor número de asesinatos, violaciones de la ley, escaramuzas y batallas tan repetidas, como en la época del primer presidente constitucional del Ecuador.

Algunos de sus tenientes, generales y coroneles de triste recordación, entre los que se destaca Otamendi, ejercieron actos de salvajismo inaudito.

Otamendi, negro valeroso y de acertados planes militares, fué el brazo derecho de Flores, que no sobresalió por el coraje, dotado como estaba para la intriga mejor que nadie lo estuvo.

El general oriundo de las africanas selvas, exhibió, realmente, una ferocidad extra-

ordinaria con sus vencidos. Después de la batalla de *Miñarica*, hizo degollar un gran número de prisioneros. Las leyes del atavismo no se cumplieron del todo, felizmente, en Otamendi, por encontrarse en el Ecuador; de otra manera, ese hombre negro hubiera masticado la carne de sus enemigos, imitando á los progenitores suyos del Congo ó la Nigricia.

Flores nada hizo, pues, en bien de su patria adoptiva, ó nada pudo hacer de provecho, por las revoluciones en que se viera, corriendo de Guayaquil á Quito, constantemente.

Dudosas son, sin embargo, las buenas intenciones que pudo tener el que una vez fuera del mando, pretendió,—como es hoy de notoriedad,—ganar á la corona de España, nuevamente, y por la traición, las posesiones de América.

## III.

Sucedió en el mando al General Flores, el Señor Vicente Rocafuerte, miembro de

una distinguida familia, educado en España, y hombre de habilidad reconocida.

Los antecedentes políticos de Rocafuerte, no eran, en la apariencia, los más apropósito para llevar al Ecuador la calma anhelada después de una guerra de cuatro años, y en la que tomó él, una parte activísima, levantando contra Flores los pueblos de la costa, y haciendo durante algún tiempo desesperada la situación de su Gobierno.

Una vez en la silla presidencial, Rocafuerte, mereció los dictados de buen patricio, manteniendo el orden con una sagacidad extraordinaria. Calmó los odios de la anterior revolución, contuvo en sus desmanes á los antiguos militares de Flores, satisfizo en cuanto pudo las legítimas exigencias de los que fueron antes víctimas de la persecución, é hizo, en una palabra, cuanto logra hacer en su patria un hombre bien intencionado, disponiendo de tan medianos recursos como los que le ofrecía el poder.

Fué inalterable la paz hasta el 10 de Mar-

zo de 1838, en que se sublevó el batallón número 2, por sujestión de algunos vencidos de Miñarica; batalla que preparó el mando constitucional de Rocafuerte. Este movimiento terminó sin embargo, muy pronto, siendo deshechos los facciosos por la diminuta fuerza del Gobierno.

A la sombra benéfica de la paz, dió Rocafuerte vida á la industria, dotando á la República de los primeros colegios.

El plantel militar y el de niñas pobres, serán siempre un timbre de honor para ese mandatario que no omitió gasto ni sacrificio en bien de la enseñanza.

## IV.

Sucedió á Rocafuerte por un período igual, el mismo Flores, que encariñado del poder, influyó grandemente, para que se le eligiera en el Congreso de 1839.

Nada manifestó en plena paz, como nada manifestó en el período de turbulencia, que fuera digno de un estadista.

Sin poderosos rivales á quienes tuviese

que combatir, manejando á casi todos los diputados como hechuras suyas, de otro tiempo, dueño de buen caudal y audaz por naturaleza, no podía dejar de ser presidente segunda vez, en el Ecuador.

El carácter de Flores, poco tranquilo llevóle al fastidio por la paz de que se disfrutaba en la República. Buscó y encontró bien pronto la manera de romper esa monotonía, complicándose en los asuntos de los otros estados vecinos, como sucedió con Colombia, á cuyo gobierno ofreció su alianza contra los insurrectos de Pasto, en la revolución del General Obando.

Las miras políticas de esta alianza, han sido y aun son muy discutidas por los historiadores de ambos paises.

Atribúyese á Flores por los colombianos, la intención de anexar al Ecuador la provincia de Pasto; lo que á ser cierto, prueba lo descabellado de su plan, no contando para ello con los elementos indispensables.

Más probable es que quisiera Flores, distraerse de sus ocios en Quito, expedicio-

nando por tierras extrañas. Pero lo cierto es, que esta alianza costó al erario nacional muchos miles de pesos, algunas vidas, y la animosidad de Colombia que vió siempre un intruso en la persona del Presidente del Ecuador.

No contento Flores con ser dos veces elegido, preparábase á una nueva elección en su favor, cuando estalló la revolución en Guayaquil, que le trajo por tierra, después de sangrientos combates en la costa y el interior.

Zevallos en su resumen histórico dice lo siguiente:

"Era imposible que los pueblos aunque esentos ya del *tributo*, (1) perdonasen al gobierno las víctimas que se habían sacrificado en los campos, y las que seguían jimiendo en los confinamientos; imposible, sobre todo, que los aspirantes, los que de buena ó mala fé tenían por tiranizada la patria, quisieran esperar el largo término de ocho años para poder tener cabida en los destinos públicos, cuanto más tolerar que el mismo General Flores,

(1) El tributo se llamó á la contribución personal que quiso establecer Flores, y que no se llevó á debido efecto, por la oposición de los pueblos. N. del A.

quien los había gobernado desde que se constituyó el Ecuador, siguiera todavía gobernándolos para siempre."

## V.

Sucedió á Flores en el mando, el Señor Vicente Ramón Roca, su enemigo personal, después de haber compartido con él muchos actos dignos de reprobación en su gobierno.

Tan cierto es que la intriga y el favor se sobreponen al mérito, en el mayor número de casos, que Olmedo, el gran patriota fundador de la independencia, respetado en América por su ilustración y virtudes, no obtuvo la elección que codiciaron para él, amigos como el ilustre Rocafuerte, siendo vencido por un hombre del todo inferior á él y que debía su elevación á los ultramontanos.

La causa liberal mantenida por Olmedo, Carbo, Noboa, Rocafuerte y otros, sufrió pues, un duro golpe con la elección de Roca, cuando era llegado el momento de implantar

ciertas reformas que habrían dado al presente, sus benéficos resultados.

Roca gobernó en plena paz los cuatro años de ley, manifestándose severo cumplidor de una constitución retrógrada que no permitía la simiente del progreso en el Ecuador.

Justo es reconocerle, sin embargo, la mansedumbre de que dió pruebas, permitiendo en la prensa una libertad que, aunque restringida, era mucha para los clericales y antiguos siervos de Flores.

Durante su administración maduróse en España con Isabel II, el plan de invadir el Ecuador, colocando á un príncipe de la familia Rianzares, por instigación de Flores, en un trono imposible.

El fracaso de la expedición en Inglaterra, merced á los oportunos y hábiles procedimientos de Roca, volvió la tranquilidad á los espíritus, poniendo una vez más en claro, hasta dónde lleva la ambición á algunos seres maléficos, nacidos para vergüenza de la Humanidad.

## VI

La elección presidencial de 1849 no tuvo efecto por la división de las Cámaras, que no favorecían con el número de votos que acordaba la ley, á ninguno de los dos candidatos Noboa y Elizalde.

Encargóse del Poder Ejecutivo el Señor Ascásubi, vice presidente de la República, continuando así, puede decirse, el régimen anterior.

Ascásubi manifestó rectitud y notable serenidad en el manejo de la cosa pública, hasta el dia en que se vió el escándalo de la proclamación de dos jefes supremos, en las personas de los candidatos que no obtuvieron una elección correcta en las Cámaras.

Guayaquil sostenía á Noboa; Cuenca y Loja, á Elizalde.

El 27 de Febrero de 1851, fué elegido Presidente, por un nuevo congreso, contando las disidencias, Dn. Diego Noboa.

Poco tiempo después de elegido, el par-

tido militar de Guayaquil, al cual debió en mucha parte su triunfo, le derrocó del poder, confinándolo á Chile, violentamente, en un bergantín norte-americano.

Verdadero juguete de los ambiciosos, subió y cayó sin darse él mismo, cuenta de los hombres que le rodeaban.

## VII.

La dictadura del General José Maria Urvina, fué bien recibida por la mayoria del país, que empezó á temer entonces, las maquinaciones de Flores en el Perú, apoyando al nuevo caudillo militar los elementos dispersos y la juventud liberal que ansiaba el triunfo de sus ideas en el Ecuador.

La expedición de Flores que fracasó en Guayaquil, fué una victoria que contribuyó bastante á la elección pacífica de Urvina, proclamado Presidente Constitucional de la República, después de la formal espulsión de los Jesuitas del territorio nacional, haciendo valer la cédula famosa de Carlos III, en lo tocante á sus estados de América.

Urvina si cometió errores, no se apartó nunca de los principios liberales; esos principios que han tenido un efímero triunfo, por lo mismo que eran una amenaza contra los malos. La cohesión que se establece entre los elementos ruines para dificultar la obra del progreso intelectual, es de observarse con admiración, no sólo en el Ecuador, sino en cualquier estado donde haya esplotadores de la igńorancia y sencilla fé de los pueblos.

Podían ver los ultramontanos con tranquilidad, que arraigase el árbol de las libertades públicas, á la sombra de un gobierno verdaderamente democrático?

La supresión del tributo de los indígenas, y la libertad de los esclavos por Urvina, consecuente á sus principios, ¿no eran un crimen inmenso para quienes estaban interesados en esa y otras bárbaras espoliaciones de la muchedumbre esclava?

Los partidos conservadores jamás exhibirán títulos de humanismo como los libera-

les, por muchos que hayan sido sus desaciertos en el orden administrativo ó económico.

## VIII.

El General Robles debió su elevación á Urvina, su antiguo compañero de armas, á quien sucedió en la presidencia de la República.

Robles, de carácter suave hasta la benignidad, no tuvo tiempo de hacer prácticos sus bellos propósitos en favor del país.

Fué en esta época de transición, que se efectuaron los acontecimientos en que intervino el Perú con su ejército, produciendo los mayores trastornos en el orden constitucional del Ecuador.

La sublevación de Franco, Comandante General de Guayaquil, originada por las vacilaciones del Gobierno en el conflicto internacional, fué el epílogo de esa administración incomprensible, que terminó con la dimisión y marcha de Robles al estrangero, y el tratado de *Mapazingue* que alejó del Ecuador á Castilla y sus soldados.

## IX.

Después de Robles, aparece en el solio una figura tremenda y que nos recuerda los personages más famosos de la Historia, por su alta capacidad, sus crímenes, y ¿por qué no decirlo?....sus virtudes.

Gabriel García Moreno se destaca en la vida política del Ecuador, como una eminencia asentada entre el fango de la hipocresía, y bañando su cúspide con los resplandores del génio.

Mezcla absurda de Catón y de Calígula; extraño ingerto de las virtudes romanas con las prostituciones helénicas; amante ciego de la civilización en negro concubinato con la barbarie, todo eso es el hombre que se levantó en su patria, lanzando un reto á la Humanidad entera, suspensa aun entre la admiración al patriota y el odio justificado hacia el verdugo.

Signos opuestos concurrieron al nacimiento de este hombre, bastante puro en la administración para alcanzar el título de honora-

ble, bastante sañudo con sus inermes víctimas para merecer también el de asesino.

El que tuvo valor suficiente para arrostrar mil peligros, no conocía pero, absolutamente, la magnanimidad del héroe.

El que pudo ser llamado por su desprecio á la vida, un valiente, era al arrancársela á sus enemigos, friamente, un cobarde.

Quiso el bien de su patria, pero habría esterminado á todos los hijos de esa misma patria, por satisfacer sus caprichos.

Gabriel García Moreno es, pues, una de las personalidades históricas más singulares que han hecho su aparición en el mundo, y á quienes es preciso juzgar de tantos modos, favorables ó adversos, como pasiones contradictorias les señalan al reflexivo estudio de la posteridad.

Antes de ser electo presidente, como jefe del Gobierno Provisorio, dió á conocer la innata ferocidad de su organismo, haciendo fusilar á muchos individuos que tomaron parte en la revolución de Franco.

El General Ayarza, héroe de la independencia, fué su primera víctima de importancia: murió á consecuencia de los látigos que ordenó el tirano, vengando así particulares resentimientos por la batalla de Tumbuco, en que le derrotó Ayarza.

Ya en los primeros pasos, indicaba García Moreno con su dureza de corazón, las altas cualidades también que distinguen al mandatario.

Serio, económico y desprendido, no manchó sus manos con el dinero de la nación, ni permitió que nadie introdujese el desorden en las arcas fiscales. Llevaba su estrictez, en lo tocante al manejo de las rentas públicas, á un grado tal, que pudiendo hacerse millonario, jamás salió de la mediana riqueza patrimonial.

No hay bestia más limpia, ni que conserve su piel más lustrosa que el tigre.

Sin embargo, sus fauces abiertas, inspiran horror........destilan sangre!

X.

Terminado el período legal de García Moreno, sacrificados ya algunos de sus enemigos, como Maldonado y Borja, á más del neroniano procedimiento de Jambelí con 27 indefensos prisioneros, trasmitió el omnipotente caudillo, el mando, al Señor Carrión, hombre débil y que se prestó á servir las inspiraciones ocultas del mandatario cesante.

Hecho ninguno de significación se observa en el corto gobierno del sustituto de García Moreno, á no ser la lucha de las cámaras contra él, por la prisión de varios de sus miembros; lucha que terminó con un acto de virilidad legislativa, declarando fuera de la ley al Presidente Constitucional de la República.

Carrión desoyó los consejos de su Ministro de Guerra, el ya General Ignacio de Veintemilla, quien notando el ascendiente de García Moreno sobre el ejército, pidió al mandatario legal que lo separase de él y abandonase también la tutela forzosa en que pretendía mantenerle.

No se hizo esperar el golpe que el apocado gobernante habría parado á tiempo, inspirándose en el sano consejo de su Ministro.

García Moreno, dueño de las tropas, obligó á dimitir á Carrión, poniéndose al frente de un gobierno provisorio del que emanó la elección del nuevo presidente, Don Javier Espinosa, patriota y moderado republicano que no prestándose después á servir de juguete al hombre que de tanto influjo disponía ya en los centros políticos de su país, mereció su desconfianza y natural aversión.

Espinosa era liberal moderado; no quiso seguir las hostilidades del clericalismo contra los librepensadores del Ecuador, y aumentó con ello su desprestigio entre los sombríos personages que rodeaban á García Moreno, preparándole á nombre del catolicismo, ese poder omnímodo que duró largo tiempo en sus manos.

Antes de que concluyera el mando de

Espinosa, fué derrocado tumultuariamente por las tropas que obedecían á García Moreno; y éste, triunfante una vez más, se hizo elejir presidente por una asamblea terrorista á la que llevó sus adeptos.

Comienza desde entonces la verdadera tiranía religiosa que apartó del lado del Torquemada de América, á los hombres de buena fé que un día le sirvieran, creyéndole sólo un regenerador de los vicios políticos y administrativos de su país.

García Moreno convirtió bien pronto el Ecuador en un convento de la Edad Media. La austeridad del culto y las manifestaciones públicas del Gobierno en su celo religioso, no impedían, sin embargo, los suplicios nada cristianos y el azote repartido con un ardor evangélico, por los sayones del poder teocrático, en las espaldas del indio, del blanco, del negro y del mestizo.

La crueldad del sistema solo fué provechosa en cuanto á las obras públicas, durante esa época que no pueden hoy recor-

dar ciertas familias sin estremecerse de espanto.

En efecto; casi todos los caminos del interior de la República, merced al empeño de García Moreno y á su prolija inspección, se pusieron espeditos, facilitando así, el comercio de una provincia á otra, en menor tiempo.

Pero la instrucción pública, ese camino más importante en el terreno de la civilización, tenía que estar restringida por quien había ya declarado que los estudios de orden superior eran contrarios á la obediencia del Papa.

## XI.

Fuerza es que en este punto me ocupe de mi familia.

Ligados por el parentesco político á García Moreno, tuvieron en un principio los hermanos José, Ignacio y Carlos de Veintemilla, que acompañarle en la guerra contra Franco, el usurpador de Guayaquil que provocó la caida del General Robles.

No era entonces García Moreno un sér fatídico. Bien al contrario, inspiraba entre la juventud, por sus declamaciones patrióticas, la mayor estima y consideración imaginables en un caudillo valeroso, instruido, y que no se manchaba en sangre todavía, por no considerarse bastante fuerte para derramarla en los patíbulos.

Carlos de Veintemilla, el más joven de los tres hermanos, probó su corage extraordinario, cerca de Bodegas, contra el estado mayor y escolta de Franco.

Queriendo tener la honra de apresar al traidor que se había entendido con el enemigo extranjero, precipítase acompañado de unos cuantos soldados de caballería, en el centro de los enemigos, recibiendo varios lanzazos que le tendieron casi sin vida á los piés del aterrado jefe que no podía comprender tánta audacia.

Salvó milagrosamente la vida para perderla después, en la batalla de Cuaspud, donde el temerario valor de este joven, me-

reció elogios altísimos de las tropas del General Mosquera, sus enemigas.

Ignacio de Veintemilla, siendo Teniente Coronel, en la batalla de *Tumbuco*, donde fué derrotado García Moreno, dió á éste su caballo en un momento el más crítico.

—"Sálvese Usted que su vida es más importante para la Patria,"—díjole el Comandante, librando así la existencia del hombre que habría más tarde de ensangrentar el Ecuador. Veintemilla por este acto quedó prisionero en manos del General Urvina.

Si García Moreno cae entonces en poder de sus enemigos, probable es que hoy no se le conociese como tirano. Habría muerto, y el acto noble que reconoce el mismo historiador Moncayo, en Veintemilla, á quien odiaba, está probando que García Moreno mereció en un tiempo la lealtad de los suyos hasta el sacrificio.

El General José de Veintemilla, mi padre, y hermano mayor de Ignacio y Carlos, contribuyó como pocos á la elevación

del hombre que representara un dia los fueros y libertades del Ecuador.

Convertido en tirano García Moreno, mal podían secundarle los valerosos jefes que antes espusieron su vida por él. José é Ignacio de Veintemilla le abandonaron, pues, con el horror que inspira un frenético.

Para justificar el movimiento contrario á García Moreno, que operó en Guayaquil el mayor de los tres hermanos, basta citar lo que dice D. Pedro Moncayo en su obra póstuma "*El Ecuador*" página 328.

"Si alguno ó algunos de los ciudadanos se levantaban para poner término á la trama inícua que se había formado en la República en nombre de la religión, tenían que morir en el cadalso ó asesinados alevosamente, como sucedió con el General José de Veintemilla. Este valiente soldado, sedujo al jefe de la artillería, Comandante Rendon, que había apoyado el golpe de Estado en Guayaquil, en la noche del 21 de Enero. Sublevada la artillería en la noche del 19 de Marzo, los revolucionarios procedieron á tomar presos á los partidarios del usurpador. Tomaron al Comandante General Saturnino Darquea y lo llevaron preso al cuartel. El Comandante del número primero, Manuel Santiago Yepes, es-

capó arrojándose por la ventana, pero quedó imposibilitado por los golpes que recibió en la caída. El Coronel Juan José Uraga, jefe suelto, acudió al cuartel del número primero, y, no estando presente el jefe, se puso á la cabeza del batallón y marchó decididamente sobre la artillería. Veintemilla se sostuvo con firmeza y tenía todas las ventajas de su parte, cuando una condescendencia indebida vino á impedir la victoria y á poner término á su vida. En medio del ardor del combate, Darquea mandó llamar al jefe de la revolución; éste se prestó con mucha condescendencia, y cuando llegó al altillo en que estaba preso Darquea, éste le dijo finjiendo una gran amabilidad: "Compañero, tenga la bondad de trasladarme á otro punto, porque aquí estoy sufriendo toda la fuerza del combate y es muy triste morir sin combatir." Veintemilla le ofreció trasladarlo á otro punto, y cuando volvió la espalda para retirarse, el teniente Manosalva mandó hacer fuego sobre Veintemilla y cayó muerto al instante. Este asesinato alevoso aconsejado por Darquea, puso término al combate"

Es de advertirse que Moncayo, enemigo jurado de los Veintemilla, no puede en este punto desfigurar la verdad como otras veces.

José de Veintemilla, hijo de una familia distinguida, no era de esos militares sin co-

nocimientos que deben únicamente á su valor y constancia la gerarquía elevada en un ejército.

Educado en los mejores planteles de Quito, llegó á cursar leyes, cortando su carrera por seguir á las órdenes del General Barriga.

Envuelto en los acontecimientos políticos de su patria, desde aquella época, no tuvo reposo alguno, militando por varios años, hasta alcanzar el grado de Coronel.

Ascendido á General por el Congreso de 1865, no conoció otra ambición, que derrocar el poder teocrático de García Moreno. Sucumbió, pues, en defensa de las libertades públicas, encabezando el movimiento de ideas que se operaba en Guayaquil, por obra de la juventud más ilustrada.

## XII.

García Moreno estaba condenado á morir como murió: trájicamente.

Rayo y sus cómplices procedieron contra él por fanatismo.

Otra vez citaré á Moncayo, en lo tocante á la desaparición de un personage que sobrevive por su espíritu en algunos de sus partidarios que han gobernado posteriormente el Ecuador.

"Había varios conjurados, pero los principales eran Rayo y sus compañeros. Este último fué tomado como hombre de acción, afamado por su valor y por su serenidad, dos cualidades necesarias para el papel que iba á desempeñar; era talabartero, y García Moreno lo sacó de su oficio para hacerlo militar; le dió varios premios y lo ascendió hasta el grado de mayor. Después lo mandó como una recompensa, de gobernador de la provincia de Oriente, y allí se puso en pugna con los jesuitas por el oro que negociaba con los indíjenas. Los jesuitas se quejaron, y García Moreno lo llamó á Quito, Rayo con un disimulo propio de un hombre más ilustrado que él, se mostró aparentemente sereno y agradecido á los beneficios de García Moreno; pero este hombre penetrante no se dejó engañar y encargó á la policía que vijilase sus pasos. "Este es un hombre muy valiente, dijo, y no hay que perderlo de vista." ¿Cómo Rayo se incorporó entre los conspiradores, todos jóvenes ilustrados y què en sus proyectos no se proponían otra cosa que la salvación del pueblo y los principios republicanos? Pero, Rayo estaba al lado de Roberto Andrade, de Abelardo Moncayo, de Manuel Cornejo Astorga y de otros varios.

Rayo había estudiado bien su papel de tiranicida, tomado las posiciones respectivas y buscado el modo de hacer certeros sus golpes. Lo veremos en el momento de la acción cortejando á García Moreno, mimándolo para medir bien el golpe que debía descargarle.

"Hablemos ahora de los jóvenes que tomaron parte en este drama sangriento. Roberto Andrade era un estudiante de derecho público, muy adelantado: procuraba adquirir las cualidades de un hombre de estado, necesarias en la República. Leía con fervor los libros de los antiguos romanos, pero ni Tucídides, ni Tito Libio, ni Cicerón le satisfacían, hasta que cayó en sus manos el viejo Plutarco, que ha extraviado á tantos jóvenes. En él vió el papel de Bruto que enseña el camino de la libertad. Muchas veces se ha invocado ese nombre como el salvador de la República. En 1828 el nombre de Bruto amanecía escrito en las calles de Bogotá, y en 1851 aparecía el mismo nombre en las calles de París: *Tu es brutus et la patrie est en danger*. La conducta de Andrade era irreprochable, tan limpia como la de Bruto y su valor y constancia han llegado á ser un refrán en los años posteriores.

"Su compañero Abelardo Moncayo, se educó en el colegio de los jesuitas y llegó á ser uno de los predilectos por su capacidad y aprovechamiento. Los jesuitas le hicieron profesor de filosofía y lo mandaron á Cuenca, para que dictase el primer curso. Encontrándose en ese puesto de confianza quiso corresponder

á ella consultando los autores modernos que tratan de esta materia. Leyó á Loke, á Condillac, á Coussin y otros varios, separándose enteramente del texto que le habían dado los jesuitas. Cuando éstos supieron las novedades que había introducido en la enseñanza, lo llamaron á Quito y lo reconvinieron. Moncayo contestó que no se podía encadenar la razón y avasallar la inteligencia, y que estaba pronto á dejar los hábitos y retirarse á su casa, como en efecto, lo hizo. Esta conducta le ganó muchos amigos en la juventud, y Roberto Andrade trató de atraérselo para la ejecución del plan que tenía meditado. Moncayo contestó que estaba pronto porque entre los jesuitas era muy valida la máxima del Padre Mariana *que es lícito matar al tirano*. Tenemos dos conjurados ganados por sus convicciones etc,"

"Manuel Cornejo es un enigma para nosotros. Amigo íntimo de García Moreno, su admirador, su satélite etc. y sin embargo Cornejo es uno de los principales conjurados. Sirve de intermediario entre Rayo y los demás conjurados; va al punto del atentado y asesta el último tiro al tirano de la patria, etc. etc."

"Tenemos que hablar de Maunel Polanco á quien se persiguió con una saña feroz, sin poder probarle su participación en este crimen ....Alegre, vivo y juguetón, se mezclaba en todos los círculos y en todo se permitía bromas que divertian á los circunstantes. Era el Aristófanes de Quito, pronto en la palabra, rápido en sus juicios y oportuno en sus obser-

vaciones, era el gracejo de la capital. Su carrera fué desigual como su carácter. Primero abrazó la carrera del comercio, y fué desgraciado; entró entonces en el convento de los jesuitas, y estudió el sistema de vida que siguen los miembros de la Compañía. Polanco decía: "Si un magistrado protege los intereses de los padres es un santo, aunque sea un déspota sanguinario y un libertino; si rebate las máximas jesuíticas y no les proporciona medios de engrandecimiento, es un malvado aun cuando fuese un hombre honrado, desprendido y generoso. Este estudio le inspiró aversión á la sotana para seguir la carrera de abogado. En ese estado se hablaba de la conspiración contra García Moreno, y se ha dicho que él era uno de los conjurados. No se le vió jamás mezclado á ellos; pero colocado á cierta distancia, observaba sus movimientos y los seguía."

"Los conjurados, en aquel tiempo trataron de dar el golpe en diferentes puntos, pero siempre encontraron algún inconveniente. Un dia intentaron tomar á García Moreno en la plaza de Santo Domingo, en el momento en que salía de su casa y se dirijía á la iglesia del mismo nombre, pero no se decidieron y le dejaron pasar. Polanco observaba todo á una cuadra de distancia. Al fin acordaron atacarlo en el portal, á la entrada de palacio; y allí se dieron cita. Era el seis de Agosto de 1875. Polanco se presentó en el portal á las once de la mañana y estuvo embromando con varios caballeros. A las doce se despidió y fué á colo-

carse, á una cuadra de distancia, frente al portal, lugar escojido para la ejecución del proyecto tiranicida. En el momento en que Polanco se retiraba, Rayo tomaba posesión del portal, acompañado de Cornejo Astorga; Andrade y Moncayo se colocaron bajo los altos, esperando el momento del combate. García Moreno llegó pocos instantes después; entró en la catedral, se arrodilló, rezó sus oraciones y se dirijió á Palacio. Rayo salió á su encuentro con mucha cortesía y muchos halagos, aparentando ir á pedirle un servicio. Colocaron á García Moreno en el centro, Cornejo Astorga á la derecha, y Rayo á la izquierda. Al atravesar el umbral de la puerta de Palacio, Rayo sacó su machete y le arrimó un golpe en el cráneo que lo puso vacilante. Sin embargo, García Moreno volvió el rostro en ademán de sacar el revólver para castigar á su agresor. En este momento Rayo le arrimó dos golpes en la mano derecha y lo inutilizó completamente. García Moreno quería hablar pero no tenía fuerzas para pronunciar las palabras. En este estado, Cornejo Astorga le descargó un balazo cerca del hígado, y el gigante comenzó entonces á retroceder sin dar la espalda á sus enemigos. Al llegar al pretil cayó largo á largo en la plaza de armas. Los conjurados se dispersaron disparando tiros y gritando revolución ¡revolución! Todos cerraban sus puertas y los conjurados huían sin ser perseguidos por nadie. Solo el empecinado Rayo bajó á la plaza á consumar su obra y encontrando á García Moreno en las últimas

convulsiones, volvió á darle sendos machetazos diciéndole: facineroso, bandido, ¿todavía quieres vivir? Pallares que habia escapado de los ataques de Rayo por intervención de Cornejo Astorga, había ido á la Comandancia General, media cuadra de distancia á dar cuenta de lo que pasaba. El Comandante General con cuatro soldados y dos oficiales llegó á la plaza, vió á Rayo encaramado sobre García Moreno y mandó tomarlo. Rayo echó á correr y á pesar de su agilidad cayó en manos de sus perseguidores. El Comandante General mandó llevarlo preso al cuartel, y él mismo iba en la comitiva acompañado de Pallares. Al llegar á la esquina de la compañía se presentó el cabo Lopez cargando su rifle, y, sin guardar el menor respeto á los jefes y oficiales que llevaban al prisionero, levantó el arma diciendo: *campo que voy á matar á este bandido*; y en efecto, le asestó un tiro mortal. ¿Cómo es que un soldado se haya atrevido á tanto contra un preso que estaba ya en manos de la justicia? ¿Quién mandó matar á Rayo cuya declaración era importante para descubrir el ori. jen del crimen y sus complices? Este es un misterio que pesa sobre las autoridades de aquel tiempo y que ha dado lugar á muchos comentarios contra el Ministro de la Guerra, de quien hablaremos más adelante. El cadáver de Rayo quedó tendido en la calle; el de García Moreno fué colocado en la catedral. Cuando todo comenzaba á serenarse, salió de su casa Ignacio Alcázar, revólver en mano y encontrando el cadáver de Rayo, después de

pisarlo y estropearlo, le descargó seis tiros para vengar el asesinato de su cuñado. A las seis de la tarde, el cadáver de Rayo fué arrastrado hasta el panteón de San Diego, veinte y cinco ó treinta cuadras de la plaza mayor. He ahí una muestra de la caridad y de la misericordia con que tratan á sus enemigos, los católicos de Quito. Roberto Andrade y Abelardo Moncayo corrieron hasta San Blas, dando las voces anteriormente indicadas. Allí tomaron caballos y se dirijieron al pueblo de Quinche, de donde salieron inmediatamente para internarse en los páramos de Cayambe y asilarse en los primeros pueblos de Colombia. Manuel Polanco después de haber visto el desenlace se retiró á su casa, y allí permaneció hasta que fueron á buscarle en nombre de su amigo y cómplice, Salazar."

## XIII.

A la muerte de García Moreno, cayó el poder en manos de sus dos Ministros Javier León y Francisco Javier Salazar, gemelos por el nombre y aventajados discípulos del otro en las ideas.

León seguía las inspiraciones de su colega que fué el verdadero sustituto de García Moreno en el fusilamiento del inocente Campuzano y demás infelices que apare-

cieron complicados en la muerte del tirano.

Una revuelta de cuartel dirijida por el General Julio Saenz y secundada por las masas, dió en tierra con el poder de ambos ministros, organizándose un gobierno provisorio cuyo jefe era Don Vicente Eguiguren y secretario general, Don Rafael Pólit.

La caida de León y Salazar, produjo en el pueblo una alegría indescriptible.

No parecía sino que Salazar hubiera personificado en el Ecuador la odiosidad acumulada en tantos años por García Moreno.

La convocatoria á elecciones de presidente y la esperanza que tenían los liberales de triunfar en ellas, paralizaron en mucho la acción vengadora que se esperaba contra unos hombres habituados al crimen y que habian casi vivido á sus espensas.

## XIV.

Nadie en la República del Ecuador lucía por entonces mejores títulos á la estimación de los liberales, que el Dr. Antonio Borrero, jurisconsulto que se hizo notable por

su renuncia á la vice-presidencia que le ofreció García Moreno en un instante de buen humor bastante raro.

Natural de Cuenca, solapado y astuto, había combatido en un periódico denominado la "Nueva Era", los errores y tropelías del que le quiso sin duda atraer con el cebo de la vice-presidencia.

Era un rasgo de muchísimo carácter para sus adeptos, no haber aceptado el segundo puesto de honor en el banquete de los terroristas.

Falso apóstol de la verdad, defendió con calor las doctrinas modernas, clamando en todos los tonos por que la Constitución de García Moreno se cambiase, pues había sido hecha en cónclave ultramontano, muy elástica, muy apropósito para su autor, que fusilaba *constitucionalmente* dos veces á la semana, y confiscaba bienes, constitucionalmente también, cuando quería.

La elevación de este hombre á la primera magistratura, era el sueño dorado de los liberales.

—Tendremos con él, al fin, lo que otros países han conquistado en el orden de las ideas,—se decían los candorosos de la Capital y las provincias, entre quienes Borrero gozaba de la popularidad más grande.

—Será un liberal como no ha habido,—agregaban otros. No dejará semilla de clericalismo en el Ecuador, y quién sabe si adelantando así, de un golpe, nos resarciremos de la esclavitud moral de tres siglos.

Cuán horrible era el desengaño que les deparaba la suerte!

Electo Presidente, por una inmensa mayoría liberal y hasta conservadora, lo primero que hizo fué acogerse á la Constitución de García Moreno, jurando enfáticamente, respetarla y sostenerla á todo trance, á la faz de sus electores que dejaron oir un grito unánime de indignación por toda la República.

El tránsfuga liberal, no arrojó como Sixto V. las muletas, sino que sintiéndose mezquino de espíritu para poner en práctica sus ideas, buscó el apoyo, en la altura, de

los que antes combatiera con aullidos de lobo á la distancia.

Qué muletas conservadoras tan dignas de un paralítico del alma como Borrero!

El nuevo presidente unía á la deslealtad en sus opiniones, un profundo desprecio á la sociedad, difícil de esplicarse en quien por temores de orden político, había sacrificado su conciencia.

¿Cómo el que se manifestaba ortodojo después de mil heréticos discursos, confesándose y comulgando públicamente en desagravio de la Iglesia, salía del brazo por las calles con desventuradas ninfas, y no tenía á menos que se le viese bailar con ellas por los arrabales de Quito, bebiendo á veces de la mañana á la noche, sin preocuparse de los asuntos de interés público?

Tan poco respeto á la moral, en el primer magistrado de la Nación, debió producir sus frutos entre los conservadores, aferrados ante todo, al culto de las apariencias. Estos, á voz en cuello recordaban las virtudes sociales de García Moreno, en oposición

al seudo liberal que sujetaron á la trailla.

Era muy superior á Borrero, el que matando y azotando *ad libitum*, no probaba bebidas espirituosas en compañía de damiselas y perdularios.

Debilidades semejantes eran, sin embargo, nada, en comparación á lo que hacía administrativamente, el hombre llamado un dia por la opinión á agitar la antorcha del progreso en las alturas.

Un gran número de ciudadanos exijió de Borrero la reunión de una asamblea constituyente que anulase ó modificase al menos, la odiosísima constitución terrorista todavía en vigencia.

Borrero no accedió á esta solicitud que ponía una vez más en relieve sus inconsecuencias políticas. Cohonestó su negativa con una acta en que se pedía el mantenimiento de la citada constitución; acta firmada por multitud de clérigos y seglares de aquellos que sin vestir sotana, sirven á los anteriores en sus trabajos maquiavélicos, con sumisión casi perruna.

Para acallar la grita de los liberales, acudióse al expediente de pedir dictamen al fiscal de la Corte Suprema Dr. Pedro Fermín Zevallos, quien como era natural, y en la esfera de sus atribuciones, se declaró en contra de la reunión de la Asamblea.

No esperó más la indignación pública para estallar en Guayaquil, la ciudad que había contribuido, como ninguna, á levantar á Borrero con el propósito de la reforma.

La opinión que sirvió pues, al tránsfuga liberal para su ensalzamiento, era la misma que debía aplastarle.

Vacante la Comandancia General del Guayas, por la renuncia del Coronel Gómez de la Torre, los más conspícuos é influyentes liberales, de acuerdo con su partido, pidieron al General Ignacio de Veintemilla que aceptara este cargo que le ofrecía Borrero; viendo en la autoridad de un militar prestigioso y correctamente liberal, una garantía siquiera, contra el despotismo ultramontano que ya asomaba nuevamente su cabeza de tigre en el alcázar gubernativo de Quito.

Veintemilla se resistió hasta donde pudo, haciendo notar á sus correligionarios las inconsecuencias diarias del Presidente y la poca armonía que debería existir entrambos, dado un orden de ideas en Borrero, tan contrario al suyo, y manifiestas las intenciones de un gobierno que se iniciaba traicionando al país entero en su mayor anhelo de libertad, luz y justicia.

Aceptó al fin la Comandancia General, en medio de un contentamiento público casi loco en el animado puerto de Guayaquil.

Creciente la popularidad de Veintemilla, en ese elevado puesto, llegó á inspirar serias desconfianzas al Gobierno.

La anfibia política de Borrero, sugirióle una destitución, cuatro meses después, procediendo á ella en la violenta forma del reemplazo de Veintemilla con el Coronel Polanco.

Los liberales no quisieron esperar más. Desplegaron abiertamente el estandarte de la rebelión, no siendo suficientes para detenerles, las reflexiones que les hiciera el mis-

mo ex-Comandante General, empeñado á todo trance en la conservación del orden hasta que se hiciera cargo el Coronel Polanco del puesto que se le designara, en uso de las superiores atribuciones gubernativas.

Fueron tantas sin embargo, las protestas del pueblo, tan general y expontáneo el movimiento revolucionario de la provincia entera de Guayaquil, que Veintemilla se vió obligado á aceptar la dictadura que se le ofrecía, entre clamores entusiastas de todos sus correligionarios políticos que veían en él la única esperanza del Ecuador.

Conmovedor es el espectáculo de muchos millares de hombres pidiendo á uno sólo, que les dirija por el camino de la salvación, en nombre de principios hollados y aspiraciones de bien no satisfechas.

El Jefe Supremo midió la responsabilidad del cargo que asumía y cediendo á los contenidos impulsos de su corazón, prometió al pueblo cumplir sus designios, dándole la constitución liberal que no quiso darle Borrero.

El Secretario General de la Dictadura, fué el Señor Don Pedro Carbo, polemista liberal, distinguido ciudadano por su probidad y entereza.

Polanco supo á mitad del camino estos acontecimientos y volvió grupas á Quito, llevando la nueva de una revolución que iba á echar por tierra el nefando poder teocrático de diez y seis años, mantenido aun á despecho del pueblo, en gracia de la traición de Borrero á sus principios.

La dictadura de Veintemilla cundió por todas las provincias donde se multiplicaban las actas de adhesión hasta lo infinito.

Tembló el sátrapa Borrero, comprendiendo la magnitud del peligro y se apercibió para la lucha entregándose completamente en manos de los clericales.

Pusieron éstos en alboroto al par que los cuarteles, las iglesias, donde se predicaba el esterminio *de los herejes*, y se invocaba al Dios de los ejércitos contra el que no tardaría en cosechar laureles por el Dios de las ideas republicanas.

Después de una breve campaña, el choque de armas se efectuó en un mismo dia en los "Molinos" y en "Galte", cerca de la Çapital, contra fuerzas del Gobierno muy superiores en número.

Las dos divisiones liberales resultaron vencedoras, como que encarnaban el alma del Ecuador y estaban comandadas por Veintemilla en "Molinos," y Urvina el viejo liberal, expresidente de la República, en"Galte."

El Jefe Supremo durante la batalla y á la cabeza de su tropa, perdió dos caballos, al ser blanco de los mejores fusileros enemigos, que se servían del anteojo de la Escuela Politécnica de Quito, para apuntarle.

Urvina estuvo á la altura de su reputación como hábil organizador en la batalla de "Galte", simultánea con la de los "Molinos."

Así cayó Borrero de la altura á que ascendió con el engaño de sus comitentes.

Allá en el fondo de su alma, habrá justificado muchas veces, á los pueblos, que saben arrebatar el poder con la misma energía que le otorgan á sus favorecidos indignos.

## CAPITULO SEGUNDO.

Lucha histórica—Primeras conspiraciones—Don Pedro Carbo—El Arzobispo de Quito; su muerte—Abolición del concordato —Entredicho —Erupción del Cotopaxi y dificultades para el Gobierno—Expedición de Yepes – Asamblea Constituyente—Investidura presidencial de Veintemilla — Revolución de Alfaro—Obras públicas.

### I.

No se concibe un pueblo sin luchas intestinas de carácter religioso ó político, como no se concibe un mar sin vientos y sin olas.

Desde que el mundo es mundo, vienen disputándose el predominio en los diversos pueblos, dos elementos igualmente considerables hasta el dia, aunque parezca el uno subordinado al otro por la acción de los tiempos: estos dos elementos nativos son la astucia y la fuerza.

La fuerza, que en las primitivas edades jugara un papel tan importante, tuvo siempre en la astucia su poderosa rival, su encarnizada enemiga. Maga esta última de los débiles ó miserables de corazón, fabricó en la sombra unas armas que se han hecho invencibles.

Allá, en las selvas, y cuando el hombre vivía como una fiera, caía el más hercúleo y valeroso en poder del más débil, pisando un puentecillo de ramas asegurado en falso, ó atravesado por una flecha que partía de la espesura.

A la dominación guerrera, opúsosele en los albores de la humanidad, el gentilismo mítico. La superstición de las turbas fué el baluarte de los primeros políticos del mundo que no fueron sino los primeros astutos. El sacerdote venció al soldado, y muchas veces el soldado degolló al sacerdote, que aventajándole en inteligencia, tenía que usufructuar sus trabajos en la administración política de las sociedades nacientes.

Tomando así las cosas, desde su origen,

no nos debe chocar que siga en los pueblos atrasados repitiéndose esta lucha histórica del elemento viril, fuerte, casi brutal, pero que lleva en sí los gérmenes del poderío y la nacional grandeza, contra la hipocresía, el dogma, y las ambiciones políticas disfrazadas de religión, que todo lo circunscriben, malean, y lo empequeñecen todo.

Al poder teocrático del Ecuador, es decir á la astucia, no se le ha opuesto con mediano éxito sino la fuerza, representada por el Ejército, que siguiendo las inspiraciones liberales ha sido también algo más que fuerza.

Ningún país sud-americano, si se esceptúa al Paraguay en la época de los jesuitas, ha ofrecido mayores obstáculos á la civilización, que el Ecuador, víctima de los clericales.

Bella es la religión cuando enseña la caridad, el bien en todo orden de nuestros semejantes. Pero, cuando ésta se convierte en refugio de los hombres malos, cuando se monopoliza su nombre para negocios pura-

mente administrativos, grangerías extrañas al ministerio divino, natural es que nos indignemos de tanta farsa, exijiendo en honor propio del culto, que no le desacrediten estos caballeros cristianísimos más groseros y torpes en su modo de ser que los infieles.

## II.

La decepción del gobierno de Borrero, que sacó triunfante á la causa liberal con Veintemilla y su ejército, dió lugar también á que los clericales terroristas buscasen en el secreto la manera de derrocarle.

Misteriosas juntas se celebraban en algunas casas de Quito.

¿Por dónde atacar á Veintemilla con ventaja desde los primeros momentos?.... Por la superstición y la ignorancia del pueblo: esto era claro como la luz, para los que viven medrando en las tinieblas.

Nombrado Secretario General D. Pedro Carbo, el viejo polemista cuyo solo nombre quería decir ilustración, liberalismo, independencia, rechazo de las antiguas prácticas

oscurantistas, acercáronse varios jóvenes del partido conservador, entre los que se encontraban D. Carlos Tovar y D. Alejandro Guarderas, pidiendo á Veintemilla que separase del Gobierno á un radical tan acentuado, y que podía entonces contar con buen número de adeptos pertenecientes á la fracción vencida.

Veintemilla que distinguía á Carbo cual se merece un buen patriota, objetó á los comisionados, que no estaba dispuesto á separarse de él, teniendo entera fé en sus sanos propósitos y lucidez intelectual á servicio de la República.

¿Qué tacha eran las creencias religiosas de un hombre que no estaba en oposición con la moral y con las buenas costumbres? Carbo en su vida doméstica era más arreglado que todos los conservadores juntos. Puritano en la esencia de esta palabra, no se deslizaba una sombra por pequeña que fuese, en el cristal de su historia. Sin tener en cuenta sus luces, la mansedumbre de su carácter, su benevolencia excesiva que le

arrastraba hasta la debilidad, impropia del verdadero hombre de Estado, eran otra garantía para aquellos que le querían tan mal por sus ideas. Jamás se le vería en el camino de las arbitrariedades. Qué temían pues, los conservadores? ¿la difusión de sus doctrinas?...... Ellas eran también las de Veintemilla y no requerían violencia de ninguna clase para estenderse en el pueblo.

Tan enérgica repulsa del Dictador, hizo comprender á los terroristas, que éste no les temía, y que confiaba en su fuerza moral sobre todas las fuerzas.

Incapaces tampoco de renunciar al empeño de separar á Veintemilla de su Secretario, promovieron una reunión tumultuosa en la Plaza de Armas, á los gritos de *viva Veintemilla! ¡abajo Carbo! mueran los herejes!*

El Dictador que se encontraba en su despacho, sintiendo el alboroto, acudió á aplacarle encarándose con la malavisada turba.

—*Respeto al Gobierno! respeto á Carbo!*

—fueron las voces que lanzó el Dictador, acallando así, en un instante, la gritería.

Esta sola actitud del caudillo liberal, dispersó á la gente que había acudido impulsada por un sentimiento de hostilidad más que real, aparente, y engañada por quienes usufructúan en todo caso, la ignorancia y el fanatismo del vulgo.

## III.

El partido terrorista notó con honda ra bia, que la Dictadura preparaba con los elementos de una Asamblea Constituyente á la que debía dar cuenta de sus actos, los elementos propios también, para formar una constitución opuesta á la de García Moreno, y en el sentido liberal más amplio y progresista.

Preparáronse los buhos de la civilización á nuevos ataques desde la altura de las iglesias, dejando oir su antipático graznido que tiene siempre, algo alentador de la superstición y precursor de la muerte.

Un padre Gago, franciscano, de naciona-

lidad dudosa, como todos los aventureros, y que se ha distinguido posteriormente en el Perú por sus discursos sediciosos contra los poderes constituidos, fué el instrumento de los enemigos del Dictador.

En efecto, un dia desde el púlpito, con un lenguaje solo usado por la canalla, increpó á sus oyentes la tolerancia del nuevo régimen como un crimen de lesa divinidad que merecía castigo.

— La religión está amenazada — dijo. "Veintemilla y Carbo son enemigos de Dios y están fuera de la ley humana. Quien libre á la Iglesia de Veintemilla se habrá ganado el cielo, porque el exterminio de los herejes se hace muchas veces forzoso para mayor honra y provecho del Altísimo."

Tan infame propaganda en boca de un sacerdote, produjo extraordinario efecto entre el mismo clero honorable, que no podía faltar en el Ecuador.

Frases acusadoras escaparon de labios verdaderamente religiosos, protestando de energúmeno semejante que buscaba sin du-

da un *Jacobo Clement* ó un *Ravaillac* en la feligresía de Quito.

El Arzobispo que era á la sazón el Doctor Don José Ignacio Checa, llamó al franciscano para amonestarle como se debía; mas, éste, no obedeció la orden, incurriendo en otra falta muy grave ante la respetabilidad de la Iglesia.

La acción del Gobierno tuvo que dejarse sentir entonces, sobre un hombre que desconocía el mismo fuero católico, y envióse una partida de tropa en demanda de Gago, que había ya amotinado al populacho en su defensa, al saber que se le buscaba.

El mandamiento de prisión no pudo sin embargo cumplirse, en vista de la actitud de los fanáticos, quienes llevaron en hombros hasta la Legación Francesa, al miserable predicador que triunfaba así, de las leyes civiles y religiosas por el sayal que vestía.

¡Cuántos son los cobardes que aconsejan el asesinato, escondidos bajo la concha del púlpito, más dura que la de la tortuga; guar-

dados por un traje que sólo debía escudar la debilidad femenina!

## IV.

Después de este acontecimiento ruidoso, iba Quito á presenciar un drama que nos lleva sin querer, á la antigua edad de los *Borgia*.

Las armas del motín no habían surtido efecto para los conspiradores terroristas é idearon un proyecto, contra sus enemigos, de alcance verdaderamente diabólico.

El Ilustrísimo Arzobispo Doctor Dn. José Ignacio Checa, debía ser envenenado en plena misa de Viernes Santo, delante de Veintemilla, Carbo y demás altos empleados del Gobierno, presentes á la ceremonia como es de costumbre, todos los años en la iglesia Metropolitana.

Madurado el proyecto, procedieron á su ejecución varios individuos de aquellos que recluta el crimen en las esferas más altas de la sociedad, y como para dar una prueba de

que las instituciones por muy nobles que sean, no cambian la índole de sus afiliados.

Ciertos sacerdotes de elevada gerarquía, de malos antecedentes, en verdad, pero revestidos de insignias miradas con respeto por la multitud, fueron los que tramaron una conspiración contra Veintemilla, en la que entraba sólo como medio el inaudito crimen de envenenar al Arzobispo. Y digo como medio, porque se tenía preparado el asesinato del Dictador y su Secretario Carbo, dentro de la misma iglesia, atribuyéndoles la muerte del virtuoso prelado; si bien ocurrieron las cosas de modo que no hubo lugar para la segunda parte de esta tragedia, que hiela la sangre en las venas y subleva la indignación del mundo contra sus autores.

El Arzobispo Checa, pertenecía á una familia ilustre. Bondadoso, tierno, caritativo, cual corresponde al ministerio que desempeñaba, jamás se elevó un eco de animaversión para su gobierno paternal y justo.

Bastaba mirar la dulce, hermosa cara de ese digno varón, para sentir por él la mayor

simpatía y respeto. Extraño del todo á las maquinaciones del clero, se conservaba en la altura como la blanca paloma en el árbol donde han hecho su nido las serpientes. Miraba quizá demasiado, al cielo, para reparar en la pequeñez de sus súbditos en la tierra, y extendió siempre sobre los desvalidos en cualquier conflicto, las alas de su misericordia.

Un sólo rasgo del carácter del Arzobispo, suficiente para acreditarle ante los hombres rectos de cualquier parte, era su estrecha amistad con Veintemilla, Carbò y Noboa, liberales ardientes que no hacían, cual muchos, un misterio de sus convicciones.

El sacerdote que sin aprobar las creencias opuestas y trabajando por la difusión de las suyas, observa el comedimiento cristiano y amor al prójimo que observaba Checa con los apóstoles de las ideas avanzadas en el Ecuador, es el verdadero sacerdote del siglo.

Sin hiel en el corazón, y con la bondad en los labios, sabía este hijo ilustre de Qui-

to, mantener en la nueva administración, el prestigio de la iglesia católica, mejor que todos los vocingleros del coro abajo.

Su amistad con el Dictador que databa desde la infancia, no sufrió interrupción ninguna hasta el menguado instante de su sacrificio. Victorioso su amigo en la revolución de Guayaquil, le recibió con los brazos abiertos, pidiendo la inmediata libertad de los prisioneros, que le fué concedida con alegría. Correspondido, enteramente, por Veintemilla, pasaba largas horas en el Palacio de Gobierno en conferencias útiles y patrióticas, pues tendían á hacer menos violentas las reformas constitucionales que era menester introducir en lo tocante á la Iglesia, cuando se reuniese la Asamblea esperada con júbilo por la mayoría ilustrada de la Nación.

Quién sabe si la circunspección del Arzobispo y la prudente armonía que desplegó en el manejo de estos asuntos, no fueron las que destilaron para él, la ponzoña de *Ganganelli!*

Llegó el memorable Viernes Santo de 1877.

Verificábase la ceremonia religiosa de estilo, en la catedral de Quito, con todo el lujo y grandioso aparato que prescribe el ritual católico, pontificando el Ilustrísimo Señor Checa, ayudado por lo más conspícuo del clero y de sus diáconos.

Presentaban un aspecto solemne al par que hermoso, ante el altar mayor, cubierto por un cortinaje inmenso, los sacerdotes con sus estolas, sobrepellices y magestuosas caudas, que iban y venían de un lado para otro, según las exigencias del ceremonial, á los compases del órgano.

Las infinitas lámparas y velas que humeaban allí, medio velando el recinto con los vapores del sahumerio, las sonoras voces que partían de la nave central y del coro fronterizo al altar mayor, el aparato fúnebre de tantas cortinas á derecha é izquierda, la apiñada muchedumbre que invadía hasta los rincones como una gran masa negra en la que sobresalían algunas pecheras blancas

y uniformes bordados de oro; todo aquel conjunto variado de formas, ruidos, luces y penetrantes olores que embargaban las potencias del alma, no eran sin embargo, otra cosa, que una imponente disposición teatral para que se efectuase, quizá el más repugnante crimen de nuestra historia.... .

Hombres infames había allí, al lado del Señor Checa, que en medio de tan sublime pompa cristiana, y entonando preces al Altísimo, alargábanle un cáliz de mortal veneno!

Cuajado como estaba el templo de fieles, notábase—y era esto una circunstancia bastante rara,—que tras los asientos del Dictador y sus acompañantes, se habían situado algunos hombres de amenazador aspecto, humildemente vestidos, y que cambiaban entre sí, miradas que causarían alarma en otro sitio que no fuera aquel en que se encontraban.

Al consumir el Arzobispo, sintió tan astringente el contenido del cáliz, que prorrumpió en una leve exclamación de sorpresa.

—¿Qué me han dado á beber?—dijo con voz imperceptible á sus acólitos—¿por qué está tan amargo el vino?—Mas, luego, recobró su serenidad, continuando en los divinos oficios.

Según pudo constatarse después, la dosis de estricnina que había apurado era suficiente para matar á tres hombres. La vigorosa constitución de Checa, que le permitió volver á su casa sin experimentar grave accidente precursor de agonía, salvó á Veintemilla y Carbo de que al caer el Arzobispo en plena misa, fuesen victimados como se pretendiera, á los gritos de *mueran sus asesinos los herejes!*.

La siniestra cuadrilla que en tan impropio lugar del templo, casi junto al Dictador, habían acomodado los dispositores del crimen, esperó en vano, pues la acordada señal no pudo partir del centro conspirador evangélico.

Personas que asistieron á ese acto, recuerdan todavía la turbación de muchos semblantes y su inequívoca contrariedad,

no comprendiendo hasta pasada la ceremonia, el significado de tanto gesto que llegó á sorprenderles, como ignorantes que eran, del peligro real en que se veían el Dictador y los suyos.

El ilustrísimo Señor Checa, sintiendo una ligera fatiga al concluir los oficios, se dirijió á su casa creyendo que el prolongado ayuno de Semana Santa le producía tal desazón, y ordenó que le sirviesen el alimento. Pero, al tomar la primera cucharada de sopa, se dejó sentir bruscamente el veneno con los atroces dolores que le produjeron la muerte.

Veintemilla y sus acompañantes, almorzaban muy tranquilos, cuando apareció el canónigo Andrade á quien llamaban, no faltos de razón, el *loco*, exclamando:

—¡El Arzobispo ha muerto envenenado!

Al oir tan horribles palabras, el Dictador se dirijió á la mansión arzobispal, sin cuidarse del tumulto que principiaba á formarse en las calles, con esa noticia esparcida á

grito herido por todos los ámbitos de la ciudad.

Cuál no fué su dolor, al encontrarse con el querido amigo á quien acababa de contemplar revestido de sus insignias en la iglesia, tendido, inerte y con los labios amoratados!

La indignación del Dictador no conoció límites. Ordenó que se le trajeran al instante, las vinageras. Llegaron éstas, pero limpias del todo: el líquido sobrante desapareció en las manos de la gente de sacristía.

Los terroristas pretendieron aprovechar del alboroto y curiosidad públicos, para lanzar una chispa que produjese incendio. Dejáronse oir gritos aislados de *mueran los herejes*, pero el pueblo que comprendió de dónde venía el crimen, nada dijo, mudo ante una realidad tan terrible. Apenas si se atrevía á comunicarse en voz baja, sus sospechas contra los autores que se escondían allí mismo, entre la cámara mortuoria, aparentando rezar por el alma de la víctima sacrificada inicuamente al pié de los altares.

El examen científico no se hizo esperar mucho. Todos los médicos estuvieron conformes en declarar, previa autopsia, que el Ilustrísimo Señor José Ignacio Checa, había sido envenenado con una dosis de estricnina capaz de producir una muerte instantánea, pero que la suma robustez del occiso, retardó el efecto de ese tósigo en un tiempo relativamente considerable.

## V.

Las averiguaciones oficiales de Veintemilla, arrojaron por de pronto, un rayo de luz que en otra parte que en el Ecuador, hubiera sido bastante para alumbrar á la justicia respecto de los autores del crimen; rayo de luz, al que sucedió la más completa sombra, interesadas como estaban poderosas personas, en conservar las cosas en el misterio.

Dias antes de la muerte del Arzobispo, el canónigo Andrade á quien hemos visto anunciar la catástrofe en la casa de Veintemilla, según las declaraciones de un farma-

céutico, había comprado una buena dosis de estricnina con la intención, según él, de envenenar los ratones que invadían su alojamiento.

¿Cómo podía dudar el boticario de las intenciones honradas de un sacerdote? Vendióle pues, la estricnina, esplicándole la mejor manera de prepararla contra esos animalillos que le mortificaban de noche, y no volvió á preocuparse más del empleo de esta sustancia, hasta que fué requerido por los agentes de la autoridad, para que confesase la venta que hizo, contraviniendo á las disposiciones legales sobre la materia.

Es de notarse que Andrade, *el loco*, había sufrido del Arzobispo un castigo justo por su temerario avance en las calles de Quito contra un rival suyo en materias no devotas, á quien amenazó, cuchillo en mano, y hubiera asesinado allí, cobardemente, sin la intervención de algunos transeuntes.

El ánimo menos prevenido contra el clero de un país, no dejará de notar la perversión de algunos miembros de aquel, por

ejemplares como el de que me ocupo, muy á pesar mio, siguiendo la narración verídica de estos sucesos.

Desde que sufriera Andrade el castigo que se atrajo con su procedimiento antireligioso, juró vengarse de Checa, haciendo causa común con sus pocos pero terribles enemigos, que no podían faltarle al Prelado.

Tan indiscreto fué en su odio contra el Arzobispo, que las primeras sospechas é investigaciones, tuvieron que referirse á él, dando por resultado el conocimiento de la compra del veneno: á lo que debió seguir un juicio de conclusión nada favorable quizá, para el canónigo, si sus compañeros empeñados en libertarle, no hubieran puesto en juego todos los recursos de que disponían en Quito.

Según el concordato de García Moreno, ningún sacerdote podía ser reducido á prisión por autoridad civil. Veintemilla no obstante, procedió á poner en seguridad al clérigo que resultaba sospechoso; y ese acto tan sencillo en cualquiera otra parte del

mundo, fué la señal de nuevos y vigorosos ataques contra el Gobierno por parte de los ultramontanos, con el nuevo Vicario Capitular á la cabeza, quien reclamó con insistencia, de la jurisdicción, en favor del preso.

He aquí dos documentos que acreditan la acción del Gobierno sobre el particular, y que resguardan la verdad de nuestros juicios:

Preciso me es ahora, Sr. Vicario Capitular, decir á US., una vez por todas, que el Gobierno está dispuesto á no tolerar que se haga del Concordato un escudo para entorpecer el curso de una causa en que están interesadas la honra de los ecuatorianos y la vindicta nacional, y en que se hallan fijas las miradas de todos los amantes de la justicia y de la humanidad. etc.—*Pedro Carbo.*

(Nota dirijida al Dr. D. Arsenio Andrade, Vicario Capitular de Quito.)

Quito Abril treinta de mil ochocientos setenta y siete, á las diez del día—Notándose que en las diligencias evacuadas en el juicio informatorio, en cuyo estado se encuentra esta causa, resultan hasta el dia indicios vehementes de culpabilidad contra el Prebendado Sr. Dr. Manuel Andrade Coronel, que ha buscado y comprado varios venenos desde antes del fallecimiento del Ilustrísimo y Reveren-

dísimo Arzobispo de esta Arquidiócesis, hablando mal del fallecido, con la circunstancia de haber manejado las vinageras en el dia y momento en que se supone fué envenenado, y por cuanto la infracción....................................etc. etc.—*Quijano.*

Es fiel copia de su original— El escribano, *Pablo Iglesias.*

Nada podía adelantar la justicia ordinaria con la competencia entablada por la Vicaría Capitular, foco entonces de la conspiración más activa. Servíala á la muerte de Checa, el Dr. Arsenio Andrade, al que no es posible llamar *el cuerdo*, para diferenciarlo del canónigo de su mismo apellido denominado *el loco.* El Vicario Capitular, hoy Obispo de Riobamba, vanidoso como es en grado sumo, flaquea á su modo, también, por lo atrevido.

Unido éste á las dignidades del coro, Nieto y Terrazas, no cesó hasta arrancar al preso del poder civil, para entregarlo al eclesiástico, donde quedó al poco tiempo, reducido todo al misterio.

En vista de tanta arrogancia y de tan

poca diligencia por el esclarecimiento de los hechos, de parte de la clerecía, Veintemilla declaró la abolición del Concordato de García Moreno, vigente aún, por los anteriores esfuerzos del Dr. Checa, hasta que se reuniese, según lo pactado con él, la Asamblea que estaba próxima.

Para dar una idea de lo que era este Concordato, baste saber que García Moreno envió á Pio IX, su firma en blanco, denotándole así, una servidumbre incalificable, que el mismo Papa no podía acojer sin la burlona, maquiavélica sonrisa de los consumados políticos italianos.

No es el caso de entrar en el análisis del Concordato, documento originalísimo que colocaba á los clérigos del Ecuador en una situación privilegiada respecto del mismo Presidente de la República, pudiendo herir con cuchillo ó con veneno, sin que interviniese para nada el poder civil, como lo hemos visto. Necesario sí, es decir, que su abolición fué entonces bendecida por los li-

berales como un triunfo de consecuencias preciosas.

## VI.

Comenzó entonces una guerra abierta entre la Iglesia y el Estado, sin precedente en la historia del Ecuador, y que por si sola, demuestra el carácter de Veintemilla.

El triunvirato eclesiástico que formaban Andrade, Nieto y Terrazas, inició su campaña fijando en las iglesias el Entredicho é instruyendo en la predicación adecuada á los caporales del púlpito.

Cada hombre de cogulla, se convirtió en otro padre Gago, vomitando injurias atroces contra el Gobierno.

Honorables sacerdotes, no obstante, como los señores Tovar, Freire, Romero, Mantilla, Campuzano, López, Montaño y otros, se apartaron de sus violentos compañeros del cabildo, en la ruptura de hostilidades, aunque guardando siempre, la reserva y decoro propios de la neutralidad.

—"Quedaréis en adelante privados de visitar los templos,"—decían algunos curas y padres jesuitas, mintiendo á sus feligreses. "Los ateos no se contentan con vuestra pérdida material, sino que quieren la perdición de vuestra alma, negándoos los inefables consuelos de la religión. Ya no recibiréis el pan eucarístico; ya no podréis buscar en el sacerdote al amigo, al hermano en nuestro Señor Jesucristo, porque los infames descreidos y los perversos, han dispuesto otra cosa á consejo de Satanás."...........

Cada iglesia se hizo un foco revolucionario en que las mujeres lloraban clamando á Dios por el castigo de los herejes.

Los tres canónigos alma de aquella intriga, no se separaban ni de dia ni de noche, y era de verse su aspecto furibundo en el Palacio Arzobispal, disponiendo su negro ejército para la campaña de cirios, dobles, rezos, crespones, invectivas y hasta puñales, si llegaba el caso de emplear estas armas, menos hipócritas que las anteriores, contra el Gobierno.

Arsenio Andrade, muy alto, muy flaco, muy prieto, y anunciando en su avinagrado rostro que allá en los tiempos benditos de la Inquisición hubiera quemado herejes, presentaba notable contraste con el canónigo Terrazas, pequeño, de abultadas carnes y fisonómica expresión acentuadamente glotona.

Este último, sumerjido entre grasa, tenía espiritualidad bastante para los libelos con que entretenía sus ocios; libelos esparcidos por él en mayor número, que sus sermones insípidos y en los que demostraba lo errado de su vocación por la Iglesia.

Nieto, el hombre de consejo en la Vicaría, diferenciábase de los otros dos, por el temperamento. Pálido y enfermizo, atacado de nervios como una dama, no por esto dejaba de tomar parte activa en los asuntos eclesiásticos, deslizando al oido de Terrazas y Andrade, sus observaciones malignas y pidiendo siempre, que no se mezclase su nombre en procedimiento alguno.

De compañerismo tal, nada cristiano,

brotaban contra el Gobierno las hostilidades é insultos mayores que se han oido.

## VII.

Los fenómenos de la naturaleza han sido esplotados desde tiempo inmemorial, por los servidores del culto, en su provecho.

La aparición de un cometa, el desorden momentáneo que establece en determinado paraje una tromba, un eclipse de sol, los cambios atmosféricos de carácter violento, cualquiera perturbación sencilla de las que no sabe darse cuenta el vulgo y que hoy la ciencia esplica, llegando hasta pronosticarlas, sin más auxilio profético que los números, sirvieron en remotas edades para demostrar el enojo divino ante la azorada turba, afianzándola aun más, si era posible, en su barbarie.

Los pueblos como el Ecuador en que la civilización no ha penetrado lo bastante en las masas, ofrecen todavía el caso de la superstición antigua, del público terror en pre-

sencia de esos fenómenos que nos describen hoy los sabios, con la misma sencillez que nos describe un mecánico las interrupciones que sufre una maquinaria en sus tubos.

Júzguese, pues, de la situación del Gobierno de Quito, en medio de una muchedumbre ignorante, azuzada por los clérigos, cuando á las pocas horas de hacerse público el Entredicho, se sintieron ruidos espantosos en toda la población y dibujóse en el horizonte una mancha negra que adelantaba oscureciendo la luz del día y dejando sentir el pánico en los corazones más atrevidos.

Nadie recordaba haber escuchado jamás esos ruidos tan prolongados, tan hondos, ni haber mirado tampoco una nube como la que se aproximaba con caracteres siniestros, para probar que Veintemilla había irritado al cielo, y que Dios con todas sus olímpicas furias, se ponía de parte de tres canónigos.

Pero, el peligro que amenazaba, no era solo á Veintemilla, sino á la población en-

tera, incluyéndose en ésta los sacerdotes.

Doblaban las campanas de iglesias y monasterios, alborotábanse dentro del propio hogar muchas familias, la consternación era general, oyéndose plegarias por todas partes, y la mancha negra, implacable como la muerte, seguía adelantando sobre Quito, convertido por esos momentos, en una inmensa casa de locos.

Detonaciones lejanas, escuchábanse como de gruesa artillería, á cuyo compás volaba y se extendía la mensajera nube, que ocultó bien pronto el sol, sumergiendo la aterrada población en tinieblas.

Gritos horribles que anunciaban el fin no sólo del Ecuador sino del mundo, se dejaron sentir, cuando rasgado el vientre de la espantosa nube, empezó á caer una lluvia de finísima tierra, cuya procedencia volcánica no pusieron en duda ya los inteligentes.

Después de muchos años, hacía el *Cotopaxi* una erupción á 16 leguas de Quito; y puede juzgarse de la magnitud de esta erupción, por las enormes distancias que salva-

ba aquella ceniza arrancada de las entrañas del volcán con extremecimiento y ruidos atronadores.

La corriente de lava, con gran pérdida de vidas, sepultó haciendas y casas á muchas leguas del *Cotopaxi*.

Al presente, los que viajan por esos contornos, pueden reconocer el curso de aquella hirviente catarata, en el terreno eriazo que ha sustituido á los campos de verdura y de fertilidad admirables. Donde antes se levantaban quintas de recreo y poéticas arboledas, no existe sino densa capa de tierra sulfurosa y metálica, que al enfriarse ha cobrado un matiz sombrío, como una estensa mortaja sobre la vida que aniquiló bruscamente.

## VIII.

Eran las doce del dia y Quito permanecía en una noche lóbrega, sintiendo caer un polvo sutil quc penetraba hasta los cuartos interiores, donde las familias se encomen-

daban á Dios con el fervor religioso de las circunstancias.

Por las calles, transitaban pequeños grupos con faroles en la mano, sin que faltaran por supuesto, cuadrillas alborotadoras que gritasen — *abajo los herejes, el cielo nos está castigando por ellos* — y otras expresiones más, que atestiguan la ignorancia de quienes las proferían en medio de letanías y preces contradictorias.

Era realmente espectáculo aterrador, el de una ciudad sumergida á la hora meridiana, entre sombras densísimas y escuchando las voces del *Cotopaxi* al lanzar desde tan lejos, esa lluvia de tierra que lo inundaba todo.

Podrá creerse sin embargo, que entre tal consternación hubiera quien armase algunos fanáticos lanzándoles de sorpresa contra la casa de gobierno, como para victimar á los que habitaban en ella?

Y así sucedió en efecto.

La propaganda diabólica hecha de antemano por el clero, exigía aprovechar la oca-

sión aquella, para dar un golpe que hubiera sido también decisivo, sin la serenidad del hombre encargado del poder, y que veía un triunfo para los trastornadores del orden, en un tan casual trastorno de la naturaleza.

Bien pronto, al horror de la erupción volcánica, mezclóse el horror de los hombres que se aprestaban á la matanza.

Partidas distintas, armadas de rifles, pretendieron acometer el Palacio, entre la oscuridad, á los gritos de — *mueran los herejes, abajo el Gobierno, viva la religión!*

Reforzados los asaltantes, comenzó un ciego, estúpido tiroteo, que aumentó como era natural, la ansiedad pública, hasta el extremo de creerse mayor el daño que se hicieran los hombres entre sí, que el que pudiese causar la *irritación del cielo.*

Veintemilla con una prudencia recomendable, no quiso empeñar combate ninguno por las calles, manteniendo sus tropas á la espectativa, pues comprendió que cesando el fenómeno de la lluvia y de la oscuridad,

cesarían también los impulsos bélicos de la canalla.

Quiso evitar á toda costa el derramamiento de sangre, que habría sido no pequeño entre los asaltantes; pero, vista su pertinacia en varias horas, y para demostrar que el Gobierno no les tenía miedo, consintió al fin, el Dictador, en que salieran dos compañías á órdenes de jóvenes liberales como los Enriquez, Arteta y otros, cuya indignación era grande, á darles una batida.

En las puertas de Palacio y huyendo de la vigilancia de la familia, recuerdo que se mezcló mi hermano José Ignacio, niño de doce años entonces y que fué recibido como por gracia, en las filas.

Atacados briosamente, los revoltosos, cambiaron su anterior osadía en miedo cerval; siendo barridos desde la plaza principal hasta San Blas, casi fuera de la población, donde terminó la refriega.

Los valerosos jóvenes que castigaron así el avance de los terroristas, volvieron á Pa-

lacio, intercediendo ante el Dictador, por el desobediente niño que les había acompañado, en mérito de su resolución ante el peligro y los disparos de rifle que hiciera entre los soldados.

## IX.

Las tinieblas seguían ocultando la población con un velo impenetrable.

Aplacado el tumulto, arengó Veintemilla á sus tropas, haciéndolas ver que la fidelidad al orden, sería debidamente estimada, y que nada temiesen del Altísimo en aquella improvisada noche, que se despejaría pronto, para que brillase más clara su justicia.

Queriendo á la vez contener otra mejor organizada rebelión, tomó preso al canónigo Andrade, obligándole á que abandonase la ciudad que mantenía, él sólo, en alboroto, con infracción de todo principio de caridad y mansedumbre evangélicas.

Antes de las tres de la mañana, pudo notarse allá, á lo lejos, entre la masa oscura de

sombras, una llama rojiza que subía del *Cotopaxi* al cielo, como impulsada por un gigantesco fuelle.

Esta llama que solía ondular, á veces se histriaba en fajas de color más subido y era cortada también, por las piedras incandescentes que salían del cráter, formando zigzags vívidos como el rayo.

La erupción volcánica, á considerable distancia, rompiendo la negrura del horizonte, cobraba á los ojos del espectador una sublimidad terrífica.

En esos momentos era que perecía gran número de personas en los campos circunvecinos del *Cotopaxi*.

Rios de lava precipitándose á la llanura, arrastraban con sus olas hirvientes, árboles, casas, maquinarias, animales y hombres, todo en masa confusa, en infernal balumba, cuyo recuerdo vive todavía en los pocos que salvaron de esa catástrofe.

Para aquellos que presenciaron el diluvio de fuego desde Quito, no se borrará tampoco, una tal madrugada, con su iluminación

colosal y redoble de truenos, que movían á espanto, aún más si cabe, que la misma lluvia de tierra.

Veintemilla previendo las desgracias que ocurrían en el campo, tomaba las providencias oportunas y multiplicaba sus órdenes para el auxilio de las víctimas, poniendo en movimiento las oficinas todas de la administración.

Volvió la calma á los espíritus con la entrada del día y se pudo ver, entonces, las calles que presentaban un tétrico aspecto por el lecho de ceniza que las cubría, asemejando la via pública á una inmensa fundición, donde para levantar los residuos del horno, se necesitaban muchas carretas.

## X.

*El castigo del cielo*, que cayó sobre los inocentes agricultores de las faldas del *Cotopaxi*, hizo que los predicadores de la revuelta, escondieran el rostro por varios dias; quedando además, con el extrañamiento de

Andrade, cumplida la abolición del concordato de García Moreno.

Asegurado así un triunfo no pequeño, de las ideas liberales en el anterior conflicto, dedicóse Veintemilla á la formación de la Asamblea Constituyente, entrando en una labor bastante delicada, con los distinguidos ciudadanos que debían formarla, en gracia de su popularidad é inteligencia.

Menester le fué al Dictador, recorrer algunas provincias donde recibió homenages cariñosos y aplausos no pocos, por su firmeza ante los clericales.

Las poblaciones de la costa, sobre todo, que contribuyeron á su elevación tan ardorosamente, acogiéronle en triunfo.

Guayaquil marcó por entonces sus simpatías, con fiestas de carácter patriótico, viendo que la elevación de Veintemilla, aseguraba positivas ventajas á la causa liberal tanto tiempo humillada.

Pero, los terroristas en Quito, que no se daban reposo un segundo, aprovecharon la

ausencia del Dictador para preparar en la línea de Colombia una expedición considerable, al mando del General Santiago Yepes; espedición que se estendió por el Norte de la República como una nube de langostas, devorando cuanto encontraba á su paso hasta las alturas de Pichincha.

Nunca pudo saberse de qué número constaba, realmente, esa horda con pretensiones de ejército que amenazó á Quito, esperando el concurso prometido de los conspiradores de adentro. Sólo puede asegurarse, que la expedición de Yepes, era miserable y hambrienta, que se había halagado á los que la formaban, con el saqueo de los bienes pertenecientes á Veintemilla y sus amigos, y que servían á la causa *de la religión*, por sus proclamas de muerte y esterminio.

El General Dn. Cornelio E. Vernaza, encargado del mando de las tropas del Gobierno, que quedaron en Quito, no pudo ó no creyó contar con fuerzas suficientes para atacar á los revolucionarios, é hizo levantar

barricadas en el centro mismo de la población.

Este acto de pusilanimidad, ensoberbeció á los enemigos que rompieron sus fuegos contra el ejército del orden, apoderándose de las torres abandonadas y que debieron ser defendidas.

Para que se comprenda este abandono, es de advertir, que las tropas regulares circunscribían su dominio á la plaza de armas y boca-calles adyacentes.

Los soldados ardían de corage por saltar las barricadas, y pelear como en *Galte* y en *los Molinos*, pero, la obediencia al superior, manteníales en la línea muy á despecho suyo y de otros jefes.

Dueños los revoltosos de casi toda la población, penetraron á los hospitales robándose las frazadas y útiles á servicio de los enfermos, llegando á matar á algunos desventurados que se medicinaban allí.

Los expedicionarios dieron muerte, entre muchos, á Manuel Polanco, persona complicada en el asesinato de García Moreno, y

que pidió por favor, que se le dejara combatir al lado de la guardia de la cárcel en que se encontraba.

La desaparición de Polanco, ha privado á la justicia, de importantes revelaciones que había prometido hacer; y es bastante rara la suerte de este hombre, que fué un enigma desde su prisión hasta su muerte, no sabiéndose á punto fijo, el verdadero papel que desempeñó en el drama de que fué Rayo primer actor.

## XI.

La noche sobrevino sin que se diera al ejército del Gobierno, la orden de atacar á Yepes, abandonando la defensiva oprobiosa en que se mantuviese desde las primeras horas de la mañana.

Pero, al siguiente dia, á las doce, el Coronel Toro Moreno, jefe del batallón 14, que presenciaba indignado los avances del enemigo, pidió permiso á Vernaza para hacer una salida en busca de comestibles.

La verdad era, que este valeroso jefe, no podía soportar por más tiempo la vergüenza de permanecer entre barricadas, frente á una turba soez como ninguna.

Aprovechó, pues, de la licencia que se le otorgara, y atacando con un ardor loco á la cabeza de su batallón, á los primeros enemigos que encontró á su paso, no pudo contenerse, persiguiéndoles muy más allá de los atrincheramientos.

Los otros cuerpos, impulsados con esta desobediencia, saltaron á su vez, llenos de entusiasmo, los parapetos, y consumaron la derrota de Yepes, haciéndole un gran número de muertos y prisioneros.

Toro Moreno, no descansó hasta limpiar de enemigos la ciudad. La brillante carga del 14, ha hecho historia en la capital del Ecuador, mereciendo de los enemigos el epíteto de *batallón toro*: implícita muestra de respeto al nombre de su Comandante, que se portó como un héroe.

Las casas contiguas á las barricadas, se encontraron llenas de revolucionarios que

imploraron misericordia al entregar sus rifles.

Uno de los cabecillas de la espedición de Yepes, Ezequiel Landázuri, hizo una intentona para sorprender á los que defendían la barricada de la Merced, horadando las paredes interiores de algunas casas de dicha calle, á fin de caerles á retaguardia.

Al efecto, se abrió paso hasta la misma casa de Veintemilla, situada en la calle de la Merced, y cuando rompía el último muro divisorio, acompañado de gran número de bandoleros á quienes dió instrucciones de matar tanto á los hombres como á las mujeres que encontrasen, fué sorprendido por nuestras tropas.

Bañado en sangre, se le tomó prisionero. Landázuri tenía ya bien ganada la reputación de bárbaro en anteriores revueltas por los departamentos del norte, y uno de los jóvenes liberales, exaltado en la lucha, apuntóle con su revólver al reconocer en él un enemigo temible.

Pero, la Señora Rosario de Veintemilla,

hermana del Dictador, presente á esta escena en la curación de los heridos, se interpuso entre ambos, diciendo con tono resuelto:

—*En mi casa no se asesina á nadie!*

Salvó, efectivamente, á Landázuri de una muerte segura, para que éste correspondiese más tarde como saben corresponder los ingratos.

El golpe que recibieron los facciosos, fué decisivo. Una semana después, no quedaba en armas uno sólo de aquellos que levantaron el estandarte de la rebelión en el Norte y Centro de la República.

Yepes y sus principales tenientes ocultáronse por algún tiempo, avergonzados, más que de la derrota, de los escándalos y tropelías sin fin que cometieron sus cuadrillas de foragidos y únicamente veteranas en el asesinato y el robo.

Algunos dias después del combate, los prisioneros fueron puestos en libertad.

El Gobierno no quiso ejercitar ninguna de aquellas venganzas que rebajan tanto la política de un partido. Se consideró bastan-

te la humillación de los contrarios para exacerbarla con los tormentos que acostumbraron ellos en el poder.

## XII.

La Asamblea Constituyente, se reunió en la ciudad de Ambato por decisión de Veintemilla, que quiso honrar así, la capital de una provincia tan liberal é ilustrada.

Compuesta dicha Asamblea en su mayor parte, por hombres de saber y de experiencia reconocida, dió al país la más liberal de sus constituciones.

Júzguese la Constitución de Ambato, por el sólo capítulo *De las garantías.* Dice á la letra:

" Art. 16— *La Nación Ecuatoriana* reconoce los derechos del hombre como la base y el objeto de las instituciones sociales.

" Art. 17— La Nación garantiza á los ecuatorianos:

" I. La inviolabilidad de la vida; y, en consecuencia *queda abolida la pena de muerte para los delitos y crímenes comunes.* El asesinato cometido en la persona de padre ó madre legítimos ó naturales, no está comprendido en esta garantía.

" II. La propiedad con todos sus derechos; y en consecuencia: 1.° *Queda abolida la confiscación de bienes.* 2.° Nadie puede ser privado de su propiedad ó del derecho que á ella tuviese sino en virtud de sentencia judicial, ó de expropiación por causa de utilidad pública hecha conforme á la ley y previa indemnización: 3.° No puede exijirse ningún impuesto, derecho ó contribución, sino por autoridad competente en virtud de una ley que autorice la exacción, debiendo guardarse en todo impuesto la proporción posible con los haberes é industria de cada persona; y 4.° Los ecuatorianos gozan de libertad de industria y de la propiedad exclusiva de sus descubrimientos. La ley fijará el tiempo por el cual pueda concederse privilegios exclusivos, ó darse indemnizaciones á los inventores, caso que prefieran la publicación de sus inventos.

" III. La inviolabilidad y secreto de la correspondencia y demás papeles, los que no pueden abrirse, interceptarse ni registrarse, sino en los casos señalados por la ley.

" IV. El hogar no puede ser allanado sino por un motivo especial determinado por la ley y por orden de autoridad competente.

" V. La libertad personal; y en consecuencia: 1.° No hay ni habrá esclavos en la República y se declaran libres los que pisen su territorio: 2.° Queda abolido el reclutamiento forzoso para el servicio de las armas: 3.° A nadie se puede exijir servicios forzosos que no estén impuestos por la ley: 4.° Hay

libertad de reunión y de asociación sin armas para objetos no prohibidos por las leyes; y 5.° Todos tienen el derecho de petición ante cualquiera corporación ó autoridad y el de obtener la resolución respectiva.

" VI. La seguridad individual; y en consecuencia: 1.° Nadie puede ser preso sino por infracción que merezca pena corporal, escepto los casos de apremio legal, debiendo ser puesto en libertad el detenido en cualquier estado de la causa en que resulte que la infracción no merece esa clase de pena: 2.° Nadie puede ser preso ni arrestado sino por orden de autoridad competente, á menos de ser sorprendido cometiendo un delito, caso en que cualquiera puede conducirle á presencia de dicha autoridad. Cuando hay arresto, dentro de veinte y cuatro horas á lo más, de éste, el que lo dispone debe expedir una orden firmada en que exprese los motivos de la prisión. La autoridad que no la diere, y el guardián de la prisión que no la reclamare serán castigados como reos de detención arbitraria: 3.° Nadie puede ser puesto fuera de la protección de las leyes, ni distraido de sus jueces naturales, ni juzgado por comisiones especiales ó por leyes que no sean anteriores al delito, ni privado del derecho de defensa, en cualquier estado de la causa: 4.° Nadie puede ser obligado á prestar testimonio en causa criminal contra su consorte, ascendientes, descendientes, ó parientes dentro del cuarto grado civil de consanguinidad ó segundo de afinidad; ni constreñido con juramento ú

otro apremio á darlo contra sí mismo, en asunto que le traiga responsabilidad penal; ni mantenido sin comunicación por más de veinte y cuatro horas; ni atormentado con barra de grillos ú otra clase de tortura: 5.° Queda prohibida la pena de azotes. 6.° Ninguna pena puede recaer sobre otro que el culpado; y 7.° Toda persona se presume inocente y tiene derecho á conservar su buena reputación, mientras no se la declare delincuente, conforme á las leyes.

" VII. La igualdad en virtud de la cual todos deben ser juzgados por unas mismas leyes y sometidos por éstas á los mismos deberes, servicios y contribuciones.

" VIII. El derecho de expresar libremente sus pensamientos de palabra ó por la prensa, sujetándose á la responsabilidad que imponen las leyes. *Jamás podrá establecerse la censura ó calificación previa de los escritos.*

" IX. La libertad de transitar, mudar de domicilio, ausentarse de la República y volver á ella llevando ó trayendo sus bienes; todo con sujeción á las formalidades legales. Se esceptúa el caso de guerra en el que se necesita de pasaporte.

" X. El crédito público; y en consecuencia, no pueden distraerse de su objeto sino en el caso del inciso 9.° del artículo 80, los fondos de amortización de la deuda pública señalados por las leyes.

" XI. La libertad del sufragio.

" XII. La libertad de fundar establecimientos de enseñanza privada, con sujeción á

las leyes generales de instrucción pública. La enseñanza primaria obligatoria y gratuita y la de artes y oficios deben ser costeadas por los fondos públicos.

"Art. 18—Los extranjeros serán admitidos en el Ecuador y gozarán de las garantías constitucionales en tanto que respeten las leyes de la República.

## XIII.

La propia Asamblea que dió una Constitución reclamada por el decoro nacional, á la altura de los países mejor constituidos de Sud-América, inspirándose en la justicia, quiso galardonar de una manera especial, al mandatario sin cuyo concurso, no hubiera disfrutado tampoco, el Ecuador, de tan benéficas leyes.

Unánimemente, pues, concedió á Veintemilla, el título de Capitán General que no había antes llevado nadie en el Ecuador, y que le distinguiera, por lo mismo, de todos los demás jefes á servicio de la República.

La voluntad soberana del pueblo era manifiesta en esa Asamblea que emanaba del pueblo; y si algunos han objetado que el

título de Capitán General concedido á Veintemilla, era de algún modo incorrecto, no pueden negar á su vez, la potestad de un cuerpo legislativo como aquel, para ampliar los títulos militares en uso, y aún, para crear otros, como sucediera en distintos Congresos americanos, donde se ha hecho hasta Grandes Mariscales en recompensa de acciones de armas y eminentes servicios políticos.

La Asamblea de Ambato, invistió también á Veintemilla, del carácter de Presidente de la República por el período de cuatro años, y clausuró sus sesiones tras largos debates encaminados al mejoramiento de una nación que estaba, ideológica y moralmente, en ruinas, después de García Moreno y de Borrero.

Los nobles ciudadanos que atendieron á la reconstitución pátria de entonces, pueden gloriarse de no haber seguido otras inspiraciones que las del beneficio público, el orden, y la posesión de derechos negados por el absolutismo.

## XIV.

No solamente á los ultramontanos. debía caber la triste iniciativa de la revuelta.

Derrotados en el doble campo de las armas y de las ideas, unos cuantos *radicales* en el nombre, y nada más que en el nombre, recogieron el estandarte revolucionario, sin otra razón plausible, que la de llegar al solio, y hacer con el General Eloy Alfaro, á su cabeza, una cómoda distribución de los empleos públicos.

Ninguna revolución pudo haber en el Ecuador menos justificable que esa.

Compréndese, que los hombres de las pasadas administraciones, se sublevaran contra un régimen tan opuesto al suyo, como el implantado por Veintemilla; pero, ¿qué móvil que no fuera indigno podría armar ese fratricidio de liberales y radicales que son en el Ecuador casi una misma cosa?

El hecho es, que D. Eloy Alfaro, subalterno de Urvina en Galte y que había hecho á éste proposiciones desleales contra el cau-

dillo triunfante, encontró una ocasión á su entender propicia, para hacer con directa responsabilidad, lo que rechazó indignado el viejo soldado de la independencia D. José María Urvina.

El Presidente de la República que sin amainar en sus liberales propósitos, no podía tampoco ahorcar á los clérigos, cerrar las iglesias y proclamar abiertamente el culto de la diosa Razón, dió después de sus enérgicos procedimientos, con la discreta fuerza moderadora del Gobierno, un pretexto para la revolución, á Alfaro, que, llamándose radical, pretendía hacer tabla rasa en el Ecuador con todo lo que es creencias, prácticas sociales establecidas y leyes que, aunque defectuosas, requieren un paulatino cambio y no una extinción violenta, acarreadora de la catástrofe.

El desgraciado Alfaro, se estrelló en dos espediciones consecutivas contra el ejército nacional, que redujo al polvo sus pretensiones de redentor de ideas cuyo verdadero alcance tal vez no le ha preocupado nunca.

Habiendo caido en poder de Veintemilla, recuperó bien pronto su libertad, de la que usó hasta el último dia de la administración liberal, en conspiraciones, correspondencias y panfletos calumniosos que honran muy poco á este soldado, digno al fin de alguna estimación, por lo valiente.

## XV.

Las obras de beneficio público, son sin disputa alguna, la mejor garantía de pureza para el gobierno que las lleva á cabo, entre dificultades mil, de anarquía, de desorden político y de pobreza.

En la provincia del Azuay, no se habrá borrado aún, la memoria del hambre desastrosa de 1878. Perdidas las cosechas en larguísima estensión agrícola, quedaron reducidas á la miseria, innumerables familias trabajadoras, no acostumbradas á recibir más auxilio que el de sus brazos. La misma ciudad de Cuenca, encontróse sumida en la mayor desesperación, por falta de granos y

la violenta muerte de los ganados por la sequía de la campiña. Clamores horribles elevábanse pues, de esa provincia, pidiendo el sustento á Dios y á los hombres que en el Gobierno le representan por sus obras benéficas en semejantes conflictos.

El hambre, sin embargo, no se dejó sentir en el Azuay sino los pocos dias que mediaron entre los primeros partes de las autoridades y del pueblo, y las abundantes remesas de víveres que el Presidente de la República despachó con una diligencia tan oportuna, que salvó á las familias de una catástrofe como la que tuvo lugar algunos años antes, en la provincia brasilera de Ceará.

No siendo suficientes los primeros acarreos de granos, ovejas y demás vituallas con que acudió Veintemilla á los desventurados de la citada región del Ecuador, tuvo necesidad de contratar por cuenta de su Gobierno, grandes cargamentos de trigo, papas y arroz en las vecinas repúblicas del Perú y Chile.

Hablen hoy, inspirándose en la justicia, todos los que sintieron entonces la mano protectora del Gobierno de Veintemilla, y tendrán que reconocer el más exajerado celo humanitario que distinguió siempre á este caudillo.

Recorriendo la lista de obras importantes que inició y completó en parte, Veintemilla, se comprenderá el verdadero patriotismo que le inspirara.

La continuación y conclusión del ferrocarril en el trayecto de Yaguachi á Chimbo, con sus cortes, puentes y desviaciones respectivas, que adelantó Veintemilla sin afectar el erario en sus principales rentas, bastarían para hacer la buena fama de su Gobierno.

Es de notarse, que Caamaño y Flores, tomando el producto de las sales, que es el más saneado del fisco, con el objeto de adelantar el ferrocarril, no han podido igualar el trabajo de su antecesor en esta obra de vital importancia para el país. La sección de Durán, que es la nueva, nada vale comparada

con las trabajadas anteriormente. Inutilizada hoy por las aguas que han destruido los terraplenes, contrarios al primitivo trazo por favorecer á determinadas personas, la sección de Durán está probando por si sóla, la incompetencia administrativa.

El gran teatro de Quito, uno de los mejores que existen en América, fué levantado desde sus cimientos por Veintemilla; y para que el arte no tuviera espléndido culto con olvido ó perjuicio de los menesterosos, refaccionó completamente el hospital de San Juan de Dios, dividiéndolo en secciones cómodas y espaciosas para hombres, mujeres y militares.

El camino carretero del Norte, por el cual habían clamado tanto los pueblos interesados en el cambio de sus productos, se hizo al fin, una realidad dichosa, bajo el dominio de Veintemilla.

La capital de la República, debe muchas y muy importantes obras de necesidad y de ornato al mismo mandatario. Merecen citarse entre las principales, la Escuela Taller

conocida con el nombre de *El Protectorado*, cuyo instituto dejó García Moreno, y que el Dictador Veintemilla reorganizó con ventaja, abasteciéndola de los útiles indispensables para la educación del pueblo y de los maestros en los diversos oficios que allí se enseñan; el aumento de escuelas en toda la República y reinstalación de aquellas que no funcionaban por las deudas que dejara Borrero; las nuevas becas para niñas pobres y reparto, en general, de los útiles de aprendizaje hasta la profusión.

Débese también al hombre de 1876 el hermoso paseo llamado de la *Alameda;* el puente situado detrás de la plaza de Santo Domingo y que une la ciudad con uno de sus más populosos arrabales; los cuarteles de los batallones 16 y 26; varias calles nuevas abiertas para el tráfico, expropiando edificios y terrenos anexos, de no escaso valor; un sólido puente con dirección hacia el Matadero general, que evitaba el paso del ganado por entre las calles de Quito, y cien

otras mejoras locales más, que sería cansado enumerar en este sitio.

Guayaquil recibió los beneficios de una aduana magnífica, de la que carecía, inesplicable parece, el mayor y más comercial puerto de la República.

El bello malecón sobre el Guayas, que ha modificado sensiblemente las condiciones higiénicas del puerto, débese también al paternal gobierno de Veintemilla. El ex-Comandante General de Guayaquil, una vez en el solio presidencial, no olvidó la ciudad cuna de Olmedo, y sus miradas dirijíanse allá, de preferencia, comprendiendo cuánto necesitaba del calor gubernativo, un pueblo que vivió materialmente hostilizado por García Moreno, pues, no quiso dotarlo de bien ninguno en los largos años de su administración.

La era floreciente de Guayaquil, comienza desde el período presidencial de Veintemilla que no pudo concluir la magna obra de la pavimentación general que emprendió por algunas calles, dotadas de un piso tan

bueno, como el de las mejoree calles de Europa.

Varios puentes de cal y canto se hicieron en los caminos del interior; puentes que no ceden en mérito y utilidad á los antiguos construidos por García Moreno.

Sobresale entre todos, el de Guayabamba, que es sin disputa, el mejor puente que hoy cuenta la República del Ecuador, por lo atrevido y grandioso de sus proporciones. Allí está ese monumento que durará muchos siglos para honra de Veintemilla.

Fácil es en la ausencia del mando, atacar la reputación de un gobernante; pero, cuando éste ha marcado su paso con obras como las ya lijeramente apuntadas, es en vano que alcen gritos de acusación sus enemigos.

Quien ha invertido las rentas fiscales en tan prácticos bienes; quien algo ha hecho para perpetuar su memoria en el beneficio público, está por encima de las torpezas é insultos en que abundan para él, los mismos que se repartieron como un botín de guerra,

el tesoro nacional, colmado en la época que cayó Veintemilla.

Los millones que encontraron en arcas sus enemigos y que sirvieron de pasto á verdaderos buitres, pudieron desaparecer en la administración dictatorial; no sucediendo así, para confusión de esos mismos enemigos triunfantes, que tienen que responder al mundo de una nación que hallaron rica y floreciente como nunca lo estuvo, y que hoy, bajo sus garras, no tiene ni con qué pagar á los empleados públicos, según consta en los contemporáneos decretos del Presidente Flores.



## CAPITULO TERCERO.

---

**La palabra Dictadura —Proyectos de reelección —El ministro Vernaza: su traición y anonadamiento —Dictadura de Veintemilla, proclamada por el pueblo —Montoneras del Norte —Triunfo de Pisquer —Aborto de la conspiración terrorista en Quito. —El designado Don Leopoldo Salvador —Desastre de Quero —Salazar y Sarasti —Humillaciones del Designado —Encárgase del poder Don Francisco Arias —Preliminares de la lucha.**

### I.

Antes de juzgar á los hombres, penetremos en el espíritu de su época, único medio de pronunciar acerca de ellos, un fallo acertado é imparcial.

La observación que ha aclarado tantos misterios, sorprendiendo hasta los secretos de la naturaleza, es la que contribuye poderosa-

mente, á determinar el lugar que á cada cual le corresponde entre sus semejantes.

Preciso es estudiar las necesidades de los pueblos, á la vez que los acontecimientos, analizar los sistemas de gobierno y desentrañar los hechos, para juzgar con espíritu recto á las personas que intervinieron en ellos, ó han marcado su rumbo político originario.

Hacer caso omiso de las buenas acciones de un hombre, para calificarle, invocando un término odioso y genérico, es constituirse en anticipado enemigo de la justicia.

Finjiéndose idólatras de las ideas, ciertos escritores ecuatorianos, han atacado á Veintemilla, duramente, porque se llamó *Dictador;* lo cual no deja de ser una superficialidad bien triste, ante la carencia absoluta de razones para ofenderle.

Los enemigos de un régimen cualquiera, hallan siempre en la significación de los títulos, manantial abundante de protestas y acusaciones. Así fué en un tiempo, para la Francia revolucionaria, el delito mayor, ser

conde ó marqués, sin que valiese á los titulados de este modo, para librarse del suplicio, tener un corazón el más patriota, más generoso y más bueno.

Digamos con un grande escritor:

"Cosa de teólogos es estimar á los hombres, no según sus actos y su carácter sino conforme á sus dogmas teológicos. Otro camino está indicado para el historiador y el filósofo. Bueno es que juzguen á los hombres según sus acciones y de ningún modo según sus formularios revolucionarios, pues sabemos por experiencia propia, que dichos formularios las más de las veces, no pasan de los labios."

Empero, lánzase como estigma fatal la palabra *Dictadura*, cual si se vislumbrara tras de ella, la corrupción y tiranía del Imperio bizantino. Sin más examen dase por algunos el fallo adverso.

Y he ahí, por eso, á la Dictadura de Veintemilla, convertida con tantas otras, en un monstruo; pero, en un monstruo de retórica pura.

---

## II.

Dirijiéndome yo al Ecuador, no á los fanáticos, examinaré la Dictadura con un solo apasionamiento: el de la justicia.

No siendo mi intento buscarle apologistas, ni tartufos políticos estrechados por el marco de hierro de sus miras, hablo con los hombres libres, capaces de penetrar sin rencor, en el espíritu de esa autoridad ilimitada pero transitoria, y cuyos fines no son iguales en todos los hombres que la mantienen.

¿ Quién puede sin previo examen, imponer á la conciencia pública un caprichoso y por lo mismo absurdo veredicto? Quién puede formar una sóla masa de tan diversos elementos y de tan contrarios principios? La confusión, los términos absolutos, desnaturalizan la historia. No es posible envolver en una frase oscura lo que el criterio imparcial vuelve haces de luz y de enseñanza práctica.

El Capitán General Ignacio de Veintemilla, aceptando la palabra *Dictadura* para

la conservación del partido liberal y sin apartarse un instante de las leyes que promulgó en 1877, será considerado como un déspota.?

Inútil sería repetir cuanto se ha dicho en pro y en contra de esta autoridad impuesta, no por la ambición de un caudillo, sino por la fuerza misma de los acontecimientos.

## III.

Pasemos á los hechos.

El período constitucional del Presidente Veintemilla, tocaba á su término. Era pues, necesario, fijar el que debiera reemplazarle. Veintemilla esperaba.

Su partido no podía ser aun, más fuerte que el viejo terrorista, cuya larga dominación había fanatizado por completo el interior de la República. Mas, el primero, tenía un jefe que hacía frente á todas las eventualidades.

Llegó el momento en que debía trasmitir el poder; pero ¿dónde estaba el intrépido sucesor que desafiando el peligro siguiera

el impulso dado á las ideas liberales recientemente expandidas en el Ecuador?

Veintemilla había comenzado á constituir seriamente, el partido liberal. Los hombres dignos del partido conservador y radical, que habían encontrado en él su verdadero jefe, no tenían aun el suficiente aplomo para la lucha. Vínculos de familia y de antiguo compañerismo, ofrecían para la libertad, un peligro en lo remoto.

Ni cómo elegir un radical sin que el partido conservador, potente aun, se levantara cual airado tigre para destrozarle en su cuna?

Más tarde, en el 9 de Octubre, á la caida de Veintemilla, palpóse la verdad de estos presentimientos.

García Moreno elegía pupilos. A la menor señal de independencia, arrancábales el poder que les confiriera él mismo, logrando por este medio, dominar diez y seis años el Ecuador. Mal caballero, tampoco podía ser buen mandatario.

Otros gobernantes sin la energía de Gar-

cía Moreno, cosecharon los menguados frutos de la ingratitud en sus tenientes.

El sistema de pupilaje gubernativo, engendra el odio ó el ridículo; á no ser que los partidos estén tan bien organizados, que cada miembro importante pueda á su vez, constituirse en jefe, sin apelar á la traición ó al engaño.

Y no siempre de los partidos recientes, sale un hombre capaz por el carácter ó la inteligencia, de suceder al que principió la obra magna de fijar sus ideas en el inseguro campo de la administración,

Tratábase en consecuencia, de la reelección de Veintemilla.

¿Qué tenía de extraño este propósito.?

Los partidos más poderosos la han adoptado. Hoy mismo en la Gran República del Norte y en las del Sur, menos atrasadas, pónese en experiencia el calculado sistema que nos ocupa.

¿Por qué pues, esos dardos dirijidos ciegamente al que no podía ser usurpador en el hecho?

*¡La dictadura!* contestarán algunos con acento melodramático, llevando las manos á una cabeza que no sería ciertamente, tronchada por el Dictador.

Mas, no era preferible esa dictadura nominal, momentánea, aceptada tan sólo por la salvación de un partido, á una ley que impusiera la reelección de la que podría abusarse hasta lo infinito?

Veintemilla llevó su buena fé en la Convención de Ambato, á un grado tal, que pudiendo hacer sancionar la ley de reelección, fué el más opuesto á ella, pues no creyó entonces, en la necesidad que engendró después su proceder, sólo en la apariencia, contradictorio.

Los liberales se lamentaron tardíamente de esa rarísima fidelidad á su credo.

He ahí por qué no puede atribuirse á Veintemilla la sórdida ambición que no repara en nada, y que tiende siempre á prepararse un camino, sobre toda consideración política y hasta humana.

## IV.

No han faltado quienes dijeran que Veintemilla *se hizo á sí mismo la revolución.*

Tan chocarrera frase que no merece los honores de una refutación seria, deja sin embargo un resquicio á la credulidad inocente.

Apelar al recurso extremo de la dictadura en resguardo de las mismas leyes promulgadas en Ambato, y que iban á quedar sujetas á un cambio, lejos de ser contrario al pensamiento de Veintemilla, era su solución más lógica, frente á un peligro que todos, secretamente, reconocían.

El Presidente constitucional, se habría hecho á sí mismo la revolución, cuando desconociese lo hecho en Ambato, cambiando leyes liberales y justas, por otras miserables y acomodaticias, al asumir la Dictadura de Marzo.

Pero, dejando en pié todo el edificio legislativo anterior, antes bien, constituyóse en guardián de lo que no tardaría en caer

por el suelo, á los golpes reaccionarios de los que solo tuvieron amor á lo hecho bajo la fatídica sombra de García Moreno.

Así, pues, el primer decreto dictatorial fué declarando en vigencia la Constitución de Ambato. Hay precedente alguno en la historia del Ecuador que honre más á un caudillo? Ante declaración semejante, osan hablar aun los que llaman tirano á Veintemilla, por sarcasmo, cuando si algo le faltó para sostenerse fué, precisamente, el empleo de la tiranía!

Su patriotismo exaltado, hízole creer que cuatro años de gobierno eran suficientes para el lleno de su tarea moral y regeneradora.

Mas, por desgracia, era dificil desterrar en tan corto tiempo, los males cimentados por el oscurantismo terrorista.

## V.

Cuando Veintemilla juzgó de todo punto necesaria su reelección, aceptóla ya sin reserva, creyendo posible concluir en otro período igual, la obra emprendida y espuesta

por entonces, á quedar en una suspensión que la destruía.

Conocido antes como Dictador y por lo mismo justipreciado, no podía arredrarle este título, que lejos de dañar la limpieza de sus propósitos, poníale en el caso de manifestarlos todavía mejor.

Despojemos á los más célebres magnates de la resolución y audacia que les sostuvo en el poder, y tendrémosles rebajados, pero en mucho, del legítimo nivel en que les coloca la Historia.

Arrebatemos el poder absoluto de las manos de Veintemilla, y veremos en él, simplemente, al campeón de la libertad. Más aún, preciso es reconocer los nobles sentimientos de su alma, que paralizaron el brazo siempre terrible de un Dictador; sentimientos que le dominaron en el mando hasta el punto de comprometer la misma seguridad de su persona.

¿A quién fusiló Veintemilla de entre los muchos que le hubieran asesinado por lograr sus proditorios fines?

¿Qué bienes arrebató á los contrarios, so pretesto del mantenimiento de la fuerza?

Dictuduras que pasan como céfiros de la primavera, sin arrancar las hojas de los árboles, no son tales dictaduras.

Aires huracanados absolutistas, barren sin embargo, muchos países, bajo hipócritas nombres de gobierno y denominaciones poco atrevidas.

En nombre de la Constitución se ha fusilado á muchos inocentes.

El cumplimiento de una ley ha servido de pretesto para mil iniquidades, entre esos mismos que acusaron á Veintemilla como tirano.

Si algún despotismo ejerció el caudillo liberal, fué sobre el propio miedo de todo mandatario, que le aconseja á éste, las medidas extremas. Tiranizando su soberbia y enojo, hizo para más tarde la tranquilidad de su conciencia.

Algunos han tratado de hacer aparecer, como consejeros de la Dictadura, á subalternos cuya única importancia fué la con-

signa recibida, y que no tenían en lo absoluto, iniciativa para mayores cosas.

Dejemos á los espíritus débiles, entregados al ambiente de su nulidad; no les importunemos atribuyéndoles una superioridad de la que temblarían, lejos de envanecerse!

## VI.

Antes que concluyera su presidencia, quiso el Capitán General Veintemilla, visitar la ciudad de Guayaquil.

A principios del mes de Marzo, cumplió con este deseo, dejando el poder en manos del Designado Sr. Leopoldo Salvador y sus ministros; habiendo nombrado como Comandante en Jefe del Ejército del interior, al Ministro de la Guerra, General Cornelio E. Vernaza.

Los terroristas aprovecharon de la situación dificil en que se veía colocado el Gobierno, al apelar á una medida extrema, por reelegir al jefe del partido liberal.

Siendo favorable el momento, para lle-

var adelante sus tenebrosas maquinaciones, pusiéronse de acuerdo con el General Vernaza. Este aceptó los ofrecimientos sin demora.

El mal amigo, creyó fácil la empresa, dándole la ausencia de Veintemilla bastante ánimo para ponerla en planta. Quiso, pues, constituirse en cabeza y nombrarse, según algunos, Dictador, y según él, simple Jefe Superior; como si el título que invistiera, pudiese cambiar el carácter de su felonía.

El partido Conservador preparábase á declarar la ciudad en estado de sitio, invocando el Terror en su servicio y señalando de antemano sus víctimas. Replegado como la pantera en la oscuridad de su cueva, no aguardaba sino el momento propicio, para saltar al cuello de sus enemigos.

## VII.

Pero, alguien velaba por Veintemilla.

Mientras éste residía en la Capital, poco ó nada preocupábame yo de la política.

La misión mia era bien diferente. Como todas las mujeres nacidas en el desahogo y dotadas de un corazón no egoista, procuraba aliviar las amarguras de cuanto infeliz demandaba un socorro, haciendo valer la proverbial largueza del jefe de mi familia.

Ausente el primer Magistrado de la República, llegó á mis oidos la famosa conspiración terrorista, cuyo caudillo era ¡oh escándalo! el Ministro de la Guerra General Cornelio E. Vernaza.

Más, qué podía yo hacer en tales circustancias? Sentíame capaz de arrostrar todo peligro y sin embargo, debía guardar reserva hasta el último, para evitar así la burlona sonrisa con que el mundo, no escaso de fundamento, acoge las enérgicas resoluciones de los que considera débiles.

No obstante, mandé un comisionado á Guayaquil, para que instruyera á Veintemilla del peligro en que nos encontrábamos y ordenara lo conveniente.

Pero, los conjurados se daban prisa.

Alentado Vernaza, considerándose dueño de un ejército autómata, manifestó sus designios á Salvador, con la autoridad del hombre que se cree árbitro de la situación.

Digna de alabanza fué, entonces, la conducta del Designado.

En tan pocos dias que ejerciera su autoridad, érale imposible conocer la índole de los que le rodeaban.

Llevóse de los acertados consejos del Ministro de Relaciones Exteriores, Doctor Francisco Arias, cuya natural probidad era un seguro baluarte contra la traición.

Vernaza vióse desairado por el cuerpo de Gobierno, más, no se desanimó. Ufano con el plan maquiavélico que había forjado, miraba ya con lástima á los que no eran de su agrado ó no querían compartir con él, de tan nefanda gloria.

Escudado, sin embargo, con el nombre de Veintemilla, permaneció en seguro hasta el último instante. Así, creyó que le sería dado negar su culpa en caso necesario, y aparecer como el mejor de sus amigos.

Salvador y sus ministros, comprendían el peligro, y ansiosos esperaban las órdenes que impartiera el Presidente; órdenes enérgicas que cortaran el vuelo de un subalterno ensoberbecido por la distancia.

## VIII.

En la madrugada del veinte y seis de Marzo de 1882, desfilaban, silenciosamente, los batallones de artillería é infantería, por las calles de Quito. Eran las tres de la mañana, cuando se encontraron reunidos en la Plaza Principal.

Solo faltaba allí la Columna 16. El Coronel Juan N. Navarro que la comandaba, era amigo personal del Designado. Comprendiendo lo que significaban aprestos tales, dirigióse á casa de éste, en vez de acudir al lugar citado.

Así quedaba fraccionada una parte del Ejército.

Como Vernaza hubiese dispuesto el desfile en el mayor silencio, ninguna persona extraña al movimiento, percibió la marcha

de los soldados, creyendo éstos y algunos de sus jefes, que se trataba de un plan acordado con el Presidente.

Pero yo, que permanecía despierta, á la cabecera de mi tia la Señora Rosario de Veintemilla, á quien amé con la ternura de hija, y que padecía entonces una cruel enfermedad que la llevó poco después á la tumba, me fijé en las nocturnas carreras de Vernaza.

Dile tiempo para que concluyese con sus preámbulos, resolviendo yo, interiormente, la manera de paralizar el golpe.

## IX.

El Ministro de la Guerra había hablado de su proyecto al Comandante Antonio Almenada, jefe del batallón 26 y á dos ó tres oficiales más, que se mantenían á la simple espectativa.

Una vez en la Plaza, dedicóse á conquistar á los que le quedaban.

Cuando algún subalterno manifestaba

extrañeza por lo que ocurría, Vernaza contestaba:

—Son órdenes secretas; el ejército debe ser el primero, antes que el pueblo, en proclamar Dictador á Veintemilla. Forzoso es aguardar la mañana aquí.

Juzgando que ya era tiempo, salí del Palacio. Los soldados de la guardia querían todos acompañarme. Me opuse á ello y ordené que me siguieran solamente dos.

La noche estaba clara apesar de que la luna no había hecho su aparición. Las estrellas enviaban, desde la celeste bóveda, un brillo fosforescente. Luciérnagas del espacio, daban una poesía extraña á la población, envuelta en esa semioscuridad que deja la mortecina luz de los faroles.

Pronto llegué hasta las primeras filas de soldados en un ángulo de la Plaza.

Atónitos, mirábanme al principio. Mi vestido blanco debió despertar en ellos su natural supersticioso; pero, los faroles que iluminaban mi semblante, cuando estuve algo

más cerca, destruyeron esa ilusión á que prestaba la noche su concurso.

—La niña, la Señorita!—repetían—La hija de mi General José!

De boca en boca corrían estas palabras y llenos de interés cariñoso, me preguntaban:

—¿Para qué ha venido?

## X.

El Ministro de la Guerra y los jefes ocupaban el centro de la Plaza. Los jardines laterales impedían que notasen mi aproximación.

Sin preocuparme de ellos, me acerqué á los soldados.

En la fisonomía de estos hombres veíase un interés mezcla de curiosidad y de ternura.

—Vengo — les dije, á prevenirles que Vernaza es un traidor. Todo esto es una indigna farsa.

Un movimiento sordo agitó esa muchedumbre armada, sintiéndose el ruido de las culatas contra las piedras.

El prolongado grito de—Viva mi General Veintemilla! escapó al fin del centro de la tropa, por única contestación á mis palabras.

Vernaza, que ya había notado el alboroto en las filas, acudió á ese lugar, percibiendo con rabia, el eco atronador de los vivas.

Al verme, palideció intensamente. Este cambio de fisonomía era sensible en la media claridad del crepúsculo, notándose en el Ministro de la Guerra al mismo tiempo, todos los signos de la perplejidad.

Mi actitud debió hacerle comprender el peligro en que se hallaba, pués vió, también, que los soldados estaban listos á obedecerme de hecho.

Sin embargo, creí bastante poderosa mi presencia para deshacer sus planes, sin tener que apelar á un derramamiento de sangre.

La decepción más amarga, era el inmediato castigo que le preparé allí, no teniendo yo entonces la suficiente resolución para

proceder contra él, como debe procederse en estos casos, con los traidores.

—¿Con qué orden ha hecho Ud. salir al ejército?—le pregunté.

—Con órdenes secretas — respondióme tartamudeando.

—Mentira! es Ud. un falsario,—repliqué, á lo que él agregó:

—Es á su padre á quien proclamo. Soldados, ¡viva el General Veintemilla!

Al oir este nombre, resonaron prolongadas aclamaciones.

Los jefes y oficiales comprometidos por Vernaza, fueron los más acalorados al manifestarme su adhesión.

Yo aparenté creer en sus palabras, comprendiendo que éstos debían ser los primeros enemigos del atribulado Ministro.

Ni jefes ni subalternos me causaron inquietud. Los soldados amaban al Presidente, y fuerza era que obedeciesen sólo las órdenes dictadas en beneficio del caudillo á que habían jurado antes fidelidad.

Yo les había dado el alerta, y era sufi-

ciente esa voz, para concluir con las indignas tramas de Vernaza.

## XI.

Entretanto, yo no podía saber lo que ocurría en el Palacio.

Cuando salí de allí, ninguna persona notable del Gobierno se presentaba aún á investigar lo ocurrido.

—Voy á Palacio para regresar nuevamente,—dije en voz alta á la tropa, tomando la dirección indicada.

Así que hube penetrado en los salones, encontré ya á todos, presa de la más grande inquietud.

—No hay temor—les dije; Vernaza no puede hacer suyo el ejército, por más que le haya manejado desde la altura del Ministerio y permanezca á su frente.

—Y si no ha manifestado abiertamente su rebelión, aún sería tiempo de que viniera á reunirse con el Gobierno—dijeron algunos tímidamente.

Pero, quién desempeñará la comisión de traerlo?—agregaron otros.

Yo había comenzado la obra; necesario era que la concluyera dignamente.

—Nadie irá sino yo sóla—díjeles con energía, saliendo resueltamente y sin escuchar sus exclamaciones.

## XII.

Los mismos soldados del principio, me acompañaron.

La última esperanza de Vernaza era una conflagración militar.

Había con tal objeto despertado la animaversión del ejército contra el Designado, haciéndole creer que deseaba proclamarse Dictador con el batallón y el cuerpo de guardia que estaban á sus inmediatas órdenes en el Palacio. Peligrosísima habría sido la presencia de cualquiera de los miembros del Gobierno, en la Plaza.

Nuevamente me presenté allí.

Esta vez, lejos de sorprenderse los solda-

dos, manifestáronme la más grande satisfacción con las voces de—*mí niña, mi jefe, mi Generalita*—que se hicieron tan repetidas más adelante.

Me dirijí á Vernaza con estas palabras:

—Si Ud. no es un traidor y proclama á Veintemilla, vaya á Palacio á reunirse con el Gobierno, donde se le espera.

—No puedo: el Gobierno me ha despreciado,—contestó.

Yo no pude entonces reprimir un movimiento de indignación y tomándole del brazo, le sacudí con fuerza á tiempo que le decía:

—Ya descubriremos la verdad, en presencia de aquellos á quienes Ud. calumnia.

El Ministro nada podía. Cualquier orden dada contra mí, habríale costado la vida, pues algunos veteranos servidores antiguos de los Veintemilla, me dijeron significativamente al pasar:

—Todo por el General, todo por ella!

Listos y cuidadosos, seguían mis pasos,

resueltos á proceder á la menor indicación de mi parte.

En el momento mismo de la negativa de Vernaza, oyóse la voz del Coronel Juan N. Navarro, que vivaba al Designado en Palacio.

Esta imprudencia hizo volver en sí á Vernaza que exclamó—Lo ven? En Palacio se proclama Dictador al Designado......

Yo me encaré con los soldados y les dije:

—En Palacio está la familia de Veintemilla con el Gobierno. Yo respondo por su fidelidad. Voy allá á asegurar también la firmeza de ustedes.

Los soldados repetían mis palabras con acento de convicción.

Como se ve, esta esplicación oportuna, nos libró de un choque cuyos resultados sangrientos harían la eterna condenación del intrigante á quien Veintemilla confió la superior dirección del ejército.

Pero, creyendo más necesaria mi presencia entre los que acababan de comprometer la situación con estemporáneos gritos,

regresé por segunda vez á Palacio, después de que hice comprender á los soldados, y al jefe de artillería Comandante San Andrés, lo mismo que á otros, el motivo por qué me alejaba. Les indiqué al propio tiempo, cuál debía ser su procedimiento, pues yo no quería dar órdenes contra Vernaza, esperando que fuese éste llevado á Palacio por un acto expontáneo del ejército que le repudiaba.

Cuán necesario había sido mi regreso al Palacio. Encontré tan escitados los ánimos, que nadie podía entenderse. Todos daban órdenes entrecortadas. Quién mandaba la columna entera para batir á Vernaza, quién una sola compañía, llegando el Coronel Juan N. Navarro hasta el extremo de pedir que tomaran presa á la esposa del General rebelde.

El Designado hallábase perplejo. Su reciente autoridad poníale en la situación del que opera en un terreno desconocido.

En cuanto á los Ministros, Arias é Icaza,

manteníanse serenos, y dando siempre muestra de su dignidad característica.

## XIII.

Los ineptos son los más implacables críticos. Nada ignoran. Cuando los hechos se han consumado, es que saben lo que debía hacerse anteriormente. Son por lo tanto, más grandes que Aníbal, que Napoleón y que César, pues estos capitanes, si se revelaron grandes, fué en sus luchas contra lo desconocido y en su serenidad ante lo imprevisto que sólo sabe dominar el génio.

Las esplicaciones y críticas posteriores á cualquier suceso notable, tienen siempre bastante de ridículo para las personas cuerdas.

¿Quién no es sentencioso después de resuelta una duda que no admitía antes categórica definición?

Es tan fácil decir, *eso era malo* cuando ello se reveló malo en los hechos!

Para los que no tenían fé en la lealtad del ejército, puesto á prueba en esos mo-

mentos, ¿qué se podía hacer no contando el Gobierno sino con una columna de doscientos hombres y la diminuta guardia de Palacio?

La amarga crítica contra el Gobierno de esas circunstancias, no puede ser justa, atribuyendo á inepcia el natural desconcierto de los mandatarios, frente á un peligro tanto más grande, cuanto menos esperado por los que confiaban en la delicadeza de su compañero y gran amigo de Veintemilla, el General Cornelio E. Vernaza.

## XIV.

Notando yo la falta de unidad en la acción gubernativa, cerré las puertas de los salones de Palacio, con estas palabras:

—Aquí dentro que se ordene cuanto se quiera; nada se hará hasta que aclare el dia.

Percibiendo luego el movimiento de aprobación que hizo el Ministro Doctor Arias al oirme, tomé las disposiciones convenientes para que ningún soldado saliese de Palacio.

Esta quietud de parte del Gobierno acabó por desesperar á Vernaza, que no pudo seguir la farsa de la dictadura del Designado.

Volvió á la conquista con que había comenzado, para lo cual quiso alejarse de la casa de Gobierno.

Los jefes le impusieron su voluntad, dirijiéndose á San Francisco y manifestándole que no deseaban estar lejos del Parque.

Vernaza obedeció finjiendo que accedía gustoso.

En el camino encontraron una mujer del pueblo.

Vernaza dió orden de que hicieran fuego, aparentando ver en ella una sombra sospechosa. Los soldados no le obedecieron.

Una vez en San Francisco, habló á todos los jefes. El Comandante Francisco Morales segundo jefe de la artillería, púsose á la altura de un militar caballeroso. Con su ejemplo desplegaron igual energía los demás.

Vernaza vióse perdido, pero esperaba que

esa situación en que había colocado al ejército, impediría la reunión del pueblo, que quiso proclamar la Dictadura.

Noticiados los nuestros del nuevo movimiento de Vernaza, hacia San Francisco, sintieron grande alarma; pero levantando la voz dije:

—Vaya donde quiera Vernaza, yo respondo por el ejército. Nadie se mueva de aquí.

## XV.

De momento en momento, llegaban oficiales pidiendo que saliera la columna y la guardia á encontrarse en la calle de la Compañía con el Ejército que deseaba cuanto antes volver á sus cuarteles.

Siendo tan justo este pedido que no humillaba á ninguno, accedió gustoso el Gobierno.

Salieron el Comandante General Pablo Echeverría y el Coronel Juan N. Navarro, al frente de la columna 16 y la guardia de Palacio.

Desde que se divisaron de una y otra parte gritaron, *Viva el general Veintemilla,* apresurándose luego, á darse un estrecho abrazo.

Vernaza fué conducido á Palacio como un reo enmedio del mismo ejército que había pretendido corromper.

Cuando yo penetré al salón, encontréle tratando con altisonancia de defenderse.

Le miré con tanta indignación, que el ex-ministro bajó la cabeza inmediatamente cortando su discurso.

—Y osa hablar todavia! – fueron las palabras que le dirijí aumentando su repentina perplejidad.

Por un resto de contemplación, el Designado, le invitó á firmar el acta que proclamaba Dictador al Capitán General Ignacio de Veintemilla; acta que el mismo Vernaza había redactado con anterioridad.

Negóse á ello el Ministro caido, demostrando siquiera, en esto, un falso pero habiloso rasgo de dignidad.

El Designado Salvador al ver su nega-

tiva, se indignó, increpándole con energía su pérfida conducta y ordenando inmediatamente, su prisión.

## XVI.

He aquí las declaraciones tomadas á los jefes en la sumaria información.

"El exgeneral Cornelio E. Vernaza en su declaración preventiva, fojas 45 á 46 dice:

"Que en la madrugada del 26, sacó los cuerpos de sus respectivos cuarteles por su orden exclusiva: que sabe hay declaraciones contra él, atribuyéndole proyectos ambiciosos; pero que dichas declaraciones son calumniosas, y que lo único que quiso fué que se le nombrara Jefe Superior: que envió á su ayudante Rendón con dos compañías para que incorporase la guardia de S. E. el Designado, y que si no querían abrir la puerta, la forzasen; pero que esa orden fué simulada.

El Teniente Coronel José Marto Sanandrés, entre otras cosas de fojas 2 á 6 vuelta dice:

"Que el general Vernaza le dijo: Que el señor Designado trataba por medio de grandes pelotones de gente del pueblo, oponerse á la proclamación de la Jefatura Suprema del General Veintemilla, y que por ese motivo los jefes y oficiales que se hallaban presentes

aceptaron las disposiciones de Vernaza, quien ya en San Francisco, dijo al Mayor Morales en presencia de varios jefes y oficiales: "Señor Comandante, la revolución es un hecho, y hay que sostenerla; la familia Veintemilla nos ha despreciado, y me parece mejor: la revolución es hecha por mí. ¿Está Usted con mis ideas?"

El Sargento Mayor Juan Francisco Morales, de fojas 11 hasta 17 entre otras cosas dice:

"Que Vernaza arengó á los cuerpos de un modo subversivo, recordando sus proezas militares y asegurándoles que el triunfo era seguro, porque tenía cabeza y corazón, y que luego descubriéndose completamente le dijo: "Es que la revolución es para mí y no para nadie" y que luego trató de seducirle diciéndole que "entre el General Veintemilla y él, Vernaza, había tanta diferencia como la que existe entre Quito y Guayaquil.

El Teniente Coronel Rafael Zambrano, el Sargento Mayor graduado Francisco Cabeza de Vaca y el Capitán graduado José A. Arteaga de fojas 7 á 11, de 30 vuelta, á 31 de 31 á 32 entre otras cosas, confirman lo dicho por Morales y Sanandrés.

El Teniente Coronel Antonio Almenada de fojas 17 vuelta á 20 dice:

"Que cuando Vernaza le dió orden de sacar el cuerpo de su mando, como aquel mostrara cierta repugnancia, Vernaza le dijo que iba por orden del Designado, y que varias veces le repitió: "Me sostiene Usted?

Los Mayores graduados Antonio Franco y Darío Buitrón de fojas 24 á 27 vuelta dicen:

"Que cuando con sus compañías iban á casa de S. E. el Designado, recibieron orden de Vernaza comunicada por su ayudante, de que si se resistía la guardia de S. E. abriesen la puerta á balazos y tomasen la guardia á fuego y sangre."

El Mayor Rendón ayudante de Vernaza, de fojas 28 á 30 vuelta, entre otras cosas dice:

"Que cuando éste le mandó con dos compañías á casa del Designado, le ordenó que llevase esa guardia y que si se resistía la tomara á balazos."

El Coronel Don Rafael Salvador de fojas 47 á 49 entre otras cosas informa:

"Que Vernaza en la plaza de San Francisco comenzó á arengar al Ejército, no ya en favor del General Veintemilla, sino en su favor, manifestando que la revolución era exclusivamente para él.

"Confirma el dicho de Morales y de los demás jefes y oficiales y añade que Vernaza dijo á Morales "la revolución es para mí, y Usted debe entrar en ella porque es mi paisano, y porque del General Veintemilla nada tiene que esperar."

## XVII.

El extracto que antecede, corrobora lo anteriormente expuesto, y nos releva de pruebas que están en los labios mismos de Vernaza y demás jefes, que repugnaron entrar en el complot.

A las doce del mismo dia, reuníase el pueblo para proclamar Dictador á Veintemilla.

Cuán grande fué la manifestación expontánea de ese pueblo, al hacer justicia á quien ya había ejercido la Dictadura una vez, alcanzando la gratitud nacional, por la liberalidad de sus leyes!

Por esto, veíase en los semblantes retratada la canfianza. Ninguna duda abrigaba el pueblo hacia el Dictador conocido. Esto dió á la proclamación un carácter y una

alegría pocas veces notada en la Capital del Ecuador.

Sólo los terroristas encerráronse á lamentar la popularidad de Veintemilla.

Las sociedades de artesanos habían preparado estandartes que lucían con el mayor orden, por las calles y Plazas.

En la ciudad no se oía sino el eco estrepitoso de los vivas.

Impresos como el siguiente, eran devorados por la multitud, ávida, en las calles y paseos públicos.

Empieza una nueva era para la República. Hombres de buena voluntad, hombres honrados de todos los matices, rodean el poder. Lo quereis respetable? Pues ciudadanos respetables acercaos á él. Qué os puede separar ya del General Veintemilla? Las cuestiones y motivos que antes pudieron alejar á ciertos hombres, han desaparecido ya. Se han conciliado intereses opuestos, y todos los ciudadanos deben contribuir con su contingente, á aumentar la paz y el orden, y á desarrollar todos los elementos de grandeza que tiene el país.

El Ayuntamiento firmó íntegro el acta de proclamación, encabezando dignamente

á la clase ciudadana, trabajadora y honrada.

Nada interrumpió esta fiesta, por más que los terroristas elevaban al cielo sus criminales plegarias.

Poco tardaron las demás provincias en secundar el movimiento político del 26 de Marzo. La República entera lo comprendió, sintiendo que le libraba nuevamente de un peligro, la misma mano que le arrancara ayer del oprobioso dominio terrorista.

La confianza: he ahí el secreto del entusiasmo, por la Dictadura de Veintemilla.

## XVIII.

Los revolucionarios siguieron con nuevo ardor sus acostumbradas maniobras. Al fin tenían pretesto, encontrando el medio de engañar á los ilusos.

Sabiendo que en el Ecuador la Religión es un supremo recurso, se armaron con ella, ante los pueblos que les miraban con azar.

Comenzaron su predicación embustera, sin lograr, no obstante, el fruto apetecido; pues en los lugares donde ejercían su mi-

nisterio, no engañaban á nadie aquellos lobos disfrazados de mansísimos corderos.

Nulas todas sus vociferaciones, recurrieron como en el tiempo de Yepes, á los aventureros de las provincias del Norte.

Comenzó al fin la guerra de montoneras, interrumpida por pocos dias, con una ferocidad horrible, sujetando á las autoridades del Gobierno en las provincias, á tormentos desconocidos.

Landázuri, el tulcaneño, era el jefe de estas hordas, que hubieran satisfecho en su tiempo, al gran Tamerlán.

El Gobierno había mandado varias columnas á su encuentro. Todo era inútil, ocasionándose pérdidas de armamento y pertrechos, como sucedió en Mira; lo que desprestigió, naturalmente, al Gobierno, acreciendo la audacia de los montoneros.

El mismo Designado salió á batirlos en Cayambe. Allí se manifestó valeroso y buen soldado.

Pero, rehaciéndose luego, aparecieron por diversos puntos con la acostumbrada

violencia, estas partidas indisciplinadas, aunque resueltas en la emboscada y el merodeo.

## XIX.

Coincidían estos sucesos, con la muerte de mi esposo en Guayaquil.

Qué podré decir á este respecto, sin afectar la discreción de un dolor como el mio?

Los que me trataron entonces de cerca, saben muy bien, que tan rudo golpe, paralizó largo tiempo la actividad de mi espíritu, haciéndome buscar el reposo, de que volvieron luego á sacarme, los posteriores acontecimientos de la guerra.

Por un lapso de dos meses, permanecí encerrada sin querer oir lo que pasaba en mi derredor. De esta profunda apatía sacáronme, no obstante, las reiteradas súplicas de mis amigos, y el acuerdo de los hombres del poder, que verían en mi persona, el miembro de la familia más á propósito para atender con ellos, á los peligros, en el forzado alejamiento del Dictador.

Puede parecer extraño á cualquiera, esta

solidaridad de mando con una mujer; solidaridad tanto más rara en una República, donde no es permitido el acceso al poder, como en las monarquías, al elemento femenino. Pero si se reflexiona en la actitud asumida por mí en los momentos más críticos, como hija de Veintemilla, nada ofrece de particular el concierto de los encargados transitoriamente del poder, con quien consideraban en la ausencia del Dictador, moralmente hablando, su personero.

Sin embargo, de todo, yo jamás con mi conducta en público abusé de esta influencia que pudiera haber causado la mortificación de mis amigos, ó creado para ellos el ridículo.

Hice empleo de mi voluntad muchas veces, sin que exteriormente se apercibieran de ello, como otras tantas veces aplaudí el celo é inteligencia desplegados por el Designado Salvador y sus Ministros.

En verdad, Salvador habría merecido siempre la confianza de la Nación, si su carácter débil no nos hubiese hecho lamentar irreparables desgracias.

Hombre serio, cayó, sin embargo más tarde, en la debilidad de escuchar interesados csnsejos de su familia, que le fueron fatales. No así el Dr. Francisco Arias, Ministro de Relaciones Exteriores, cuya rectitud y buen juicio político, le revelaron como sostén del Gobierno, en las más amargas pruebas á que se viera expuesto.

El Ministro de Hacienda, Sr. Martín Icaza, no cedía al anterior, en méritos individuales.

Hábil y de carácter apacible, era á la vez, incapaz de una deserción cobarde; formando con su colega de Relaciones Exteriores, el núcleo de la resistencia.

## XX.

El Gobierno, que viendo el incesante merodeo de las cuadrillas enemigas, había casi agotado sus recursos, empezó á fatigarse de tan pesada carga.

Salvador me habló con amargura de la situación.

—Mande Ud.—le dije,—al batallón 14 contra los rebeldes.

—Y la Capital?—me contestó.

—Nosotros sabremos defenderla—repliqué,—lo principal es librarnos de los que nos acosan de fuera.

Al dia siguiente ordenaba el Gobierno la salida del batallón 14 hacia el Norte.

No dejó de sorprender esta medida que debilitaba la guarnición de Quito, infundiendo sin embargo, confianza, la seguridad con que se procedía.

El Coronel Francisco Morales, Comandante entonces, y digno jefe de ese cuerpo, no tardó en encontrar reunidos á los facciosos, en los alrededores de Pisquer.

El batallón desplegóse frente á frente del enemigo.

Este, habíase colocado en un sitio desde el cual podía ofender impunemente, defendido como estaba, por matorrales espesos.

Mediaba ente los combatientes, un pantano anchuroso é insalvable á primera vista.

Los soldados del Gobierno, á la orilla

opuesta del pantano, servían de blanco á los bien dirijidos tiros que salían del parapeto.

Morales, con una inspiración repentina, libra la orden de calar bayoneta y atravesar la ciénaga, sin responder al fuego de los enemigos.

El bravo Comandante toma la delantera, y á su ejemplo, la tropa se precipita sobre el pantano, con el agua hasta la cintura.

Después de heroico esfuezo entre el lodo y las gramíneas que embargaban la marcha, salvando las guerrillas del batallón 14, esa peligrosa distancia, lánzanse contra los revolucionarios, sorprendidos de tanta audacia, y les desbaratan allí mismo, en su burlado refugio.

Tan hermoso triunfo restableció por algún tiempo, la tranquilidad del Gobierno.

## XXI.

Los terroristas quisieron entonces llevar á cabo una revolución en la misma Capital, sin omitir recurso alguno.

Grandes proporciones había tomado ya, cuando el Gobierno tuvo aviso, como sucede casi siempre, en las revoluciones que se traman en los dominios gubernativos.

Tratábase de impedir la ejecución de los planes del terrorismo.

Las constantes denuncias mantenían en agitación al Gobierno. No poseyendo por completo, los secretos de la revolución, temía dar un paso en falso; paso que hubiera alentado á los conspiradores.

Acostumbrados el pueblo y el ejército á la proverbial magnanimidad del Dictador, viéronse poco satisfechos del trato que les diera el Designado, cuyo carácter, sin ser áspero, no participaba de la sagacidad del de Veintemilla.

De ahí, la necesidad de dirijirse á mí, como si hubiese sido su *Padre*, nombre que el pueblo y el ejército daban al Dictador; de ahí el dominio moral que ejercí sobre éstos, preparando la omnipotencia con que hice más tarde frente á los peligros de la situación.

Siendo yo la depositaria de la confianza de nuestros adictos, al mismo tiempo que un recurso en la desgracia de los no partidarios de Veintemilla, no me pudo faltar la manera de conocer los ocultos manejos de la revolución.

En posesión de datos preciosísimos, tenía que secundar la acción del Gobierno, poderosamente.

Los revolucionarios llegaron á ocupar de un modo sigiloso con sus armas y pertrechos, dos centrales tiendas de comercio.

Cuando el Gobierno tuvo conocimiento de este hecho, resolvió tomar las medidas enérgicas que reclamaba el caso.

Mil veces habíase dado iguales sorpresas que retardaban, nada más, el curso de las revoluciones.

—Juzgo mejor—indiqué á los miembros del Gabinete,—esperar á que los conjurados se reunan y caigan en nuestro poder con esas armas acusadoras de su delito.

—Y acepta Ud. la responsabilidad de lo que pudiera sobrevenir en ese interregno?

—preguntáronme con cierta vacilación.

—Ningún peligro veo en ello—repliqué, contando con los medios para reprimir sus avances, y estando sobre aviso como lo estamos hoy.

## XXII.

Aparentóse entonces, completa ignorancia de lo que pasaba. Los mismos amigos murmuraban de tanta lenidad é indiferencia.

Alentados, pues, los terroristas, creyendo que el miedo paralizaba la acción del Gobierno, diéronse prisa en asestar el premeditado golpe.

Una noche, vióse, ente la oscuridad, desfilar de uno en uno y con gran cautela, á los comprometidos en el movimiento sedicioso. Entraron éstos á las casas del General D. Agustín Guerrero y D. Alejandro Villafuerte.

Al mismo tiempo, llamaba yo al Comandante Morales para ordenarle hiciera desfilar, si gilosamente, las compañías de su cuer-

po, con la instrucción de no hacer fuego sino en caso de ser agredidos.

Los revolucionarios salían ya armados á tomar sus posiciones, çuando fueron sorprendidos por el batallón 14.

Sin oponer una resistencia que era de temerse, dado el número de los rebeldes, cayeron no pocos con el rifle en la mano. Los restantes abandonando las armas, se precipitaron poseidos del pánico, por diversos rumbos, habiendo quienes saltaran de los muros, ocasionándose serias contusiones.

Ningún estrépito ni desmán soldadesco, notó la Capital durante ese aprisionamiento en masa, coronado por el éxito más feliz. Y á esto seguramente, contribuyó mucho, la diligencia y actividad del Gobernador, doctor Ascencio Gándara, que en compañía del Comandante Morales, tomó las disposiciones conducentes á evitar un derramamiento de sangre.

En ese acto, como en otros muchos, dió pruebas el doctor Gándara de las nobles facultades con que le adornara la naturaleza.

Los presos después de una retensión de varios dias, fueron puestos en libertad, dándose así, una de las muestras del carácter magnánimo que ponen más en relieve el Gobierno de Veintemilla.

## XXIII.

Pero, mientras se reprimía á los enemigos, dejábanse sentir en Palacio, los primeros síntomas del desconcierto, que traería más tarde el abandono de los principales tenientes del Dictador.

Siendo necesario enviar un refuerzo al Ejército del Centro, que debía atacar á los revolucionarios allí estacionados, y al mando de un hombre hasta entonces desconocido, Don José Maria Sarasti, quiso el Designado Salvador ser él mismo, el conductor de esos refuerzos, pues aspiraba al título de General.

Reunidos con Sarasti todos los descontentos, diéronse con las tropas del Gobierno en el pueblo de Chambo. Estas, salieron

victoriosas como era natural, pues el ejército enemigo no contaba con grandes elementos.

Sin embargo, el triunfo se debió en mucha parte al valor del General Francisco Rendón, que había sido hasta entonces, uno de los bravos servidores de Veintemilla.

Salvador, poco acostumbrado á las hazañas militares, halagó demasiado á este jefe, haciéndole partícipe, al fin, de sus no rectas intenciones.

Fué allí, que Salvador comenzó á trabajar por sí, traicionando la confianza en él depositada.

Alusiones y palabras significativas, lanzábanse en algunos banquetes, alentando la vanidad de Salvador que no comprendía la falsedad propia de los logreros, que guardan su elocuencia para estos casos.

Cuando regresó á Quito, nadie hubiera reconocido, sin embargo, en él, al mal amigo de Veintemilla.

Yo, á mi vez, aparentaba completa ignorancia de sus manejos preparatorios.

Mas, luego que pretendió variar jefes y oficiales, colocando á sus adeptos, dí aviso al Dictador, quien ordenó la inamovilidad de sus subalternos en el Ejército.

## XXIV.

Principió desde esa época para mí, un profundo disgusto por la política, viendo de cerca las maquinaciones viles que hacen de amigos y enemigos en un punto dado, la misma cosa. Comprendí la miseria de los hombres, y el horror se dejó sentir en mi alma con toda la fuerza que antes se moviera por lo bello y lo grande en el escenario del mundo.

Reinaba la anarquía más completa en el Ejército del Centro. Creyéndose ofendidos sus miembros inferiores porque el Designado había atribuido las victorias al sólo valor del batallón 14, murmuraban de Salvador, públicamente.

La falta de sagacidad en la victoria de Chambo, trajo funestas consecuencias.

Rehechos los facciosos, pero siempre débiles, no tardaron en presentarse de nuevo. Era pues, necesario, acabar con ellos de una vez.

Con tal objeto salió de la Capital hacia el Centro, el General Echeverría quien reemplazó al General José Mata, y escuchó luego á algunos jefes que querían ir desatinadamente en pos del enemigo.

En efecto, encontró á los rebeldes en la quebrada de Quero.

Por muy desventajosa que hubiera sido la posición de las tropas del Gobierno, nada podían temer. El enemigo inferior en número y elementos, tenía forzosamente, que sucumbir.

Pero, dejándose llevar de sus resentimientos los soldados, se concertaron para decir á una voz—*Que dé la victoria el batallón 14!* —y abandonando las armas, se dispersaron.

Los pocos que penetraron en la quebrada, al mando del Comandante José M. Sanandrés, fueron víctimas, logrando salvar el jefe y algunos oficiales.

Mas, los rebeldes no se atrevían á salir de su escondite. Creyendo una celada la desaparición del Ejército, apenas si creían en la posibilidad de salvar sus vidas.

Pasaban los instantes, y el enemigo no operaba en contra. Siempre temerosos, comienzan á salir de entre la maleza, viéndose por fin, con admiración, dueños de numerosísimo parque.

Más de setecientos soldados abandonaron el campo, dejando cañones, rifles y municiones.

Tan inesperado triunfo, fué justamente celebrado por los revolucionarios que, como por encanto, veíanse poderosos y dueños de la situación.

## XXV.

Reuníanse en esas circunstancias, Sarasti y Salazar.

Este conocido terrorista, había armado en el Perú una espedición compuesta de gente vagabunda y en gran parte chilena, arrojada del Ejército, por su mala conducta.

Veintemilla dispuso lo conveniente para que fuese destruida esa fracción revolucionaria. Mandó á Cuenca una fuerte división, nombrando al Coronel José Maria Urvina Jado, jefe de ella.

Llegó el dia en que Salazar se aproximó á esa ciudad, sin ser,—para eterna vergüenza,—atacado, cuando apenas la tercera parte de las tropas del Gobierno, hubiera sido bastante para ponerlo en fuga.

El Coronel Miguel Castillo, valiente y distinguido jurisconsulto, como también el noble Coronel José Fernández de Madrid, no fueron oidos cuando manifestaron su decisión para cumplir con el deber de no dejar pasar esa miserable cuadrilla.

Entre asesinatos, fusilamientos y otros crímenes, llegaron los terroristas hasta Ambato, en momentos en que Sarasti se encontraba, sin esfuerzo alguno, vencedor.

El pretendido radical, no necesitó de mucho, para unirse al terrorista conservador, renegando en la apariencia, de su credo po-

lítico, hasta el momento que conviniera á sus ambiciones.

Fácilmente formaron, pues, un Ejército respetable. Cerca de dos mil hombres partieron contra la Capital.

Allí ocurrían á la sazón, hechos de fatal trascendencia para la causa liberal.

## XXVI.

El desastre de Quero, puso en claro las ambiciones del Designado, hasta el punto de aprovecharse de la difícil situación en que se veía colocado el Gobierno, para ejecutar, Salvador, los planes que venía acariciando hacía tiempo.

Para halagar á los revolucionarios, abandonó la ciudad de Quito el día 8 de Enero.

Acompañado del Cuerpo Diplomático y sus Ministros, dió orden para que le siguiera el Ejército, so pretesto de que el combate debía trabarse fuera de la ciudad.

El General Rendón y dos generales más comprometidos en la traición, eran los únicos conocedores del secreto.

Yo, no lo conocía pero lo adiviné, y contra la orden de Salvador, dí otra, con la que hice quedar en la ciudad, la mitad del ejército. La columna de ametralladoras y el batallón de Tulcaneños, permanecieron guarneciéndola.

Quedaba, pues, frustrado el plan de Salvador.

Pero éste, al verse contrariado, llamó al Ministro de Relaciones Exteriores Doctor Francisco Arias, y le suplicó con la más refinada hipocresía, que librase al país de las manos de los revolucionarios, aceptando la misión de *persuadir á Marietta*, para que dejara salir la parte del Ejército que había sustraido de su obediencia.

—No podemos trabar la lucha,—decía Salvador al Ministro Arias;–tan solo por ese capricho de Marietta, vamos á ser víctimas de los revolucionarios.

La inicua farsa no fué comprendida por el Doctor Arias, que, con la buena fé que le caracteriza, aceptó la misión de disuadirme.

En la madrugada del 8, presentóse en Pa-

lacio, donde todos nos manteníamos en prudente espectativa.

Imposible fué para mí hacer ver claro al Ministro la felonía á que estaba sirviendo de una manera inconsciente.

Por otra parte, yo abrigaba el temor de que subsistiendo la división de fuerzas, la mitad de nuestro ejército fuera atacada lejos de la ciudad por los rebeldes; y como el Ministro hiciera valer ante mi las propias dudas, dí, al fin, esta contestación que le satisfizo.

—Me habla Usted de una responsabilidad que puede pesar sobre mí: está bien. No quiero con mi conducta de hoy autorizar las murmuraciones de mañana.

Las tropas que retuve, marcharon á unirse con Salvador en la misma madrugada.

Y si algo tengo hoy que reprocharme, es ciertamente, esa condescendencia mia por evitar un peligro remoto.

Cuántas calamidades habríanse prevenido, manteniéndome yo, firme en mi primera resolución!

El abandono de la ciudad, obra esclusiva del Designado, es la clave de todos los daños que sobrevinieron, después, como se verá más adelante.

## XXVII.

El dia 8 de Enero de 1883, fué de gran contentamiento para nuestros enemigos.

Desierta la Capital, las pandillas de revoltosos se apoderaron del Parque abandonado, gritando, entre el saqueo y asesinato, como energúmenos, todos aquellos cobardes que horas antes no se atrevían ni á despegar los labios. Entre sus víctimas cuéntase al Mayor Julio Váscones.

Salvador en tanto, se humillaba ante los enemigos.

—Os he dejado la Capital,—les decía. Queréis una mejor prueba de la simpatía que me inspiráis? Unámonos todos para batir á Veintemilla, pero yo debo precisamente, formar parte del Triunvirato que se nombre.

—Preferimos Veintemilla á Salvador,—fué la contestación de los otros.

Por más que trabajara el Señor Flores agente por las dos partes, el nombre de Salvador fué rechazado.

El ejército de Veintemilla que ignoraba los tratos indignos del Designado con el enemigo, esperaba ansioso la orden de comenzar los fuegos.

De repente se presenta Salvador. Viéndose éste despreciado por los enemigos, vuelve hacia el Ejército sus miradas.

—Hijos mios—les dice,—el General Veintemilla está lejos. Yo soy vuestro Jefe Supremo.

Antes que concluyera Salvador, estalló la indignación de Jefes y soldados. El grito unánime de *¡abajo el traidor!* se estendió por el campo, ahogando las palabras del Designado, que corrido, pero completamente corrido, por su doble fiasco, inclinó la cabeza en ese instante.

Al grito de *Viva Veintemilla*, se lanza el ejército en busca del enemigo que ya había tomado otro rumbo.

—Qué hacéis?—les dice Salvador, guiado

por una última esperanza; los contrarios estarán ya en la Capital.

—Pues, á tomarla,—gritaron todos con resolución desesperada y encaminándose precipitadamente hacia Quito.

Abandonado Salvador, dirijióse también á la ciudad por caminos distintos, donde le esperaba el merecido desprecio de todos.

Los diplomáticos, tales como el Ministro Inglés Sr. Federico Hamilton, el francés Sr. Pierret y el chileno Sr. Domingo Godoy, regresaron á sus casas admirados de tanta y tan negra insidia, según después me lo decía el primero.

Fatales debían ser las consecuencias de esa traición.

Adelantando hacia las puertas de Quito el batallón Tulcán, que persuadido de encontrar allí al enemigo hacía fuego, causó la muerte de algunos ciudadanos pacíficos, entre los revoltosos.

El Sr. Andrade Roales, Jefe Político de Cotacachi, y por consiguiente de nuestros

adeptos, fué víctima con el Sr. Joaquín Saa y otros indiferentes á la lucha.

Harto tarde lamentamos el engaño; mas, no podía recaer la responsabilidad de esa sangre, sino en los autores de las tramas del 8.

## XXVIII.

El enemigo se encontraba á las puertas de la ciudad.

No contenta con la destitución que el Ejército había hecho del Designado, llamé á algunos jefes y les manifesté que era necesaria la renuncia formal de Salvador, para que recayera el poder en manos del Segundo Designado, Ministro de Relaciones Exteriores, Dr. Francisco Arias.

Salvador se había encerrado en su casa, pero fué obligado al cumplimiento de esa fórmula.

Mientras el enemigo se posesionaba de los cerros que rodean la ciudad, nuestro ejército reconocía entre vivas y dianas á su nuevo jefe el Dr. Arias.

Pocas veces un hombre se hará cargo del poder en medio de tantos peligros, ni jamás será encomiada lo bastante, la actitud del Doctor Arias en esos momentos.

El y su digno Ministro el Señor Martín Icaza, aceptaron con firmeza las consecuencias de la lucha en que íbamos á entrar horas después.

Pronto los batallones con el mejor orden, tomaron el lugar conveniente para ejecutar las evoluciones que reclamaba el caso.

## XXIX.

Reinaba el silencio.

Al ver la tropa diseminada por los portales y Plaza, comprendíase, sin embargo, que estaba sujeta con el lazo de la disciplina.

El orden y la alegría se hermanaban allí, perfectamente.

Así lo comprendió el mismo Coronel Gálvez que llegó entonces. Con la bandera blanca pudo pasar por entre las filas del

ejército del Gobierno, admirando tanta decisión y entusiasmo.

Llegó hasta el Palacio.

Felizmente me hallaba presente, cuando el Coronel Gálvez atravesaba los corredores donde se había colocado una compañía de Tulcaneños.

Al verle, levantaron algunos sus fusiles, para victimarle, pero antes que ejecutaran este crimen, me interpuse entre él y la furibunda tropa.

Los soldados ante este sólo ademán, volvieron á su puesto con una tranquilidad admirable.

Gálvez me manifestó su agradecimiento.

Indignada al leer la intimación de entregar la ciudad, tomé la pluma para contestar yo, personalmente, con el desprecio que tales intimadores merecían; pero, me detuve como herida por repentina luz.

El nombre de una mujer, me dije, puede llevar el ridículo adonde no debe ir sino la convicción de nuestra fuerza; y llamando á los Comandantes Morales y Grijalva, les

entregué el pliego para que fuese contestado enérgicamente, como les repetí, por el General Echeverría.

A la salida del emisario Gálvez, encomendé á los nobles jóvenes que por patriotismo se habían reunido al Ejército, que le custodiaran, pues cada individuo de tropa, quería hacer ver al enemigo el deseo vehemente de batirse con él, haciendo víctima á su emisario.

Todo volvió al mutismo con que la vida se prepara á la muerte.

Pronto iba á rasgarse la nube caliginosa que avanzaba sobre Quito, traida por el viento de una injustificable revolución.

---

## (1) CAPITULO CUARTO.

---

**Madrugada del 10 de Enero.—Primer choque con los rebeldes.—Pérdidas dolorosas.—Triunfo sobre Salazar y Sarasti.—Pequeña tregua.—Refuerzo de Landázuri y nuevo ataque de los restauradores.—Noche de angustias.—En el peligro.—Manejos traidores.—Entrega del Palacio por Franco.—El desenlace.**

### I.

Quito, ciudad fundada por los Caras, edén de Huaina-Capac el Grande, y cuna de Athahualpa, está consagrada por el grito inmortal de independencia, lanzado desde allí como el rayo precursor de la libertad americana. Los nombres gloriosos de las primeras víctimas ilustran sus anales, y la

(1) La Heroína de [illegible]

Historia le reserva un lugar prominente entre sus hermanas de la América Española.

Tal es el teatro de los hechos que voy á relacionar.

Es víspera del 10 de Enero de 1883.

La ciudad envuelta aun en tinieblas, permanece silenciosa. Reina aparente calma, interrumpida de cuando en cuando, por el ruido siniestro de las armas, y los medidos pasos de vijilantes jefes.

Por fin, aparecen los primeros albores de la mañana, anunciando un dia sombrío y nebuloso. Densas, plomizas nubes precursoras de la tempestad, atraviesan el firmamento, cual si se envolviera en luto la naturaleza, ante el espectáculo de sangre que se iba allí á presenciar.

Medio velado aun por las nieblas, levántase al frente de la ciudad, el *Panecillo*, cuyas faldas tocan las últimas calles que se estienden hacia el Sur.

Los acontecimientos de la víspera habían hecho desaparecer la estrategia, flotando en

el espíritu del Ejército tan sólo, el entusiasmo y la lealtad.

Cada cual se esfuerza en tomar las posiciones que se hallan á su alcance, no siendo posible estender la línea de defensa hasta las alturas de los cerros.

El enemigo posesiónase de ellas, haciendo de la metralla la mensagera de sus venganzas sobre Quito.

Son las cinco de la mañana.

A favor de la luz y tan lejos cuanto la vista alcanza, puede notarse los centenares de hombres que desfilan.

Poco tarda en cubrirse el cerro de una muchedumbre ondulante que campea en las alturas y se estiende hasta el vecino *Pichincha*, donde se asienta el Estado Mayor enemigo.

Luego se les ve descender por pelotones hacia las faldas del *Panecillo*. Comprenden nuestros guerreros al momento, que se han puesto al alcance de sus armas, y disparan.

## II.

La lucha había comenzado.

Dominábame inquietud á la vez que confianza en nuestro aguerrido y leal ejército; por tanto, había resuelto presenciar el combate desde las ventanas del Palacio.

Allí escuché estremecida los primeros disparos, y atenta á los menores movimientos de nuestra tropa, vi caer en la calle de la Compañía un soldado, herido por el fuego que se hacía desde el portal del Palacio. Una bala hermana arrancábale la vida. Era posible resistir á este fratricidio inconsciente? Salí con precipitación hacia el portal.

Ensordecía el estrépito de las descargas; las ametralladoras y cada uno de los soldados, hacían fuego sin cesar sobre la misma calle por donde nuestras guerrillas desfilaban, lo cual equivalía á darles muerte por las espaldas.

Quién había dado tan desatinadas órdenes? Nadie supo decirlo, en tanto que se esforzaban, vanamente, el jefe de la columna

de Ametralladoras y otros más, en hacer oir su voz. Yo fuí directamente hacia los soldados que manejaban las ametralladoras, tomé sus brazos y les ordené que cesaran el fuego.

Sea sorpresa ó convencimiento, ante el impulso de desesperación con que mandaba, todos me obedecieron, cesando, por fin, un conflicto que podía ser de funestísimas consecuencias.

III.

No fué la vanidad el móvil que me impulsara al juramento de no separarme del ejército, desde el instante aquel en que sintiéndome su jefe, no retrocedía ni ante el sacrificio posible de mi existencia. El orden que debía reinar en el combate como en la victoria, constituyó mi ambición única, sin que por esto fueran usurpados legítimos derechos, puesto que ya la traición y la pusilanimidad, se habían encargado de dejar el ejército sin conductores, y abandonádole á sus propios impulsos.

"Poco generosos mis enemigos políticos, hanme obsequiado en su diario "Los Principios" con una extravagante biografia, publicada el 10 de Febrero de 1883. Después de hablar de mi permanencia en el Colegio, dicen en el número 6.° de ese diario:

Pero el tiempo cambió el carácter de la niña, y comenzó á ser la Gobernadora del Estado con más firmeza y tiranía que el papá.... Ella ha sido el alma de la resistencia en Quito; ella sóla ha gobernado estas provincias durante la ausencia del Dictador....etc.

*El alma de la resistencia en Quito!* No me proporcionaba por ventura, esta felicidad inesperada que iluminó mi estrella con repentina luz, la ausencia censurable de los superiores Jefes? Cómo formar proyectos anticipados de ambición sobre hechos tan inesperados como anómalos?

Hemos penetrado la causa de la autoridad improvisada con que el destino quiso revestirme en aquel dia; tiempo es de seguir á los valientes que en aras de la fidelidad consuman el sacrificio de sus vidas.

## IV.

Estiéndese á la izquierda del Palacio, la calle de la Compañía. Nuestros soldados domínanla desde el techado de San Luis, colegio de Jesuitas.

No por primera vez un Gobierno veíase obligado á hacer de este convento un punto de defensa. Situado junto al Cuartel de Artillería, hácese absolutamente necesario, ocuparlo en ciertos casos; por lo que el Jefe de los artilleros había ordenado se practicara en la pared que dividía ambos edificios, una perforación que diera libre entrada, interiormente, mejorando de esta manera, las condiciones de su defensa.

Siguen las calles en línea recta hasta las faldas del *Panecillo;* desde allí atacan directamente el Palacio donde se siente el empuje de nuestros enemigos.

Atenta á todos los detalles, hice desfilar en guerrillas, parte de la Columna de "Ametralladoras" que defendía el Palacio. Con qué entusiasmo, aquellos hombres valerosos

lanzábanse al combate, desafiando la muerte! Héroes humildes, satélites de la gloria, cuyos reflejos no alcanzan á disipar la oscura noche en que vivieron!

Si era verdad que participábamos de los mismos peligros, y recibíamos de frente las mismas balas enemigas, tributábales yo mi admiración sincera.

—*Es más valiente que nosotros la Generalita,*—decían aquellos hombres intrépidos, creyendo en su adorable sencillez, que alguien pudiera exceder al valor lleno de abnegación, del infeliz soldado, cuando no está sujeto por los lazos férreos de la disciplina.

## V.

En tanto, acentuábase, cada vez más, el orden y la regularidad en el combate.

Después del desastre de Quero, el Gobierno no contaba sino con tres cañones y doscientos artilleros. El dia 9 de Enero había encargado el mando de esta fuerza, al Comandante Játiva y al Mayor Páez.

Las tres piezas de artillería fueron colocadas de manera que defendiesen la Plaza Principal, el Palacio y el cuartel de Artillería, situado al frente. Una de estas piezas dominaba la dirección de San Francisco, desde la embocadura de la calle del Cuartel; otra, en un ángulo de la Plaza, defendía al mismo tiempo, la calle de San Agustín y la de la Platería; la tercera ocupaba la esquina de la Catedral, guardando á la vez la calle del Comercio y la del Correo.

El portal del Palacio, situado á la izquierda del de Gobierno, era ocupado por el batallón "26 de Diciembre," al mando del Comandante Sánchez. Este, debía esperar orden para el desfile.

Frente al Palacio de Gobierno, el portal de Salinas, fué ocupado por el batallón "14 de Diciembre". Este renombrado batallón, desplégase arrollando cuanto encuentra; pronto se le ve desaparecer por entre las calles, asegurando una vez más, la justicia de su fama.

El bravo Comandante Rafael Calderón,

toma á su mando doscientos soldados de la Columna "Tulcán" y se sitúa en la plaza de San Francisco.

Orden, entusiasmo, heroismo, nada faltaba para que fuera coronado el éxito de mis afanes.

En aquellos instantes en que colocándome al lado de una ametralladora, procuraba no perder uno sólo de los movimientos de las tropas, vi que se asesinaba á nuestros jefes y soldados desde las ventanas de algunas casas particulares, acechando el momento en que éstos atendían á sus enemigos, de frente.

No tardó en hacerse sentir, por todos lados, las consecuencias de proceder tan inicuo. Cayeron heridos casi todos los oficiales, con pocas escepciones.

El Mayor Fernández fué el primero; luego el Comandante Calderón recibió un balazo en la pierna. Herido luchaba aún este sereno jefe, hasta que vacilante por la sangre perdida, se separó de sus soldados entusiasmándolos para que siguieran combatiendo.

El Coronel Osaeta, leal y esforzado veterano que hacía algun tiempo se había alejado del ejército por su delicada salud, oye la señal de guerra y busca como verdadero militar, el lugar que en el peligro ocupara entre los valientes. Con su tantas veces probado arrojo, adelanta por la calle Angosta, pero cae con un pié destrozado, obligándole la fatal lesión á retirarse.

Heridos los oficiales, véseles llegar cada vez en mayor número.

—Viva Veintemilla, muchachos!—exclamaba con débil voz el Teniente Villarroel, sosteniéndose apenas, mientras el denodado Coronel López se arrastraba mortalmente herido, hasta llegar al Palacio, en cuya puerta espiró.

Sin embargo, la esperanza manteníase ilesa en aquel teatro de la muerte.

## VI.

Los espectadores cuya dudosa simpatía aguarda el éxito para revelarse; aquellos indefinidos en política, preguntábanse entre

las rejas de sus balcones, cómo el entusiasmo de un ejército puede llegar hasta combatir por si sólo; cómo el ardiente fuego del patriotismo convertía en soldados heroicos á jóvenes que apoderándose de una arma, acudían por doquiera que la acción se empeñara, en nuestra defensa.

Los soldados en muchos sitios avanzan sólos sin que se les señale el triunfo; empero le conquistan. Los guerrilleros no ven á la cara de sus oficiales, y sin embargo, saben por voluntad y por costumbre, el camino que debe conducirles á la gloria. ¿A qué, pues, una voz que reanime el valor, si este no languidece? Y avanzan, avanzan á paso de vencedores.

Cada vez óyese más lejano el estruendo de los rifles.

El Coronel Juan Francisco Morales, entonces Comandante del batallón "14" se presenta para darme parte de que tan sólo dos compañías quedaban de su batallón, en el portal de Salinas, y consultarme si debía ó no, lanzarlas también hacia las calles.

—Esas compañías deben formar parte del cuerpo de reserva—contesté al valiente jefe, que rebosaba de orgullo, al ver que sus subalternos nos daban la victoria.

Impaciente yo, recorría de un extremo á otro, el portal del Palacio. Me detuve al ver la batería de San Agustín defendida por el Subteniente Molina, en el instante mismo en que da un salto y cae sin vida. La bala certera de un cañón enemigo, rompe una cureña y atraviesa el pecho del joven guerrero. La cureña fué reemplazada; el cañón volvió á lanzar su mortífera carga; mas, el heroe espirante, no levanta los ojos sino para legar á los patriotas la sonrisa inmortal del Espartano.

Acaso fatigaré la atención al ocuparme de cada una de estas gloriosas muertes, que renuevan el supremo dolor de presenciarlas?

Ah! no! Este dolor se impone con fuerza tal, que no puedo hoy renunciar á su recuerdo cuando describo la dramática acción que me viera empeñada.

Nuestro ejército con impulso irresistible había arrollado al enemigo y vencido todo obstáculo. El fuego menos vivo dejó oir distintamente el grito de victoria.

Dirijíme entonces á Palacio, desde cuyas ventanas se percibía lo que pasaba en el cerro. Tan sólo restos veíanse del Estado Mayor enemigo, que disperso, huía desordenadamente.

Gruesas gotas de lluvia con monótono rumor, caían sobre los tejados, y el campo envuelto todo en una atmósfera cenicienta, daba un tono más sombrío á aquella escena.

## VII.

Hay una tregua forzada en el combate. La lluvia cae á torrentes y resplandores continuos rasgan las agrupadas nubes. Los truenos, las quejas de los heridos, los agudos toques de las cornetas aquí y allá, mézclanse á los gritos de triunfo.

La tempestad cesa al fin. El toque de diana que la dominaba, elévase clamoroso

hasta los cielos; raya en delirio el entusiasmo.

Cuán flexible es el sentimiento que invade el espíritu del vencedor! En sus transportes de felicidad, se inclina á la clemencia; hállase débil con la fuerza de su poder reconquistado, sintiendo que con el peligro ha huido el deseo de la venganza. Entonces se manifiesta el hombre tal cual es, y se eleva semejándose á un dios.

Mas, por qué no inspiró siempre la victoria tan nobles sentimientos á los que la obtienen sin merecerla?

## VIII.

En represalia del fuego de emboscada que de todas partes recibieran nuestras tropas, derribaron varias puertas, algunas de las cuales correspondían á tiendas en que había licores. Bien pronto los efectos de este natural desborde, dejáronse sentir. Aquellos que volvían hacia la Plaza Principal estaban ebrios.

Comprendiendo lo que pasaba, hice tocar

llamada de tropa; mas, no fué grande el número de los que se replegaron.

El sol había llegado á la mitad de su carrera.

Donde pocos momentos antes, aterraba el estruendo de la batalla, reinaba el silencio más profundo: todo al parecer había concluído.

Desgraciadamente, no disponía de caballería que mandar en persecución de los vencidos, porque las traiciones de la víspera que habían desorganizado el ejército, nos dejaron sin su concurso.

Comprendiendo que podíamos entrar en nueva lucha por este incidente, no pude abandonar los batallones de reserva con los cuales contaba para el caso de que se atrevieran á probar los enemigos otro ataque.

Así libres de persecución los generales Sarasti y Salazar, aunque prontos á huir, resolvieron esperar en los suburbios de Quito, el arribo de la División del Norte, cuyo atraso habíales causado angustia y desesperación. Su plan consistía en un ataque si-

multáneo cuyo resultado habría sido el mismo ante el empuje del ejército de Veintemilla.

Llenos de desaliento estos dos generales *aficionados*, veían la deserción en sus filas. Más de trecientos hombres llevaron la nueva de la derrota del ejército Restaurador hasta lejanas provincias. En Riobamba huyeron algunos. El señor Joaquín Pozo y otros conservadores complicados en la revolución, salieron de la ciudad.

## IX.

Refieren así los Restauradores, nuestro triunfo en el número 6.° de su periódico "Los Principios," el 10 de Febrero de 1883.

"El tiroteo de las calles que van de Este á Occidente, era espantoso; pero desalojados de ellas y las posisiones ante dichas, el enemigo se ocultó magníficamente en las almenas y torres que ocupaba, para hacer ineficaces nuestros fuegos, contando seguramente, con la escasez de nuestras municiones, táctica antigua en todos sus combates; pero los *dos Generales*, ordenaron no se hiciera un sólo tiro que no fuera con seguridad y los fuegos se debilitaron en consecuencia. Como unos po-

cos individuos de ambas divisiones oían el combate lejos, *creyeron llegada la hora de ponerse en salvo,* y de aquí que se haya corrido la falsísima noticia de que se había iniciado la derrota en nuestras filas. Estos héroes del segundo dia son responsables de que artificiosamente se quiera menoscabar nuestra victoria; pero sepan todos que el número de estos cobardes es insignificante y que su conducta sólo sirve para enaltecer la de los nobles jóvenes que tenían victoria por consigna y muerte por voto y por deber."

He aquí los héroes juzgados por ellos mismos.

Salazar guardó silencio para escusar su derrota. Ni lugares comunes halló su rebuscada táctica; abrumado bajo el peso de la verdad, esperó defendido por el antifaz el momento de la venganza.

## X.

Reinaba en tanto el orden entre los batallones de reserva.

Recordé que había dejado en Palacio á mi familla y fuí hacia ella para tomar descanso y dar alguna espansión al ánimo.

Entreveía la sonrisa de la fortuna; mas,

no ejerció fascinación sobre mi desconfiado espíritu. Conocedora de la justicia humana, ni aún la esperanza abrigué, de que mis sacrificios pudieran ser tenidos en consideración algún dia.

Ocupábase mi familia en curar á los heridos. No había escuchado aún las cariñosas frases que ella debía prodigarme en tales circunstancias, cuando me fué entregada una nota.

Comunicábaseme que á las puertas de la ciudad, hacia el Norte, se encontraba la atrasada división de Landázuri.

Este improvisado jefe, había nacido con cualidades de aventurero. Oscuro, valiente y sin inteligencia, llegó á ser jefe de unos cuantos tulcaneños á fuerza de conspiraciones y de manejos traidores. Presentábase entonces mandando la división del Norte, fuerte de más de ochocientos hombres.

Rendir justicia á los enemigos, es una virtud que revela al hombre superior á sus propias pasiones.

Esta justicia les tributaría á los mios, si

el accidente fortuito que tan feliz trascendencia tuvo para ellos, hubiera sido un rasgo de genio, ó el fruto de una sabia combinación.

Pero ¡oh versátil fortuna! si te recuerdo, no es para vituperarte porque la ceguedad no lo merece!

Después que hube leído el pliego que se me había entregado, me levanté con precipitación.

— Nuevo combate — dije, — está bien; combatiremos.

Un vago presentimiento hízome sin embargo, volver hacia mis queridas tias y la Señorita Dolores Jaramillo, mi compañera.

—Necesario es, —les dije, —prevenirse contra todos los peligros. En caso adverso, que no lo espero, encontrarán asilo en el Convento de los Jesuitas.

Expontáneamente habíanos ofrecido allí seguro albergue, el Superior de ellos, Padre San Vicente.

Ordené al Comandante Grijalva, pasara por el cuartel con mi familia hacia aquel

convento, mientros yo me dirijía apresuradamente, á la Plaza Principal.

Al verme, rodeáronme nuevamente los soldados.

—A las armas — les dije, — otra vez á las armas; no nos queda sino la porfia hasta el último.

Entusiastas vivas fueron la contestación de esos soldados.

## XI.

El combate vuelve á empezar. Tórnanse en ecos de furor los gritos de victoria; el infernal estrépito de las armas redobla la intrepidez de los nuestros, que, al escuchar nuevamente los disparos, se lanzan en busca de los que turbaran su reposo á tanto precio conquistado; mas, no son ya seguros los tiros que dirijen al enemigo que avanza.

Inmóviles los soldados bajo el certero plomo, caen con las armas en la mano; pretenden levantarse algunos, en su agonía, pero velven á caer sobre la tierra ensangrentada.

La dispersión, consecuencia de una victo

ria que se creyó asegurada, había debilitado nuestras filas.

Comprendiendo entonces la imposibilidad de seguir el combate por guerrillas, ordené el fuego de las ametralladoras. Yo misma diles dirección, y coloqué á cada uno de los soldados en el lugar desde el cual se debía hacer fuego.

El traquido de aquellas armas no podía ser más siniestro.

Pronto se vió venir precipitadamente, un soldado, que pedía refuerzo para los Tulcaneños.

Marchó en su auxilio una compañía; mas, la llegada sucesiva de nuevos mensageros, demostraba que acontecía algo extraordinario y que no era suficiente el refuerzo.

Busqué gente disponible entre la reserva, pero cada uno ocupaba el lugar conveniente, para mantenerse á la defensiva.

Qué hacer?

No vacilé en ir hasta el Palacio á pedir consejo al General Echeverría que se hallaba en la Prevención.

De muy delicada salud desde tiempo atrás, la continua agitación y sufrimiento después de la derrota en Quero, habían agravado su dolencia, no siéndole posible prestar los servicios que deseaba. Sin embargo, la lealtad en aquellos momentos le enaltece.

—Prudencia, no debilite el cuerpo de reserva — çontestóme; pero no hubo tiempo pora poner en práctica su consejo. En ese mismo instante oyóse extraño alboroto, é interrumpiéndole para escuchar, dirijíme veloz hacia el lado de donde provenía.

## XII.

Semejando una ola tempestuosa, llegan desde San Francisco los Tulcaneños con todos sus compañeros heridos y aun con los muertos.

Costumbres hay que pintan á un pueblo de un sólo rasgo.

Esa piedad que se sobrepone al miedo, esa conmiseración para el compañero, para el hermano en medio de los grandes peli-

gros y que se traduce en heroica resolución para cargar con él, dificultando la huida, habla por sí sóla más alto en favor de los Tulcaneños, que todos los epítetos honoríficos y todas las alabanzas.

Venían cien hombres poco más ó menos, que abandonaban una posición insostenible, arrastrando de piés y manos otros tantos infelices cubiertos de sangre y dando recios tumbos contra las piedras.

Los enemigos, pues, no podían tomar heridos ni aun muertos de entre hombres tan abnegados.

—Traición, traición — gritaban los fugitivos.

Por fin logré detenerles en la calle del Cuartel.

Qué espectáculo el de esa tropa al dejar en lugar seguro su sagrado depósito!

El muy recomendable Presbítero Montaño, Capellán del Ejército, se arrodilló para asistir á los moribundos.

Uno de sus jefes más queridos espiraba

entre el tumulto. Esta muerte les arrancó un inmenso clamor.

Silenciosa en medio de esa multitud abrumadora, esperé el momento en que mi voz pudiera ser oída.

—Quién ha traicionado?—pregunté.

—Los Padres, contestáronme;—los padres de San Francisco que desarmaron á nuestros hermanos que guardaban las torres. Desde allí nos han asesinado después, aprovechando de nuesto descuido.

En efecto, tras la victoria que obtuvimos á las dos de la tarde, los franciscanos cuyo superior era un Padre Baltazar, hicieron abandonar su puesto á los tulcaneños que guardaban las torres.

—La caridad cristiana nos ordena daros de comer — dijéronles — dejad entretanto vuestras armas en su lugar.

Aquellos malos sacerdotes aprovecharon del engaño y colocaron en los lugares antes ocupados por los Tulcaneños, á los enemigos armados con nuestras propias armas, y fué así que, después de dos horas y á la

llegada de Landázuri, pudieron hacer grande carnicería en nuestras tropas.

—Esto no quiere decir que estamos perdidos —contesté á los desesperados Tulcaneños—triunfaremos á pesar de todo.

Solo entonces comprendí el respeto que yo había inspirado á aquellos hombres. Cesó la gritería al escucharme, y quedaron mirándome, silenciosos, por un momento.

—Vengan,— les dije, después que hube dado la orden de llevar un cañón hasta la mitad de la calle de San Francisco, llamada *calle Angosta;*—tenemos cañones, ametralladoras y valientes; por qué temer?

Antes que pudiera designar los que debían defender aquel lugar, noté hacia el lado derecho, cierto movimiento de alarma en las tropas de reserva, que se batían ya muy de cerca con los enemigos.

Entre los que rodeaban el cañón de la calle Angosta, divisé á un viejo militar llamado Eguiguren.

Ve Ud. ese cañón?—le dije—queda á cargo suyo.

En diciendo esto, me alejé precipitadamente.

El movimiento de alarma que había notado, iba en aumento; mi primer cuidado fué atender el portal que ocupaban las ametralladoras. Nadie se había movido, pero el fuego contrario era mortífero y tenaz en aquel punto.

Las balas enemigas se cruzaban en derredor nuestro; los soldados descargaban sus rifles sin descanso. Esta vez nada decían. Guardábamos todos, ese sombrío silencio de la última hora del combate.

## XIII.

En el portal arzobispal había sido colocado el batallón Número 26. El Comandante Sánchez, que recientemente lo mandaba, no tenía la autoridad de un antiguo y querido jefe. Llega hasta mí lleno de angustia.

—Está tomada la torre de San Agustin —me dice, y los soldados escuchan al ca-

nónigo Arsenio Andrade, que los induce á penetrar en el Palacio Arzobispal.

Desde la azotea del Palacio de Gobierno podía distingirse la torre de San Agustín. Al presentarme en ella, fuí recibida por una nube de balas. Avancé hasta que pude ver el color de la cinta que llevaban en el sombrero los que estaban agrupados en la torre. No cabía duda, eran ellos: la cinta azul que percibía claramente confirmaba mis temores y los de Sanchez.

La torre de San Agustín situada á una cuadra de la plaza, domina parte de ésta y el portal de Palacio que le hace frente en un ángulo. Los que la defendían, creyéndolo todo perdido, en el momento en que los Tulcaneños llegaban, abandonando San Francisco, consideraron inútil la resistencia. Error gravísimo en que cayeron muchos, y que ocasionó la pérdida inconsulta de la torre.

A la simple vista distinguíase perfectamente una persona, de modo que fuí el blanco de aquel mortífero fuego. Más tarde con-

fesaban que la orden dada fué *matar á la mujer que era el alma de aquella lucha.*

En esta misma torre fué colocado un joven Valdez, diestro en el manejo del fusil, para que dirijiera contra mí sus balas certeras.

—Está bien, — dije al Comandante Sánchez, — pueden tomar las torres pero no triunfarán. Sus cañones se hallan inutilizados; vaya usted á sostener esa gente.

Tal fué la orden que llevó este jefe.

Saltando por enmedio de cadáveres ensangrentados, llegué nuevamente hasta el portal.

Mis obedientes servidores no se movían de sus puestos; el fuego que nuestros enemigos hacían desde la torre de San Agustín sobre el portal del Palacio, era tenaz y destructor. Caían al lado mio los soldados, pasando silenciosos de la vida á la muerte. Agitábales un extremecimiento instantáneo, sin que me fuera dado recojer las últimas miradas de esos héroes. El dolor mismo pa-

saba fugaz en mi espíritu, anestesiado por emociones tan variadas como terribles.

## XIV.

La necesidad de acudir hacia uno ú otro punto, obligábame á continuas marchas, y contramarchas, lo cual desesperaba á los que desde la torre, pretendían quitarme la vida, no siéndoles posible apesar del corto espacio que nos dividía, lanzar tiros eficaces contra mí; empero, sus proyectiles pasaban casi rozando mis vestidos y diezmando á los que me acompañaban. Un corneta de doce á trece años, me seguía. Repentinamente dobla las rodillas en actitud de sentarse, é inclina la cabeza. Cuando me precipité para sostenerle con un movimiento maquinal de ternura, cubrióse de tinieblas la faz de ese héroe adolescente.

Apesar de los horrores de un desesperado combate, los soldados permanecían formados, correctamente, estrechando los claros de sus filas.

Ya las torres y los objetos comenzaban

á velarse por la luz incierta del crepúsculo; pero el empeño de arrancar la vida al enemigo parecía mayor por ambas partes y se aumentaba el estrépito de las descargas.

Vino la noche. Rodeados de tinieblas, vímonos obligados á guardar forzada tregua. La victoria se ocultó indecisa entre las sombras.

## XV.

La suspensión de hostilidades, pensé que debía ser ventajosa para nosotros.

Creyendo que nuestros enemigos dieran un asalto sobre el Cuartel, situé á los "Tulcaneños" en lugares convenientes para una vigorosa resistencia.

Después de dar colocación á los centinelas y asegurar la entrada del Cuartel con un cañón cargado de metralla, dejé en la Prevención á los oficiales que debían guardar el orden, dirijiéndome en seguida hacia Palacio.

Reconcentradas las fuerzas en el Cuartel,

una fracción de ellas debía defender todavía la Plaza Principal.

Los acontecimientos de esa noche funesta, oblíganme á ser minuciosa. La abundancia de detalles es disculpable en quien quiere representar con la pluma, los lances en que se ha visto, y que siendo de notoriedad para su país, no alcanzan igual suerte en donde sólo puede adquirirse cabal conocimiento de esos hechos, por la lectura.

Perdóneseme, pues, si sobreabundo en minuciosidades que de todos modos, juzgo oportunas.

Preparábame para pasar revista á las tropas que estaban en el Palacio, cuando salió á mi encuentro el Comandante Guillermo Franco, jefe de la columna de Ametralladoras.

—Ha desaparecido Morales con su gente —me dijo,— como también Sánchez con el batallón "26" que guardaba la línea del Palacio Arzobispal.

Imposible me fué, de pronto, dar crédito á tales palabras.

—Aseguran este hecho algunos soldados que acaban de llegar, — continuó Franco. Este había penetrado en Palacio con la columna de su mando y las Ametralladoras.

Quise persuadirme de lo que se decía y me dirijí á la Plaza.

Nuestros enemigos nos rodeaban completamente. Desde las extremidades de las calles que forman los ángulos de la Plaza, hacían fuego continuo hacia ésta, como también hacia la calle del Cuartel y la calle Angosta.

El menor rayo de luz que se dejaba ver al abrir una puerta, ó un objeto cualquiera que se moviese entre las sombras, redoblaban su furor, para volver luego, á la monotonía de uno ó dos tiros por minuto.

## XVI.

El Comandante Leonidas Grijalva, bravo y pundonoroso militar, estuvo pronto á seguirme en compañía de un soldado.

Percibieron nuestra salida y sonó una descarga que no causó daño alguno.

Con ojos ávidos me fijé en el portal opuesto al del Palacio; la escasa luz de los faroles dejaba ver que el portal de Salinas estaba desierto.

—Qué ha sucedido? — dije á Grijalva;— vamos á saberlo en el lugar mismo donde debieran estar nuestros soldados.

La empresa era peligrosa. Debíamos atravesar toda la Plaza y pasar por las esquinas, desde las que hacían fuego los enemigos; sin embargo, la oscuridad favorecía nuestros intentos.

Descendimos precipitadamente las escaleras del portal, mas, creimos ser víctimas en ese instante.

—Ya llegamos — decía el soldado que me acompañaba, — pero pueden tomarnos prisioneros en el portal de Salinas.

Nada era más fácil, en verdad, pero yo no escuchaba.

En el bolsillo de mi vestido llevaba un revólver cargado.

Cuando me puse al frente del Ejército, hice el juramento de quitarme la vida en el

posible instante que cayera en manos de esa gente ebria y soez. Esto daba á mi espíritu completa serenidad.

Por fin llegamos al portal de Salinas. La luz que despedían los faroles era suficiente para que pudiésemos ser vistos de nuestros enemigos que nos prodigaron maldiciones y balazos.

Cómo viendo tan sólo tres personas en un portal abandonado, no se precipitaban para asesinarnos? Quizá sea injusta hipótesis la de la cobardía; debemos creer que ellos temían ser víctimas de una celada.

Sospechando que las fuerzas que buscábamos habían penetrado en la casa del Sr. Carlos Aguirre Montúfar, llamamos vigorosamente para que abrieran.

Nadie contestaba; tan sólo la temblorosa voz de Grijalva repetía:—van á tomarla prisionera, van á matarla!

## XVII.

Para el pensador despreocupado y frio, fácil es juzgar como temerarios estos ac-

tos; mas ¿quién es capaz de dar consejos de prudencia en tan extrema situación?

Angustiada, puse el oído en las hendiduras de la puerta, con el deseo de adivinar lo que ocurría dentro. Un ruido siniestro y cual si saliera de las profundidades de la tierra, llegó hasta mí.

—Son descargas cerradas—dije a Grijalva, comprendiendo lo que pasaba.

¿Qué había ocurrido en tanto?

En el momento aquel de confusión ocasionado por la fuga que los Tulcaneños emprendieron desde San Francisco hasta el Palacio, Morales con las compañías de su batallón, más el Número "26", creyeron que se había pronunciado la derrota en nuestras filas. Este último cuerpo penetró al Palacio Arzobispal á instigación del canónigo Arsenio Andrade, quien les persuadió de que era ya tiempo de cesar en la resistencia.

En la casa del Señor Aguirre Montúfar, los soldados del "14" á su vez, buscaron asilo, mas, teniendo aquella antigua casa,

subterráneos y una segunda puerta hacia la calle del Comercio, Landázuri y los suyos lograron sorprenderlos. Batiéronse las dos compañías antes de rendirse.

Yo oía en ese instante el ruido extraño de las armas bajo la tierra.

—Escuche,—dije á Grijalva, llamando con más energía á las puertas de Aguirre.

La casualidad no permitió que se oyera esa llamada que tan funesta pudo haber sido.

—¿Qué hacemos aquí? van á matarla!— repetían angustiadísimos mis compañeros.

No encontrando remedio, volvíme hacia la Plaza.

A la sombría luz de un farol, distinguimos un hombre postrado en tierra. Este, al divisarnos, quiso incorporarse, pero no pudiendo sino levantar la cabeza, nos dejó ver su cadavérico semblante. Con ojos abiertos espantosamente, parecía balbucear palabras de socorro; crispadas las manos sobre el suelo, cual si hubiera querido asirse á la vida en un último esfuerzo, era la propia imagen de la desesperación.

Espectáculos como éste, atraen á la vez que alejan, produciendo una mezcla de horror y de compasión, que mantiene vacilante el espíritu.

Hallábase el herido delante del portal, lugar peligrosísimo, pues nos esponía á ser blanco del fuego enemigo, situado en las calles de la Platería y del Comercio.

Me acerqué al herido. Atenta más á su agonía que á todos los peligros, pretendí que mis acompañantes le llevaran en brazos, pero reparándonos los sitiadores, hicieron una descarga. Unos á otros nos miramos sorprendidos de encontrarnos aún con vida. Temerosos por mí, apresuráronse Grijalva y el soldado, á separarme del lado del infeliz caído.

## XVIII.

Sigilosamente llegamos hasta la embocadura de las calles del Comercio y del Correo que forman un ángulo de la Plaza Principal.

Deseosa de ver desde más cerca, la posi-

ción que ocupaban nuestros enemigos, me detuve, pero creyendo distinguir entre las sombras un objeto, dí hacia adelante algunos pasos. Cuál sería mi asombro, al ver allí un cañón abandonado! Lo reconocí al instante.

—Salvemos ese cañón que es nuestro— esclamé con energía. El Comandante Grijalva se apresuró á obedecerme, mas, no era posible en el momento tal empresa, siendo preciso que el bravo Comandante fuera en busca de algunos compañeros para salvar esa arma de las manos restauradoras.

Parece increible, en verdad, que nuestros enemigos posesionados como estaban de las calles, no hubieran avanzado cuatro pasos y apoderádose de un cañón que decidiera con mayor prontitud de la victoria, pues el soldado se siente abatido al ver en poder del enemigo, un elemento que constituyera momentos antes su esperanza y su fuerza.

Pero, los Restauradores manteníanse prudentes.

Con grande entusiasmo de los Tulcane-

ños, fué recibido el cañón en el Cuartel; mas, era necesario saber dónde se hallaban los dos restantes, ya que todos habían sido abandonados á las seis de la tarde, hora de la confusión y el desconcierto.

Recordé al instante, el puesto que á cada cual había asignado con el objeto de resistir al enemigo rehecho, y salí con precipitación hacia San Francisco. Allí, con una de estas piezas, había dejado al Mayor Eguiguren.

Ordené á Grijalva me siguiera con unos pocos soldados tulcaneños, resueltos como yo, á buscar el cañón hasta encontrarlo.

La oscuridad nos sustraía de las miradas del enemigo, pero á la vez nos ocultaba el camino, obligándonos á recorrerlo con los brazos estendidos á fin de percibir lo que buscábamos, de tan singular manera, entre las sombras.

En la calle Angosta y en dirección á San Francisco, tocamos con el segundo cañón abandonado.

Hacia la izquierda y al centro de esta larga calle, se abre paso la del Cuartel.

Atribuyo al temor de acercarse demasiado, el desentendimiento de aquel cañón de parte de los Restauradores que ya se habían apoderado de esos contornos.

Situada en esa misma línea, la casa de mi familia, forma una saliente que domina la calle Angosta y las que la rodean. Dueños los Restauradores de esa antigua residencia de mis abuelos, saqueáronla escandalosamente. Desde las ventanas, á la vez que detrás de los muros que hacen esquina, disparaban sus fusiles los contrarios, de quienes apenas nos separaba media cuadra.

—Ligero, arrastren el cañón—ordené— y llevemos en brazos la caja de municiones.

Mas, al levantarla, sentimos que estaba vacía.

A tientas encontramos el pertrecho esparcido por el suelo.

—Que se recoja,— nuevamente ordené; pero, comprendiendo que iban á ser vícti-

mas, dí para salvarles la voz de — pecho en tierra — sugerida por el extremo peligro.

Todos obedecieron.

La inquietud no me permitió tomar las precauciones que yo misma aconsejaba. De pié, con la vista fija en la casa de mis padres, esperaba la consumación de la empresa.

Vívidos como la luz de los relámpagos, brillaban entre la oscuridad los fogonazos de los rifles enemigos, y al golpe de la detonación, sentíamos cruzar cerca de nuestros oídos la mortífera corriente de plomo.

Recojido el pertrecho, avanzamos lentamente, apesar del enemigo que redoblaba su furor ante el ruido y aparato inevitables; mas, no por esto se acercaba una línea, ni sus tiros pudieron impedir que adelantáramos, paso á paso, en aquel camino en que la suerte nos protegió, visiblemente.

## XIX.

Llegamos á la calle del Cuartel.

Algunos soldados que habían salido á nuestro encuentro nos reemplazaron.

Yo les seguía.

Sorprendidos nuevamente los Tulcaneños, al ver el otro cañón que creyeron perdido, prorrumpieron en entusiastas exclamaciones.

—Mañana triunfaremos por completo; mañana pelearemos más que hoy — repetían, mezclando sin inmutarse á estas reflexiones, los horribles detalles del anterior combate.

Tranquilos con la seguridad de una nueva victoria, decidieron entre cariñosas frases, darme un nombre que se relacionara con ellos, con su pueblo, con su partido; pues, en la Provincia llamada de *Veintemilla* por la Convención Nacional y antiguamente del *Carchi*, á la que ellos pertenecen, no se conoce sino dos bandos que desde tiempo atrás, se odian profundamente.

No lejos de Tulcán, Capital de la Provincia, existe una montaña llamada *Mayasquer*, y como apodo insultante llamáronles á los nuestros *Mayasqueros*.

Mientras se afanaban por encontrar un

nombre que respondiese al entusiasmo que experimentaban por mí, dejóse oir una voz de entre un grupo.

—*Que se llame la mayasquera!*

Fueron acogidas con unánime aplauso estas palabras.

Aquel lenguaje rudo, tenía sin embargo, toda la dulzura del afecto, para el improvisado jefe de esos hombres.

Cuánto valor, cuánta abnegación! ¿Qué queda hoy para señalar lo que debiera ser imperecedero? .................. ni un sepulcro donde esparcir las flores de mi agradecimiento!

## XX.

Fuí en seguida al Palacio, deseosa de hacer conocer á los jefes que allí estaban, el éxito feliz de nuestras empresas. Mas, cuánta diferencia! El entusiasmo aparente que Franco y algunos otros manifestaron, hacía contraste con la helada sonrisa que produce el secreto terror de espíritu en ciertos hombres.

Qué amargo es ver la duda en el semblante de los que debieran dar ejemplo de valor!

Dominando no obstante, mi indignación, les dije:

—Tenemos elementos todavía, para el triunfo; mañana venceremos. Entretanto, guarden ustedes las puertas grandes del Palacio que están cerradas y sin peligro, pues no hay cañones enemigos que puedan echarlas por tierra. Yo cuidaré el Cuartel que se halla abierto, y respondo que sea cual fuere el ataque de nuestros enemigos, no lograrán tomarlo.

La defensa del Palacio estaba asegurada con las ametralladoras

Después de brindarles seguridades tantas, ¿cómo podía yo dudar de que esos hombres no salieran de su ya manifiesto apocamiento?

Me alejé, en consecuencia, algo más tranquila y halagada por la esperanza.

Dividido el Palacio del Cuartel por una calle estrecha, no dejaba de ser peligroso su

trayecto. La luz que se reflejaba desde las puertas del Cuartel, era bastante para descubrir al que lo atravesaba. Siendo unos cuantos metros la distancia que nos separaba del enemigo situado detrás de los muros de la calle de la Compañía, podía fácilmente lanzarnos balas á la vez que amenazas é imprecaciones.

Decidida á permanecer á la defensiva durante la noche, dí orden de que no hicieran los nuestros un sólo tiro.

Dos causas me obligaron á dar esta orden: el temor de hacer víctimas á nuestros propios soldados, que, ebrios, podían pretender regresar á su Cuartel, apesar de los peligros, y el deseo de infundir confianza en nuestros enemigos, para que efectuaran un asalto sobre el Cuartel; asalto que yo creía seguro y que ellos quizá ni lo pensaron.

Ocultos, como cazadores en la sombra, nos acechaban desde las esquinas, maldiciéndonos é injuriándonos sin adelantar un paso.

—*Muera Veintemilla!* – *Abajo la Dicta-*

*dora!—Viva la Religión!*—eran los gritos repetidos por esa turba ignorante á servicio de los ambiciosos.

Trémulos de furor, cumplían no obstante, mis órdenes los soldados. A consistir en ellos, habríanse lanzado sobre los que, tan sólo desde lejos, vociferaban valientemente; pero ni una palabra, ni una bala se dirijió de parte nuestra á los Restauradores: queríamos algo mejor y más práctico que los denuestos.

De pié, entre los centinelas de las puertas, velaba yo y pretendía con ávidos ojos, penetrar en la oscuridad.

Sólo el reflejo de la luz portadora de la muerte, aparecía entre la lobreguez de la noche.

Colocados los centinelas de un extremo á otro del Cuartel, daban la voz de alerta, á la que respondían los Restauradores con insultos, como si la atención y el orden en nuestras filas, aumentaran una saña que se parecía tanto al despecho.

El verdadero valor que repugna las bra-

vatas, no existía, por lo visto, entre los Restauradores.

Así pues, comprendí que no seríamos atacados.

Cuántas veces las palabras vanas dan la medida de los hombres! Y si es verdad como dice Quinet, *que la gloria exije algún ruido pues no le gustan los hombres modestos*, nosotros debemos agregar empero, que ella desprecia y se burla de los fanfarrones.

## XXI.

Eran las doce de la noche. Deseosa de hacer una ronda en el Cuartel, penetré en el interior.

Parte del batallón dormía tranquilamente. Los soldados asidos de los rifles parecían prontos á responder á la menor señal. Casi medio batallón velaba, relevándose para tomar descanso.

Todas las celdas del Convento de Jesuitas contiguas al Cuartel, y aun los corredores, fueron ocupados por nuestras tropas.

Los soldados al verme hacían cariñosas demostraciones.

—La hora de nuestro triunfo se acerca; estén listos á las cinco de la mañana—iba diciéndoles á medida que recorría el espacio en que se encontraban.

—Sí, *Generalita*, á las cinco de la mañana,—repetían con decisión.

Cuando hube recorrido las celdas y corredores bajos, encontré al extremo de éstos á mi familia.

El Convento de jesuitas es en Quito, un edificio muy antiguo y que se presta para ocultar á cuantos se quiera.

Varias familias habían sido colocadas en seguridad por los mismos sacerdotes; mas, á la familia de Veintemilla diéronle por asilo un lugar expuesto, cercano á la Iglesia. A esto se debe el que pudieran reunirse conmigo en un momento dado.

Satisfecha de la decisión de los soldados, me retiré nuevamente al Cuartel. Conprendí que podía llevar á cabo y con buen éxi-

to, el plan que había formado para sorprender á nuestos enemigos.

XXII.

La una de la mañana había sonado. Paseábame silenciosamente entre los centinelas de las puertas. Al fin podía hablar conmigo misma.

La idea de una próxima muerte era preferible á la derrota; derrota á que no podía resignarme en la creciente exaltación por entonces de mi espíritu. Los sucesos del dia agolpáronse á mi mente con matadora angustia.

En tan corto tiempo había podido medir la grandeza como las fragilidades del espíritu humano.

Triste y meditabunda, deteníame á veces, cayendo en esa atonía solo esplicable después de una agitación tan prolongada.

Repentinamente volví de mi abstracción, creyendo oir un pequeño ruido. Fijando la vista, noté á la opaca luz de los faroles, dos bultos que salían del Palacio y avanzaban

proyectando su sombra en la pared. Eran dos individuos que tomaban precauciones para atravesar la angosta calle.

Antes que distinguiera claramente sus fisonomías, había yo adivinado quiénes podían ser.

La presencia del General Echeverría y el Comandante Franco, pues, por tales les reconocí después, tenía un no sé qué de fatídico.

—Queremos hablar con Ud.—dijéronme, adoptando un tono y manera misteriosos.

Dirijíme en silencio hacia un corredor contiguo, desde el que no podían oirnos.

Franco se atrevió á hablar el primero.

—Venimos—me dijo—porque es imposible resistir más tiempo y queremos rendirnos.

—Y á quién?—le pregunté indignada.

—La Plaza Principal está llena de gente que grita contra nosotros,—prosiguió.

Desdeñando contestarle, pues sabía que esto era falso, miré al General Echeverría de una manera interrogativa. Confundido

éste, al ignorar que Franco abultaba los peligros para convencerme, contestó:

—Es verdad lo que asegura el Señor.

—Pues bien,—yo misma veré esa multitud que llena la Plaza principal.

## XXIII.

Encargué la vigilancia del Cuartel al Comandante Grijalva y me encaminé á Palacio seguida de los dos militares.

Llegamos á la prevención. Las puertas del Palacio permanecían cerradas.

—Abran esas puertas—ordené al cuerpo de guardia.

—Pero, cómo quiere así esponerse?—decían algunos.

—Abran,—repetí, al mismo tiempo que hice señales á dos soldados para que me siguieran.

Sonó de repente una descarga dirijida por los enemigos que habían visto aparecer la luz del interior del Palacio; pero, yo salí no obstante, hacia el portal con los soldados.

Detrás de nosotros cerráronse las puertas.

Iban á repetirse las escenas de prima noche, en la requisa de los cañones.

—Síganme—dije á los dos números de guardia que se apresuraron á obedecerme.

El silencio y la lobreguez reinaban en torno. De cuando en cuando, los silbadores proyectiles iban á clavarse en los muros del edificio. Parecía que el ángel de la destrucción buscaba entre las tinieblas á quién señalar con sus caricias de muerte; sintiendo yo, en los revueltos giros del plomo, algo como el chasquido siniestro de sus alas.

Escuchábase á cortos intervalos, voces apagadas por la lejanía; pero estaba desierta sin embargo, la Plaza Principal.

Quise que mi salida no fuera entonces de menor provecho.

Próxima á descender las gradas del portal hacia la calle de la Concepción, volví á los soldados.

—Vamos hasta el Palacio del Arzobispo —les dije,—y haremos salir á las compa-

ñías del batallón "26" que están allí porque ignoran lo que pasa.

Nada me contestaron: sin duda consideraban el riesgo á que esta resolución nos esponía.

Con todo, llegamos hasta la esquina de la Concepción.

Cuando penetrábamos bajo la arcada arzobispal, percibimos distintamente, voces que parecían rugidos.

Llegaron á mis oídos términos descompuestos. Eran ellos. A cuatro pasos de distancia estaban las tiendas dentro de las que se encontraba un buen número de Restauradores en estado de beodez.

Me detuve comprendiendo que al menor ruido estábamos en descubierto.

—Gran Dios! ¿tan cerca me hallo de esos hombres?—exclamé á tiempo que mi mano asía el revólver con un movimiento desesperado.

Entre el temor de caer en poder de esa soldadesca y el dolor de renunciar á mi proyecto, permanecía indecisa.

Mis compañeros procuraban regresar cautelosamente al portal del Palacio, suplicándome sin cesar, con voz misteriosa, que les siguiera.

También era peligrosísimo el regreso.

Mientras tomaba el camino que la necesidad á la vez que la prudencia me imponían, —he de triunfar con todo, — me dije y seguí entonces á los soldados sin vacilación alguna.

Pisando ya las graderías del portal del Palacio, percibieron los contrarios nuestros movimientos.

Salen de las tiendas y adelantan procurando distinguir la causa del ruido que hicimos inadvertidamente, al retirarnos.

Partió del lado de ellos una descarga impotente para alcanzarnos, como ciega era su ira para desde tan cerca ofendernos.

Los soldados mis acompañantes, tomaron en esta vez, el rumbo de Palacio en apretada carrera.

Me era imposible seguirles con idéntica

celeridad, pues el peligro mismo, dió más orden y cautela á mis pasos.

Destacábanse los enemigos sobre un fondo luminoso que no era otro que el de las tiendas abiertas. Yo seguía con la cabeza vuelta hacia atrás, al retirarme, la silueta fantástica de esos hombres, con una especie de alucinación. Veía en ellos algo como unos aparecidos del Infierno.

Mas, prudentes siempre, vuelven á hacer otra descarga que habría sido funesta para mí, si guiada por el instinto de conservación, no hubiera buscado el recodo que forma el muro en la escalera del Portal.

Allí permanecí algunos momentos.

Sóla en medio de mi angustia, no encontraba ya salvación sino en la muerte.

Habiendo mis enemigos salido de las tiendas, llegaron hasta el pié de la escalinata de piedra á que me he referido.

Túveles un instante á dos pasos de mí.

Apenas si me atrevía á inclinarme con el revólver en la mano, para espiar sus movimientos. El más ligero ruido podía atraerles.

No viendo bulto alguno que confirmase sus sospechas, retiráronse nuevamente á las tiendas.

Yo permanecía inmóvil. Así como un ciego quiere inútilmente romper la masa de sombras que le circunda, poniendo en movimiento el cristal sin brillo de sus ojos, hundía yo los mios en la oscuridad, sin percibir el punto de salvación y de mis ansias.

Al fin, entre el silencio que sucedió á esta escena, me dirijí á Palacio tentando sigilosamente las paredes.

## XXIV.

Encontré en grande alboroto á los jefes que habían conocido de antemano mi empresa. Un ¡ah! de satisfacción escapó de sus labios cuando me reconocieron.

No dándoles tiempo para mayores esplicaciones les dije entonces:

—La Plaza Principal está desierta. Mañana al despuntar el dia venceremos. Nuestros enemigos son inferiores; no cuentan con cañones ni ametralladoras; podemos to-

davía dar un golpe decisivo. Atacaremos á las cinco de la mañana sorprendiendo á los que nos sitian. Yo saldré hacia el Sur con doscientos Tulcaneños y un cañón; hacia el Norte atacará el Comandante Leonidas Grijalva con los restantes, y Franco con la columna de su mando y las ametralladoras, permanecerá en los ángulos de la Plaza guardando el Cuartel á la vez que protegiendo nuestra retirada en una eventualidad cualquiera.

Cuando comuniqué á los soldados del "Tulcán" esta resolución, llenáronse de entusiasmo; mas,para el jefe de la Columna de Ametralladoras, nada bastaba. Obstinado en la triste idea de que sin el batallón "14"no podíamos triunfar, empleaba todos los medios que estaban á su alcance, para perdernos.

Más tarde, cuando estuve prisionera, hizo guardia en la cárcel un negro Subteniente, natural de Esmeraldas, apellidado García. Relacionaba estos hechos con los más pequeños detalles.

—Allí estuve yo—me decía;—la conocí

en la Prevención donde fuí mandado de parte de los nuestros para hablar con el Comandante Franco cuando quería entregar el Palacio. Amenudo García recordaba todo cuanto había ocurrido entre Franco, y el enemigo.

En tanto, yo abrigaba el convencimiento de que dicho jefe alentado con una comisión que ofreciera menos peligros, ejecutaría fielmente la parte que le estaba recomendada.

Triste creencia que me obligó á no tomar medidas enérgicas y salvadoras. Y cuán fácilmente las habría dictado entonces!

La orden dada á los Tulcaneños de reducir á prisión á dos ó tres que eran los débiles, y colocarles bajo la vigilancia de estos soldados en el Cuartel, habría sido bastante.

Franco no contaba con la sumisión de toda la Columna á sus cálculos. Oficiales pertenecientes á nobles familias como los Dávalos, Henriquez y otros, eran valerosos, é ignoraban también las tramas, estando por su parte, siempre listos para combatir.

Era de no dificil ejecución el plan que llevo enunciado.

¿Qué importaba si sucumbíamos combatiendo, ó si éramos prisioneros después de agotar los últimos recursos?

Dirijíme por centésima vez al Cuartel, después de suplicar al General Echeverría fuera á tomar el descanso que necesitaba y asegurádole que sería avisado antes de las cinco de la mañana.

En el Cuartel reinaba la calma. Los centinelas cumplían su consigna y los oficiales velaban en la Prevención.

Al verme agrupáronse en torno mio, comprendiendo que sucedía algo grave.

—Listos estamos para todo—dijéronme después de mil preguntas que muy á la ligera satisfice.

Con el objeto de manifestarme su decisión completa, entablaron animados diálogos sobre su futura suerte, encargándose de mutuo los cuidados de la familia, al que sobreviviese.

La aurora comenzaba apenas á bosque-

jarse sobre las montañas, cuando ordené al Comandante Grijalva alistara su batallón.

Me dirijí en seguida al Palacio y di aviso al General Echeverría de que llegaba la hora de la salida. En cuanto á Franco, debía esperar la señal.

Mientras yo penetraba hasta los corredores del Convento para hacer salir á la tropa allí diseminada, el General Echeverría adelantó unos pasos para saludar á su hija Ana que se hallaba cerca, asilada junto con mi familia.

## XXV.

Nos preparábamos con la prudencia y sigilo requeribles, para sorprender al enemigo.

Próximos todos á descender á la Prevención en la que debíamos reunir las fuerzas, oyóse un ruido extraño.

Un hombre se precipita á la carrera gritando: *¡Socorro! quieren matarme! Han tomado el Palacio! He escapado de la muerte!*.............

Era el Comandante Guillermo Franco que, pálido y fuera de sí, como un demente, pedía favor.

Antes de conocer los detalles de lo ocurrido en el mayor silencio dentro de la Casa de Gobierno, dije á los que me rodeaban.

—Pues bien, tomemos á dos fuegos el Palacio.

Siguiéronme resueltos.

El Doctor Ascencio Gándara notable médico, Gobernador de Quito, y que seguía nuestra suerte con serenidad y valor, se puso á mi lado.

Mas, cuando descendíamos á la Prevención, trepaban por la escalera gritando llenos de terror, los soldados:

—Tomaron las ametralladoras y estamos perdidos; vámonos á refugiar donde los Padres!

Imposible fué detenerles. En medio de la inmensa gritería y confusión, cada uno se esforzaba por cobijarse el primero, bajo la Divina misericordia, representada por los sacerdotes del Colegio de San Luís.

Estos, recibieron á los vencidos con el desdén propio de quienes lejos de esperar ya favor, temen que se lo pidan.

Yo seguí á los soldados con dolor y con rabia; mas, cuando comprendí que para ellos no había la melosa compasión ofrecida horas antes, increpé á algunos padres que habían acudido, su tristísimo renuncio.

## XXVI.

Desde aquel momento se operó en mi ánimo una transición brusca. Lejos de llorar la victoria perdida, sentí una indignación que me llevaba al opuesto extremo de las lágrimas. Hirvieron en mi cabeza por un instante, los pensamientos más funestos, sucediéndose al cabo, un arranque desdeñoso para la humanidad entera.

Corrieron á mi encuentro mis tias y demás compañeras.

Entre los prisioneros distinguíanse el Doctor Ascencio Gándara, el general Echeverría, los jóvenes Espinosa y Gándara, el Doctor Paredes cirujano de un batallón,

Guerrero y otros tan valerosos como fieles amigos.

El Comandante Leonidas Grijalva, manifestó hasta el último la entereza de un verdadero militar.

Reunidos todos, dirijímonos una mirada que no tiene traducción en el común lenguaje.

Allí estaba Franco también. Nunca pudo parecer un hombre de estatura moral más pequeña.

Cómo había entregado el Palacio? Triste es decirlo.

Logrando ponerse en comunicación con los enemigos, manifestóles que estaba pronto á cesar en la resistencia, con la entrega de la Casa de Gobierno.

Los Restauradores que temían ser engañados, no aceptaron en todo el trascurso de la noche, esa oferta dictada por un sentimiento harto dudoso en tales circunstancias. Uno de los negociadores fué el ya citado subteniente García.

Por fin, antes de la madrugada les da

aviso de que si no aprovechaban de ese momento, todo sería inútil.

Se deciden, y tomando grandes precauciones llegan hasta la ventanilla que corresponde á la sala de la Prevención.

—Ustedes ofrecen garantías para mí? —pregúntales el mal subalterno de nuestra causa. Ellos al oir su temblorosa voz, sienten desvanecerse las últimas sospechas que albergaran.

—Sí—contestan, procurando ocultar la ironía que guardaba esta promesa.

Entraron, finalmente.

Al verles, uno de los oficiales,—creo que Henriquez,—preparó contra ellos una de las ametralladoras, é iba á hacer fuego cuando le detuvo Franco gritando:

— Basta ya, estamos rendidos!.........

Una vez apoderados de las armas, lanzóse el Coronel Aguirre sobre Franco.

—Miserable! no hay garantías para tí— le dice, y asiéndole por el cuello, le derriba.

El pusilánime jefe haciendo un esfuerzo supremo, logra escapar de las garras que le

oprimen, llegando en desalada carrera á pedir auxilio á esos mismos que acababa de entregar, villanamente, al enemigo.

## XXVII.

Sea cual fuese el móvil que impulsara á Franço, aparecerá siempre culpable. Si creyó que éramos débiles, ¿por qué no pensó en resistirse como los demás comprometidos ya por el honor, en una causa tan justa?

En el número 6.° de los "Principios" se dice:

"La noche silenció los fuegos, y las sombras fueron disipadas con innumerables faroles que manos solícitas colgaban en todos los balcones contra la orden de las noches anteriores en que la ciudad había permanecido desierta y en tinieblas. Acampadas las divisiones en las posiciones adquiridas en las trece horas de combate, los señores Generales Salazar y Sarasti daban disposiciones convenientes para hacer volar al enemigo que creían resistiría aun para cedernos la victoria. *Pero Marietta, la valerosa joven, genio del mal pero genio único de la dictadura,* que había dispuesto el fuego de las ametralladoras revólver en mano, se refugió donde los jesuitas; los demás jefes habían huido sin ver el com-

bate y los soldados *que se portaron heróicamente* durante el dia, se desbandaron por la noche ó esperaban una persona á quien rendirse. La aurora alumbró la victoria; nunca ha rayado para la Capital un sol más bendecido.... Jefes, oficiales, soldados, ametralladoras, cañones, rifles, numeroso parque, todo cayó en nuestras manos."

## XXVIII.

Es de notarse la circunstancia, de que la última parte, en la que caímos prisioneros, no han querido relatarla esos cronistas tan bien enterados de todo, por los detalles insignificantes que consignan.

A Quito entero le consta nuestra actitud de última hora, y la traición de que tuvieron que valerse á las cinco de la mañana, los Restauradores, para adueñarse del Palacio sin quemar un sólo cartucho.

Echan un velo sobre ese epílogo porque seguramente, no les favorece.

—*La aurora alumbró la victoria*: *nunca ha rayado para la Capital un sol más bendecido...... Jefes, oficiales, soldados, ametralladoras, cañones, rifles, numeroso parque,*

*todo cayó en nuestras manos*—afirman esos plumarios.

¿Cómo no se da cuenta precisa de la manera que cayeron estos elementos en su poder?

Qué dicen de Franco y los parlamentarios que se entendieron con éste?

Era posible sin haberse puesto antes de acuerdo, sorprender los restos de un ejército, en armas todavía, y que hasta se preparaba á tomar la ofensiva, cual llevo dicho anteriormente?

Los 400 cadáveres y cerca de 1,000 heridos que cayeron en el choque de ambos ejércitos, responden de la resolución firme por parte nuestra. Jamás Quito había presenciado un derramamiento de sangre igual al del 10 de Enero, pues, las anteriores revoluciones no tuvieron el desenlace terrible de ésta, dentro de los muros de la ciudad.

Cúlpese en todo caso de la trajedia, no á los que sostenían el orden establecido, sino á aquellos que forzaron el paso de la

Capital de la República, creyéndola abandonada por la ausencia del Dictador.

En aquella alborada, quedé convencida entre el despecho natural de una mala suerte, de que no en todos los sucesos humanos tiene la debilidad femenina la peor parte.

Sin las vacilaciones de algunos hombres, hubiérase visto quizá, en la Capital del Ecuador, el digno desenlace del drama del 10 de Enero, para el que no habría faltado tampoco á una mujer, la suficiente energía.



# CAPITULO QUINTO.

---

**La Prisión.—Conducta de los jesuitas.—Misión de Don Manuel Zaldumbide.—La Municipalidad convertida en cárcel.—Los pentaviros.—El Señor Pérez Pareja.—Traslación al cuartel de Policía.—Decretos oprobiosos contra los veintemillistas.—Persecuciones y castigos.—Los ministros Hamilton y Pierret. —El príncipe del Drago.—En el cautiverio.—Intrigas de Villavicencio.—Presagio.**

## I

Podré acaso bosquejar con entera serenidad de espíritu las amarguras de mi prisión?

Quiero llevar la mente después de algunos años, á la cárcel de paredes ennegrecidas, deshecho pavimento y aspecto el más

desagradable, que forma, sin embargo, el orgullo de mi vida.

Quiero penetrar nuevamente, con el recuerdo, allí, donde se condensan los dolores en un sólo suplicio: el de la esclavitud; donde hasta la muerte suele ser para algunos desdeñosa, pues se niega á cortar de un golpe, la cadena de sufrimientos morales y materiales, que como á mí, sabe atar á muchos, la cobardía de los hombres.

Dudo y no falta de razón, que alcance yo á describir las horas de pena atroz que se sucedieron en mi cárcel, sin verter una gota de hiel sobre los terroristas, y en desagravio de esa misma pena soportada con dignidad, sobrellevada ocho meses con creciente fortaleza de corazón.

No es tampoco una compasión tardía la que yo reclamo, por los instantes que pasé entre los muros de esa prisión abierta al infortunio. Busco la publicidad y nada más, de ciertos hechos que arrojan viva luz para formar la Historia, delineando los caracteres de algunos individuos que han ocupado

altos puestos en la República del Ecuador.

Por otra parte, descender á una lóbrega cárcel para encontrar en ella á una mujer que respiró el aire de momentánea soberanía; á la que cambió bruscamente, las suntuosidades de un palacio por las horribles miserias de un calabozo, es materia siempre digna de estudio para las almas no frívolas y que saben sacar enseñanza provechosa de los más serios contrastes de la vida.

## II

Como he dicho anteriormente, á falta de otro recurso, seguí á los Tulcaneños, quienes al saber la entrega del Palacio, nada quisieron escuchar, huyendo hasta encontrar á los jesuitas para pedirles amparo.

Parte del convento de estos sacerdotes, habíamos ocupado con el objeto de combatir dominando á nuestros enemigos; y de allí el por qué los Tulcaneños pronto encontraron á los que, inocentemente, llamaran sus salvadores.

—*Idos!*—fué la primera palabra pronunciada por los jesuitas al ver á los vencidos.

Pero, ¿ adónde podrían ir que no encontraran muerte cruel y degradante?—*Idos hacia la calle*—ordenáronles, faltando así, á los más sencillos principios de la conmiseración humana.

Los soldados prefirieron caer prisioneros en ese convento, á ser víctimas en la calle, como lo fueron algunos infelices dirpersos, en manos de los Restauradores.

Inútil es decir que yo no busqué salvación para mí sóla. Caí prisionera con trecientos soldados, en ese convento cuyo superior nos entregó, indiferente, si no complacido, á las victoriosas huestes.

Ví arrancar de mi lado uno á uno de aquellos servidores con la desesperación más grande, ignorando su destino en el poder de ese Landázuri su co–provinciano y que les odiaba de muerte.

Mis tias habían recibido una carta del Superior de los jesuitas, Padre San Vicente,

autorizándolas para refugiarse con toda la familia en su convento.

Durante el combate, esperaban poseídas de angustia horrible, que me condujesen mal herida ó muerta al claustro en que se albergaban. Su alegría pues, al verme sana y salva, aunque desgarrado el vestido por el paso de algunos proyectiles, fué inmensa en medio de una situación tan aflictiva.

¿Quién hubiera creído que esos muros no fueran para nosotros un asilo inviolable?

Mas, lejos de cumplir con la palabra empeñada, fuimos entregados al enemigo triunfante, sin que salvara uno sólo de los soldados, uno sólo de nuestros amigos.

Y no se diga que á los jesuitas podía faltarles un lugar seguro para determinado número de personas. Familias enteras se ocultaron en el mismo convento, sin que nadie lo sospechara.

Los mansos corderos sirvieron pues, la mejor presa á los lobos.

Gozáronse en entregar á los refugiados por adular á los vencedores.

El Padre San Vicente corría de un extremo á otro, sacando con engaño á los infelices que se escondían.

Este sacerdote estuvo, quizá como nunca, en esa mañana, á la altura de su jesuítico ministerio.

## III

En los primeros momentos no encontraron calabozos en donde sepultarnos: todos estaban llenos de presos veintemillistas. El Panóptico y hasta inmundas caballerizas, habían sido convertidas en prisiones; por lo que determinaron darnos momentáneamente, una pequeñísima habitación de la Municipalidad.

Consumada la ruina del gobierno de Veintemilla en la Capital, ahogado mi corazón en el vacío, prisionera y vencida, no pude resistir más tiempo al cansancio del cuerpo y del espíritu: un sueño profundo se apoderó de mí.

—¡Ah! si al menos este sueño se hubiera convertido en sueño eterno!—díjeme al despertar bajo una tristísima impresión.

Antes de abrir los ojos á la nueva vida, á la vida de la desgracia, ya mi mente abarcó de un sólo golpe, sus mortificaciones todas.

Huían los últimos apagados resplandores de la tarde. Presagiaba esa siniestra luz, que también para mí comenzaba tenebrosa noche, en la que, cual fantasma fugitivo, se perdía la querida ilusión de la victoria.

Yo deseaba la victoria, no por vana ambición, ni por los anhelos de un poder cuyas amarguras tánto había experimentado. Dios que ha infundido en mi alma sed insaciable de gloria, Dios fué testigo del móvil pátrio que me impulsaba.

Los vencedores mandaron bien pronto á intimarme el encarcelamiento.

Cuál sería mi asombro al ver que existía un hombre capaz de aceptar tal comisión!

El Señor Manuel Zaldumbide, antiguo empleado del Gobierno de Veintemilla, y á quien mi segundo padre había dispensado

siempre amistad y cordial estimación, se prestó á un acto tan censurable. A qué hablar de él? Este hecho dice demasiado; talvez más de lo que yo misma pudiera decir.

El Señor José María Lasso ofrecióme su carruaje para ser conducida á la cárcel que se me destinaba. Vacilé en aceptarle porque no todas cabíamos en él; pero debían ir mis tias conmigo y decidí marchar de cualquier modo.

Habiéndosenos ordenado partir, comenzamos esa primera jornada de nuestros sacrificios, haciendo el camino unas en el carruaje y otras á pié.

La guardia que nos conducía, aleccionada de antemano, gritaba imitando la algazara del pueblo y procuraba hacer el mayor estruendo, ya espantando los caballos del carruaje, ya sujetándolos de la brida, hasta obligarlos á escarcear en el aire.

Tan ridícula pantomima tenía por objeto ofrecer las apariencias de que á nuestro paso, se despertaba el odio popular.

Confieso que mi impaciencia inconteni-

ble tornábase á veces en irónica y nerviosa risa. Los esfuerzos de esos hombres y su mal éxito, manteníanme suspensa entre la indignación y el desprecio. En ese estado de ánimo, asomaba la cabeza por la ventanilla del coche, procurando ver si el pueblo nos seguía realmente.

Detenidos á cada paso en el camino, marchábamos con suma lentitud. Por fin llegamos á la Plaza Principal. Esperaba encontrarla llena de gente curiosa ó enemiga; empero, al verla solitaria y triste, al bajar del coche, no sé decir qué impresión se apoderó de mí. Parecíame que el pueblo con su ausencia nos daba una prueba de su respeto y sentí gratitud hacia él, que con ese hecho, me proporcionaba un triunfo sobre mis opresores.

Con manos trémulas, tomé violentamente por el brazo á los Señores Manuel Zaldumbide y creo que José María Lasso, é impulsándoles algunos pasos hacia el centro de la Plaza, exclamé: —¿dónde está la re-

probación? ¿dónde el odio? ¿es éste el pueblo que grita contra la Dictadura?

Algunos distinguidos personages ofreciéronme el brazo para acompañarme hasta la cárcel.

Después de mirarles uno á uno y con lentitud,—Acepto el brazo del que fué gratuito enemigo—les dije, tomando el que me efrecía el Sr. Rafael Pérez Pareja.

## IV.

Penetramos en la Casa Municipal.

Al llegar á mi ençierro, parecióme una tumba ese rincón aislado. Nuestro lecho reducíase á las revueltas baldosas del pavimento. Una vela de sebo, colocada en el hueco de un ladrillo, completaba el mobiliario de esa mansión lóbrega y desaseada como la conciencia de nuestros encarceladores.

Mas, no estaba yo sóla en medio de tanta tristeza.

Bien caro pagó mi familia el deseo de no

alejarse mucho del teatro de los anteriores sucesos. Después de haberme reunido con ella, mis opresores no llevaron su crueldad hasta el extremo de separarnos.

Su compañía fué un lenitivo para mis sufrimientos.

Inconsolables en nuestra pena, sentíamos sin embargo, la necesidad de prodigarnos consuelos cuya eficacia por cierto, cada una estaba lejos de sentir.

La intensidad de nuestro dolor consistía en las circustancias difíciles en que se había colocado Veintemilla por mi derrota.

Sólo estaba en Guayaquil con escasísimas fuerzas, al paso que adueñados del Interior los conservadores terroristas, y esplotando nuevamente la ignorancia de los pueblos, ponían en pié de guerra un ejército de siete mil hombres.

Comenzó por tanto para nosotros, una vida angustiosa.

La guardia que destinaron para custodiarnos fué el "Escuadrón Sagrado" compues-

to de algunos exaltados jóvenes radicales de Ambato y entusiastas por el improvisado General Sarasti.

Al mirarme aquellos jóvenes, manifestaronme su simpatía con respetuoso silencio. Quizá encontraron muy equivocados los conceptos con que mis enemigos políticos habían querido desfigurarme, y cada uno de ellos, se empeñaba en disculparse de la guerra que me habían hecho sin conocerme.

Pocos dias duró esta guardia decente. Notando mis opresores su tratamiento afectuoso, ordenaron el relevo del Escuadrón. Cuanto sentimos su ausencia! Cada uno de esos jóvenes se despidió con visibles muestras de enternecimiento.

La nueva guardia se componía de estudiantes universitarios, á los que se les exijió custodiarnos, so pena de perder el año escolar si no lo hacían.

## V.

Entretanto, necesitaba cambiar de ropas. Era imposible permanecer más tiempo con

el traje raído y enlodado por la doble tempestad del cielo y del combate. El calzado y el ruedo de mi vestido, estaban impregnados de barro seco, lo cual era sumamente desagradable para mí. No obstante, así tuve que permanecer algunos dias.

Por fin hice llamar á los Señores José Alvarez y Fernando Pérez, Intendente de Policía el último, para que con el objeto de procurarme una ropa mejor, permitieran salir de la prisión á la Señorita Dolores Jaramillo y Barea, compañera mia, inseparable, desde la infancia, en la felicidad y en la desgracia, siéndolo también hoy en el ostracismo. Pero no tenía dinero alguno. El saqueo de nuestra casa había sido escandaloso después de mi derrota, y hallábame en la indigencia.

En la Capital y hasta en lejanas provincias se vieron entre particulares afiliados á la revolución, vestidos y otros objetos mios de valor, que hubieran podido aliviarme en la prisión, de una pobreza tan amarga.

Vano sería hablar de las grandes pérdidas

que sufrimos. Debo sí decir, que ellas no se repararán jamás, al consistir no solo en dinero, sino en objetos ricos de familia, trasmitidos de generación en generación.

Bastante altiva para no aceptar la mortificante generosidad de personas que nos enviaban regalos y magníficas comidas, me negué á recibir favor alguno, prefiriendo el sacrificio de antiguas protegidas nuestras, que expontáneamente nos servían. Cuánto sufrieron! Eran víctimas de insultos, de groseras bromas y hasta de culatazos. Ah! cuando veía sus rostros bañados en lágrimas, cuando sonriendo entre el dolor y el consuelo de vernos, repartían á cada una el escaso alimento que podían proporcionarnos, entonces mezclábamos el llanto con el ingrato sustento de esa vida.

Pedí al Sr. Fernando Pérez que acompañara á la Señorita Dolores Jaramillo, en la comisión de traerme ropa, sin imaginar el momento desagradable que esperaba á este caballero á su regreso.

En esos dias relevóse la guardia de uni-

versitarios con un batallón de Cuenca. Su jefe era el Sr. Antonio Vega.

Gastaba éste, pomposos aires de jefe que descubrían su íntima satisfacción de serlo sin merecimiento alguno.

Probablemente, para demostrar su bizarría alguacilesca, dió orden de que fueran registrados escrupulosamente los objetos que se me llevaban y las personas encargadas de conducirlos. Gracias á las súplicas del Sr. Fernando Pérez, tal orden no se llevó á cabo.

Con todo, no pude contenerme. Dirijiéndome á Vega, arrojé desde la puerta uno de los vestidos que acababa de recibir, diciéndole: he ahí algo más digno de ser llevado por Ud.!

## VI.

Al cambiar de traje se pudo ver con minuciosidad, en el que llevara anteriormente, las huellas del combate, pues los pliegues inferiores de aquel, habían sido atravesados por las balas. Era una túnica de paño negro.

Acaso al conservarla he incurrido en una puerilidad? No lo creo; ese idioma mudo de los objetos encierra á veces, la elocuencia más grande de los hechos.

Honda fué mi impresión al notar sobre la tela el caprichoso paso de los proyectiles. Los recuerdos vinieron en tropel á mi memoria. Cuántos murieron al lado mio! cuántos á la caída del sol, habían exhalado á mis piés el último suspiro, dando contra el suelo sus frentes varoniles, despreciando el dolor y la muerte! Mutilados, teñidos en sangre y asiendo todavía sus fusiles, contemplaban algunos sus abiertas heridas, y otros con apagado acento alcanzaban á rogarme que contara sus nombres á *su querido General* entre los valientes sacrificados en su servicio.

No conoce el dolor, quien no ha asistido á tales escenas.

Soldados hubo, que, heridos, seguían siempre á mi lado.—Hijos mios—decíales—id á curaros y quedaré contenta. —No; por na-

da, contestábanme; —moriremos á su lado. Cayeron así, varios, prisioneros conmigo.

## VII.

La Junta de Gobierno formada en Quito por nuestros enemigos triunfantes, se componía de los Señores Rafael Pérez Pareja, Luis Cordero, José María Sarasti, Agustín Guerrero y Pedro Lizarzaburu.

Llegó á conocimiento de ese recién formado Pentavirato, que yo tenía un revólver; revólver que llevé durante el combate en el bolsillo, decidida únicamente á defenderme con él.

¿No comprendía yo, acaso, lo que significa caer vencida en manos de una soldadesca ebria, desenfrenada y ensoberbecida con la victoria? Pensé naturalmente, que esa arma podía salvarme en caso necesario, de la ignominia.

No destinaba pues, sus proyectiles, para mis enemigos, como se ha pretendido, sino para mí misma, si así lo hubieran demandado las circunstancias.

Una noche, con mucho ruido y aparato, presentóse en mi prisión, Antonio Vega.

—Vengo, dijo,—en comisión del General Salazar, para que se registre la prisión, hasta encontrar el revólver que tiene la Señora Marietta.

Sonreí sin responderle, y dirijiéndome luego, á la comitiva

—Ejecuten esa orden, dije;—puedo ayudarles.

Aparentando seguirles en la requisa del arma sospechosa, puse en completo desorden los pocos objetos de que disponía, á fin de desorientarles. Pasaron y repasaron mil veces, delante de un saquito que contenía el célebre revólver, y cuantas veces se aproximaban á él, procuraba distraerles enseñándoles con precipitación otros objetos y tratando de probarles que tal arma no existía.

Por fin, siendo infructuoso el registro, salieron avergonzados. Recuerdo que al partir, algunos de ellos, pedíanme escusas por la molestia.

Calculé que Vega y los suyos hubieran

llegado hasta la calle para obligar á mi vez, á la guardia á que les hicieran regresar.

Cuando se hallaron de nuevo en mi presencia, me dirijí á Vega con sarcasmo.

—He aquí el revólver,—le dije,—agitándole en la mano.—Temía acaso Salazar que le matara con él? Que duerma tranquilo; su vida no me pertenece; los acreedores de ella son los deudos de sus víctimas inmoladas.

## VIII.

Volvamos á los hijos de Cuenca, que como llevo advertido, montaban la guardia.

Si bien no se atrevieron á inferirnos agravio determinado, habríase dicho que querían herirnos con lo duro de su ceño.

Reconocí entonces en mí, una energía que yo misma no había sospechado. Sentíme con fuerzas para arrostrar las mayores contrariedades.

Por qué en ciertas almas la desgracia infunde valor, como magnanimidad el poder?

Recuerdo que un dia llevaron á Palacio

á un pobre negro que había proferido palabras hirientes contra el Gobierno. Una vez en mi presencia le pregunté:

—Qué ha dicho Usted?

—Que no necesito del Gobierno para nada—contestóme con énfasis.

Una sonrisa compasiva inspiróme su respuesta.

Todos creyeron que sería víctima de un castigo inmediato, y no faltaron áulicos que pidieran su prisión. Empero, yo me limité á despedirle diciéndole

—Más humildad y menos arrogancia con quien puede humillarle aunque no quiere.

No puedo sin embargo, confundir á todos los de Cuenca, con cuatro brutales agentes del despotismo. Se propusieron éstos hacerme los honores de General temible, desplegando la actividad y lujo de precauciones que se tomarían contra un hombre cuyas fuerzas pudieran derribarles.

Llegada la hora de descanso, daban principio á la tarea de atormentar nuestro sueño, y sin temor al ridículo, colocaban en el

corredor próximo á la prisión, hasta veinte centinelas; en la puerta de la misma seis, y para colmo de mengua, desde los que se llamaban caballeros, hasta el último de sus compañeros de facción, daban el alerta insultando el silencio de alta noche, cada cuar to de hora. *Centinela alerta, uno, dos, tres,* hasta veinte!

Esos gritos desaforados parecían más que alertas de centinelas, articulaciones de salvages. Su ánimo era no dejarnos reposo un sólo instante.

Cuando comprendí que estas crueles vigilias aumentaban las dolencias de mis queridas compañeras de cautividad, tuve serios cuidados y desde aquel momento comencé á sentir el verdadero peso de mi situación.

Justo es hacer mención de aquellos que, en general, se distinguieron con nosotros por la nobleza de sus sentimientos.

El Señor Rafael Pérez Pareja, miembro del Pentavirato, enemigo franco de la causa liberal, diónos en la prisión, pruebas mil de lo que vale un hombre decente en el poder.

Las más rigurosas medidas contra nosotros hallaban en él oposición tenaz, pudiendo aplacar apenas, la cobarde furia de sus colegas.

Así evitó este caballero el que se me formara un concejo de guerra por los sucesos del 10 de Enero, de que se me hacía responsable en "Los Principios" periódico semioficial de la época, y que servía las inspiraciones del terrorismo.

El Doctor José Alvarez y su hermano Emilio, también, con influencias de familia ante ese Gobierno, procuraron atenuar nuestra situación aflictiva.

Poco obtuvieron; mas, no por esto son menos estimables sus generosos esfuerzos.

El Señor Fernando Pérez, sobrino de D. Rafael, llevó la generosidad hasta poner en peligro su existencia, pretendiendo contener el monstruoso saqueo de nuestra casa por las tropas ebrias y desenfrenadas que se llamaban Restauradoras. Una descarga cerrada de fusil fué la contestación á sus nobles deseos.

Más tarde tendré ocasión de hacer conocer otros nombres que igualmente son de grato recuerdo para mí.

## IX.

Una noche, rendida por el cansancio que me producía la continua agitación del espíritu, recostada sobre un mal jergón estendido en el suelo, había logrado conciliar el sueño.

Desperté sobresaltada al ruido de armas, de voces y pasos que se acercaban. Abrí los ojos y ví un hombre alto y de grosero aspecto. Llamábanle *el Coronel Mejía.* Al entrar en mi calabozo dijo á los soldados que le acompañaban:

—Desenvainen las espadas y entren!

Contra qué atleta invencible se prepara este hombre?—hubiera dicho cualquiera al verlo sable en mano, y al oirle preguntar con voz de trueno:

—Dónde está la prisionera?

Pero, notando mi silencio volvió á gritar—digo, la presa principal, dónde está?

Seguí inmóvil, impasible, con la mirada como distraída en el espacio. Mi actitud le indignó, y acercándose con aire amenazador, me dijo en alta voz:

—Levántese Usted! y blandiendo la hoja de su espada repitió—Levántese le digo!

Seguí no obstante, en la misma actitud.

Ebrio de licor y de ira, avanzó para descargar sobre mi cabeza el filo de su sable; pero, no le concedí ni entonces, el honor de una mirada.......... Morir! Qué era morir para mí después de verme en la imposibilidad de rechazar tales infamias?

El joven Alberto Aguirre y Polanco, se interpuso entre el verdugo y la víctima. Con todas sus fuerzas, el joven, apenas si podía contenerle. Comprendiendo que él podía ser el sacrificado, abandoné mi quietud y mi silencio.

No sé qué gesto, qué ademán hice, qué voz lancé al apostrofarle así:

—Miserable! salga Usted!

Sólo sé decir que un acceso de indignación espantosa se apoderó de mí. Advetí

que ese hombre me miraba con sorpresa y en seguida se alejó bruscamente. Pero no había aun atravesado el umbral de la puerta, cuando regresó para decirme:

—Heroína ecuatoriana, duerma Usted tranquila. Y para colmo de originalidad y contraste, encargó á la guardia con las más halagadoras palabras, que fuera deferente conmigo.

## X.

Las visitas infalibles é importunas de las tres á las cuatro de la mañana, tenían por objeto investigar si yo podía huir de la prisión; lo cual no habría sido posible sino filtrándome por la techumbre ó por los muros de piedra, desvaneciéndome como las hadas que dejan maravillados á los niños con su fantástica desaparición en los cuentos.

Después de aquella extraordinaria, visita resolví no callar jamás ante las impertinencias de mis adversarios, ya que éstos no comprendían el desprecio que guarda un obstinado silencio. Creí necesario también, no

conciliar el sueño sino por la mañana, evitando de este modo, que tuvieran la hiriente audacia de repetirme otra vez: *Levánte-se Usted!*

Qué amarga transición! Del sueño sereno de otros tiempos, á los insomnios de la esclavitud; del silencio, de la moderación á las exaltaciones de la altivez, y hasta de la suavidad del trato, á la aspereza de la voz, el gesto y la palabra.

Cuando meditaba á sólas conmigo misma, sorprendíame de cómo podía amoldarme á esa vida de diarias luchas, de contrariedades sin número, de despecho y de amargura incesantes.

Pocos dias después, recibí la visita del Coronel Gálvez, el parlamentario del 9 de Enero.

Como se recordará por las relaciones anteriores, yo salvé la vida de este jefe.

Si he de decir verdad, no dejó de halagarme la efusión y gratitud con que recordaba los sucesos del dia aquel en que estuvo

á punto de morir á manos de nuestros soldados.

Mientras todos le escuchaban complacidos, el jefe de la guardia, Rivadeneira y Ponce, hombre nulo y de sentimientos groseros, trató de desairar á Gálvez obligándole á salir; pero, como á éste no le faltara valor, supo resistir á las pretensiones de Rivadeneira hasta humillarle.

## XI.

Un mes había trascurrido. Los Pentaviros encontraron suntuoso el miserable tabuco destinado para mi cárcel.

Los Señores José María Sarasti, Agustín Guerrero, Pedro Lizarzaburu, llamado el *cruel* por García Moreno, Ezequiel Landázuri, Francisco Javier Salazar y Ramón Aguirre, se constituyeron en mis verdugos, y en verdugos de mi familia.

Dispusieron que nos trasladasen á un inmundo calabozo de la Policía de donde desalojaron la víspera, á algunos de los mercenarios más inmundos todavía, cubiertos de

harapos y enganchados por ellos en su campaña.

El 10 de Enero, encerraron también allí, á varios prisioneros encadenados entre sí, de los cuales muchos murieron después, de hambre, en el Panóptico.

El edificio de la Policía cuyo aspecto vetusto y sombrío, recuerda el de las antiguas fortalezas destinadas á ser la tumba de la libertad humana, es en Quito el lugar donde se guarda á los criminales comunes.

De entre esos viejos muros, veíanse sobresalir las rejas de pequeñas ventanas, hechas para dar luz al que allí dentro se agita y desespera, dando al aire juramentos inútiles de venganza.

Allí se juzgan las pendencias, las reyertas y los delitos que se cometen en la ciudad. Precisamente fijaron nuestra morada en un rincón vecino á aquel antro de delincuentes, donde se respiraba el aire emponzoñado por la continua relación de hechos indignos.

De la Municipalidad, en donde estába-

mos, á la Policía, donde debíamos ir, había cinco ó seis largas calles que atravesar.

Esta segunda etapa de nuestro cautiverio, la hicimos todas á pié.

La muchedumbre seguía paso á paso nuestra marcha á través de las calles, y, cosa extraña, aunque el populacho que sigue el carro del vencedor, deprime al vencido, ni una voz, ni una palabra se desprendió para injuriarnos.

Dificilmente podrá verse más magestad en el infortunio, ni silencio tampoco más significativo. Interrumpida tan solo por el paso atropellado de la multitud, semejábase nuestra traslación á una marcha fúnebre.

Cuántas veces el mutismo de los pueblos, es la elocuente condenación de los Gobiernos!

La gratitud aligeró mi espíritu, y me sentí un momento feliz en medio de la desgracia.

Mis opresores no habían comprendido que al ordenar recorriéramos las calles, podían recibir un vergonzoso mentís al pretexto de que se sirvieron para aprisionar-

me; pues á varias personas y á algunos diplomáticos que en nombre de la civilización y la moral pidieron mi libertad y la de mi familia, se les contestó *que nos guardaban contra el odio del pueblo.*

Recuerdo que mientras duró el camino, llevaba la frente erguida como para dominar la multitud, pues mi anhelo era ver al pueblo y ser vista por él.

El triunfo moral obtenido por el vencido, es mil veces más difícil, más glorioso que el triunfo del vencedor sobre el ejército más disciplinado y aguerrido. Sentíame por lo tanto, orgullosa y hasta feliz.

Lentamente, llegamos á las puertas de la Policía.

Desesperando mis opresores de no ver realizada alguna manifestación hostil contra nosotros, aleccionaron á uno de los jóvenes de su círculo, creo que Guarderas y Lasso, que gritó, *Viva la moderación del pueblo quiteño*; mas, no tuvo eco su entusiasmo, y su voz ni la contestaron.

Ante un empeño tan tenaz, no pude, no

quise callar. A la entrada de la Policía elévase una pequeña grada, subí á ella y desde allí les dije:

—El pueblo es moderado cuando no tiene víctimas que vengar. *¿Es hoy acaso el 2 de Octubre de 1875?*

## XII.

Justo es esplicar por qué enrostré á mis adversarios esa memorable fecha.

Después del asesinato de García Moreno, como se habrá visto en el primer capítulo, quedaron dominando sus principios y sus hombres. Podía decirse que en política, García Moreno sobrevivió algún tiempo, si bien se notaba la ausencia de su talento y de su ilustración.

En efecto, la historia de los últimos tiempos atestigua que salvo el paréntesis de la administración Veintemilla, el alma de García Moreno ha seguido y sigue gobernando el Ecuador.

Pocas veces se ha visto en Quito un movimiento más expontáneo que el que tuvo

lugar el 2 de Octubre de 1875, dia de la caída de los terroristas.

El temor de ser parcial é injusta en la relación de los hechos, ó en mis apreciaciones, me obliga á omitir ciertos sucesos y á palidecer la expresión con que debiera pintar el entusiasmo del pueblo quiteño, llevado hasta el delirio en aquella fecha.

—*Abajo los Salazares!* fué el grito unánime que se lanzó en la Capital, y no hubo remedio: los Salazares cayeron.

El General Francisco Javier Salazar, pálido y tembloroso, salió de Palacio. El pueblo le esperaba con intención de sacrificarle; mas, como para derrocar la tiranía habíanse confundido con la multitud, jóvenes distinguidos como los Valdivieso, José Fernández de Madrid, los Gangotena y otros, Salazar pidióles auxilio, y fuertemente asido del brazo del Sr. Domingo Gangotena y Alvarez, pudo salvarse de la furia popular, asilándose en la casa de un diplomático.

En tanto, las hijas de este General, asómanse á las ventanas de su casa, ansiosas

de ver llegar á su Padre; pero el pueblo al verlas se exaspera, les arroja piedras entre furiosos gritos, y las obliga á huir y refugiarse en ageno domicilio.

Así cayeron los Salazares el 2 de Octubre de 1875.

Cuánta diferencia en las manifestaciones de un mismo pueblo, y en la caída de dos gobiernos!

## XIII.

Las personas que iban conmigo, no cesaban de aconsejarme prudencia, con suplicante voz; empero, nada podía escuchar que no fuera el grito de mi alma justamente indignada.

Qué elevada es la gratitud que el pueblo inspira, á quien alguna vez, en solemnes momentos, ha sido objeto de su consideración respetuosa!

Cuando iba á traspasar el dintel del edificio, contemplé á la muchedumbre con la frente serena. Pues qué! ¿había allí alguien que tuviera alguna ofensa que vengar? Exis-

tía acaso, una madre, un padre, un hijo, un hermano, cuya voz reclamara á Veintemilla una sóla víctima? Nó! bien lo sabía el pueblo.

Y si la tiranía presintiera el término fatal de sus abusos, si tuviera presente el dia que el Destino le señala para la espiación de crímenes sin nombre, se guardaría muy bien de verter una gota de sangre y de pisotear sin escrúpulo alguno, los derechos de la humanidad.

Penetramos al calabozo. Cuando me ví entre sus espesos muros, me impresioné tristemente. Cuánto sufrimiento, dije, cuántas amarguras me esperan en esta desierta mansión!

Parecíame ver las sombras de los que en el dia de mi derrota, cargados de cadenas, habían consagrado, quizá allí mismo, sus últimos recuerdos á la que constituida en su jefe, juróles seguir su suerte y lo cumplió.

Como se hunde en el mar el sol resplandeciente, así se sepultó mi última esperanza en la lobreguez del calabozo, en aquella

noche satánica, mil veces más cruel que la de mi derrota. Entonces aún era dado llamar escitación momentánea, encarnizamiento guerrero á la saña de mis enemigos políticos; en tanto que esta segunda parte era la crueldad premeditada y fria de hombres sin alma y sin pudor ninguno.

Para hacerme sufrir no se omitió recurso.

En esa noche separaron de mi lado á mi compañera querida la Señorita Dolores Jaramillo, para darle una prisión distinta, donde permaneció cuatro meses. Encargóse de esta comisión el Sr. Coronel Ramón Aguirre con la crueldad propia de su carácter.

## XIV.

Enérgica para el dolor, resuelta y sin temor alguno ante el sacrificio, sentíame, sin embargo, desfallecer ante la repugnancia que me inspiraba lo inmundo de aquel antro.

Recuerdo que en noche tan triste, la primera en el nuevo calabozo, busqué muy lejos del mundo la fuerza y el valor que po-

dían faltarme en esa nueva faz de mis desgracias.

Mis cansados ojos distinguieron al fin, la débil claridad del dia por entre la enrejada ventana de mi prisión; luz apagada y triste que fué compañera querida, húesped matina tan anhelado durante las pesadas horas del insomnio.

Desconfiando todavía mis opresores de los cuencanos que nos habían custodiado en la Municipalidad, ordenaron que dos batallones de su entera confianza nos vigilaran en adelante.

Sin consideración alguna, mandaron también, que los centinelas de vista no se limitaran sólo á velarme desde lejos, sino que penetrando en ese miserable albergue, recojiesen mis palabras y espiasen el más pequeño de mis ademanes.

Á más de dos centinelas, completaban tal cuerpo de espionage, dos sargentos, dos cabos de retén y un subteniente, vigilados por celadores de policía, los que también se relevaban, siendo á su vez observados por

otros espías, agentes de policía secreta. Cien hombres que guardaban el edificio completaban esta guardia digna de un Fierabrás ú otro gigante como ese.

Y sin embargo, aquellos pobres hombres, forzados guardianes, en medio de su natural ordinariez, manifestaban tener un corazón más recto que el de sus amos.

Cumplían con su deber, ahorrándonos cuantas molestias podían á espaldas de los verdugos.

Es tan grato encontrar nobleza de alma en los que menos se espera, por la inferioridad de su condición! Los guardias, soldados rasos, pidieron se les eximiera de gritar el alerta con que atormentaron nuestro sueño, el improvisado Vega y sus caballeros de Cuenca.

## XV.

Al siguiente dia fué dada la orden de que todo el que quisiese verme, penetrase con libertad completa hasta cerca de las puertas de mi calabozo.

A las doce del dia agitábanse grupos de hombres del pueblo y soldados, exijiendo ansiosos que me presentara á su vista.

Ignoraba la impresión que les causaría mi presencia. Tomé no obstante, el partido de acceder á sus deseos mostrándome á ellos con afabilidad.

Entre asombrados y risueños, prorrumpieron todos los que no me conocían, en un ¡ah! bastante cómico.

—*Qué jovencita!* decían unos, y otros dejaban oir análogas exclamaciones.

Provenían sus lisonjeras frases de la sorpresa que les causara al conocerme, el contraste entre la realidad y la creación caprichosa de su fantasía. Habíanme visto, esos —forasteros la mayor parte,—en su mente, como una mujer de colosal estatura, de complexión y fisonomía viriles, de adusto ceño y por añadidura, vieja.

Natural es que al encontrarme joven de veinte y tres años y distinta del grosero retrato que se forjaron antes, experimenta-

sen después, una sorpresa que contribuyó á ganarme sus simpatías.

Pasado un momento, descubriéronse todos para saludarme.

No sospecharon los opresores que sus órdenes dadas para abrir ancho camino á las ofensas populares, se tornarían en motivos de censura de su conducta, aun entre muchos de sus servidores.

Renovábanse diariamente las demostraciones con que me favorecían cuantos llegaban á verme. Hombres y mujeres despedíanse de mí con aire taciturno y moviendo ligeramente la cabeza, como si obedecieran al impulso de una reflexión triste.

El sentimiento general que inspiraba mi infortunio, era el más dulce alimento para mi espíritu y seré franca: el más dulce incentivo también de mi amor propio. En esos instantes sentíame feliz bajo el sombrío techo que me abrigaba.

## XVI.

La persecución contra los veintemillistas.

fué tan activa y cruel, que ni en los tiempos de García Moreno se expidieron decretos semejantes á los que dictaron los Pentaviros y mandarines de segunda clase.

Al siguiente dia del combate, un decreto disponía que cuanto dinero se encontrara en los Bancos ó en poder de particulares con el nombre de Veintemilla, fuera de hombre ó de mujer, se secuestrara en el acto. Así quedaron perdidos todos nuestros bienes patrimoniales.

No bastándoles aun, expidieron un nuevo, original decreto, para que los veintemillistas devolvieran los sueldos que habían percibido en todo el tiempo de la Dictadura.

Por no parecer exajerada en mis inculpaciones, no quiero relacionar los excesos mil cometidos á la sombra de ese decreto infame.

So pretexto de su ejecución, llenáronse las prisiones. Hombres tan distinguidos como el Doctor Ascencio Gándara, los Valdivieso, los Larrea, los Enríquez, Domingo Gangotena, los Ordóñez, el Doctor Arbo-

leda y en fin, tantos y tantos otros, padecieron esa persecución insultante.

Los Generales Echeverría, Rendón y Barriga; los Coroneles Fiallos, Ortega, Morales y Grijalva, con gran número de subalternos, sufrieron prisión por muchos meses.

El primer médico de la Capital Doctor Ascencio Gándara, pagó su nobleza y su valor con el más duro encarcelamiento, hasta que fué conducido á su hogar casi moribundo.

El Comandante Molineros estuvo preso durante dos años, y los infelices subalternos que habían ganado un sueldo para sustentar á sus esposas é hijos, fueron puestos en prisión mientras no devolvieron el dinero haciendo mil sacrificios.

El Comandante Manuel Fernández tras larguísimo encierro, y no teniendo un centavo que devolver al Gobierno, envió al Pentavirato sus siete hijos, como su único patrimonio, haciendo decir á esos niños, que se habían alimentado con los sueldos que se le exijían al padre.

Un año después, y cuando podía haberse amortiguado el odio, los terroristas desde el seno de las cámaras, lanzaron el siguiente documento sancionando los atropellos del Pentavirato:

La Convención Nacional del Ecuador,
Considerando:

1.º Que la impunidad ha causado la repetición de los atentados contra la Constitución y las leyes;

2.º Que don Ignacio de Veintemilla no habría llevado á cima el escandaloso golpe de Estado de 26 de Marzo de 1882, á no contar con los funcionarios públicos y los jefes y oficiales del ejército; y

3.º Que es necesario evitar se multipliquen tan odiosos crímenes sociales,

Decreta:

Art. 1.º Se aprueban y extienden á toda la República los decretos Ejecutivos de 31 de Enero y 7 de Febrero de 1883 sobre devolución de sueldos, y el de 3 de Febrero que borra del escalafón militar á los jefes y oficiales cómplices de la Dictadura, así como la circular de 9 del mismo mes.

Declárase también vigente en toda la República el decreto Ejecutivo de 1.º de Febrero del mismo año que hace responsables de perjuicios en las propiedades particulares á los sostenedores de la Dictadura que los hubieren ocasionado.

Lo dispuesto en este artículo comprende al ex-Dictador Veintemilla.

Art. 2.° Además de los funcionarios públicos designados en los antedichos decretos, devolverán los sueldos todos los empleados de Aduana, Interventores de Tesorería, Capitanes de Puerto, Comandantes y Ayudantes de Resguardo.

Art. 3.° El artículo 2.° del decreto de 7 de Febrero expedido por el mismo Gobierno queda modificado en estos términos:

Las personas de que hablan el artículo anterior y el 1.° del decreto de 31 de Enero último, no podrán vender, donar ni hipotecar sus bienes, ni los Escribanos autorizar escrituras relativas á estos contratos, hasta que restituyan los sueldos, salvo que el acreedor, comprador ó donatario, reconozca el crédito nacional.

Art. 4.° Quedan esceptuados de las disposiciones anteriores los que se encuentren en imposibilidad de sustituir los sueldos, por carecer absolutamente de bienes de fortuna ó no tener más de lo necesario para sustentar la vida.

Art. 5.° Esta escepción se propondrá conforme al art. 1,162 del Código de Enjuiciamentos civiles.

Art. 6.° Deducida la escepción se remitirá el proceso á un juez de primera instancia, el cual, oído el recuadador dentro de segundo día, resolverá la causa verbal ó sumariamente.

Art. 7.° Del auto que se pronuncie en

este juicio, no habrá más recurso que el de queja.

Art. 8.° Si el funcionario público fuere vencido, volverán los autos al recaudador para que continúe el juicio de jurisdicción coactivo.

Art. 9.° El deudor hará uso de papel simple, y no se le exijirán derechos judiciales; mas, si fueren desechadas sus escepciones, pagará así el valor del papel sellado respectivo como las costas procesales.

Art. 10.° El Gobierno mandará juzgar criminalmente á los sindicados de fraude en el manejo de rentas públicas y de infracciones comunes cometidas durante la última campaña.

Art. 11.° Los Jueces Letrados son competentes para conocer de las causas á que se refiere el artículo precedente, sea cual fuere el carácter ó título con que hayan procedido los autores de dichas infracciones. Lo cual no obsta á que el jurado intervenga en las causas que según la ley son de su competencia.

Dado en Quito Capital de la República á 13 de Marzo de 1884—El Presidente, General Francisco Javier Salazar—El diputado Secretario José María Flor de las Banderas—El diputado Aparicio Rivadeneira.

Palacio de Gobierno en Quito, á 24 de Marzo de 1884—Ejecútese—José María Placido Caamaño—El Ministro de Hacienda Vicente Lucio Salazar."

Es copia de la Colección de Leyes y Decretos de la Convención de 1883.

¿No era esta, pues, una Convención de hienas?

Difícil es concebir una época de mayor crueldad, miseria y cobardía.

## XVII.

Una noche se arma espantoso ruido. La guardia se pone en movimiento, los centinelas gritan *atrás*, golpeando los fusiles contra el suelo, los oficiales acuden azorados y entre la multitud se destaca un hombre que avanza apesar de la resistencia que le oponían. No hay obstáculo á su paso; forzando la guardia llega hasta abocarse á los guardianes de mi calabozo.

Un sólo hombre podía ser contenido fácilmente por muchos; pero, alentados los mandarines con la esperanza de que gastara sus brios contra mí en insultos y amenazas, hicieron que se le franqueara el paso, después de una ligera pantomima.

El que así entraba era el Comandante Montenegro, natural de Pasto. De valor varias veces probado, sus medallas eran las

cicatrices de su rostro, y como si esto no fuera bastante, le faltaba un ojo, y no recuerdo si también un brazo. El arrojo de este hombre llegaba á trocarse á veces, en indómita fiereza á los impulsos del alcohol.

Llevaba un puñal en la cintura, como acostumbran sus compañeros de proezas, y aunque estaba ebrio, conservaba la conciencia de sus actos y de sus palabras.

Cuando yo menos lo imaginaba, pasó sobre todos, viniendo á sorprenderme con su presencia.

Antes de que hablara la segunda edición del Mejía de que me ocupé anteriormente, me armé de esta frase irónica como único recurso contra la brutalidad de Montenegro:

—Busca usted aquí un hombre con quien batirse?

Me escuchó contemplándome con atonía y se dutuvo.

—Vengo á visitar y conocer á la heroína —me dijo; á lo que respondí:

—Me alegraría más su visita, si no fuera impropio de un jefe como usted, atropellar

la guardia. ¿No encuentra usted mejor volver mañana, pacíficamente?

No es del todo malo el hombre que se deja estimular para el bien.

Aquel de quien se esperaba vejámenes é insultos contra una prisionera, llegó hata enternecerse.

Quizá era la primera vez que se mostraba dócil ante la debilidad.

—Tiene usted razón; yo volveré á visitarla como debo, como usted merece,—me dijo,–y, seguidamente, se retiró prodigándome espresiones de afecto tanto más sinceras cuanto no eran inspiradas por el temor.

Salió indignado contra los que oprimían á la mujer cautiva. Colombiano como era, decía entre gritos y amenazas:

—*Ojalá ella hubiera nacido en Colombia. De qué distinto modo la tratarian!*

Y fué tal su contradictorio arrebato después de esta escena, que desenvainó un puñal y trazando con él círculos en el aire, llegó á herir á dos soldados que avanzaban para sujetarlo. Condujéronle por fin á la

Prevención, cambiando la falsa resistencia del principio, en verdadera alarma por su actitud.

## XVIII.

La orden más cruel que dictó el Gobierno de la revolución triunfante, fué la de asesinar á todos los prisioneros, desde nosotras hasta el último de nuestros servidores, si se efectuaba en la ciudad un movimiento de reacción Veintemillista.

En la Municipalidad ya habíamos recibido avisos. El joven González Verdugo y otros manifestáronnos sus temores.

Los comandantes de guardia sufrieron la espectativa de aquella hecatombe y diéronnos angustiosamente, noticia de las órdenes recibidas.

Los veintemillistas temblaron de indignación y de horror ante la idea de que la cautividad fuera un precursor de muerte para los prisioneros y de que sus cárceles se convirtieran en sepulcros, reproduciéndose así, las escenas ocurridas con Salinas, Quiro-

ga y demás mártires de la Independencia.

Esta idea absorbióles hasta paralizar completamente toda idea de reacción en Quito. Temían que en caso dado, hubiese militar capaz de realizar un crimen semejante, y no se engañaban.

El Comandante Medina penetraba á nuestro aposento en los relevos de guardia, y después de contar las presas y entregarlas, preguntaba:

—¿Cuál ha muerto?

—Yo;—contestábale siempre, con laconismo, á tan siniestra pregunta.

Gustábale amenizar sus conversaciones con esta notificación de muerte:

—Las quiero y las estimo mucho, pero á mi pesar tendría que fusilarlas en cumplimiento de las órdenes recibidas.

En cambio, hubo militares como Noboa, Segura, Vergara y otros, que nos ofrecían sacrificarse en nuestra defensa.

## XIX.

En uno de los ángulos de nuestro cala-

bozo, levantábase á corta altura, una pequeña ventana por la que recibíamos una pálida y amortiguada claridad.

No sin arrostrar peligros en un principio, nuestros correligionarios limitáronse tan sólo á pasar y repasar delante de la prisión, espiando el momento en que pudieran verme asomada por los barrotes, para revelarme en la expresión de su semblante, la situación de Veintemilla en Guayaquil.

¿Compréndese cuánto halaga al prisionero el estrecho marco por donde recibe luz y á veces esperanzas? Esta ventana permitióme ver rostros amigos, fisonomías cuyo dolor era, en medio de todo, un dulce consuelo. Así es como puede alimentarse un corazón de lágrimas agenas, sin ser cruel, pero ni siquiera egoista.

No obstante, esa efímera dicha me ocultaba un gran dolor, cual suelen ocultar las blancas nubecillas del cielo una tormenta.

En efecto, cuando los veintemillistas eran sorprendidos por los guardias en sus avisos silenciosos dados al través de las rejas, re-

producíanse con ellos las bárbaras escenas que yo çreía relegadas á los tiempos de la Edad Media. A la hoguera ó el potro, se reemplazó el *trapiche* para martirizar á los delincuentes de la fidelidad política.

El *trapiche* consistía en dos cuerdas perfectamente torcidas entre sí y sujetas por sus extremidades con gran tensión en dos postes. No obstante esa tirantez, se separaban las cuerdas por el centro, lo bastante para introducir los piés de un hombre, dejándole asido de los tobillos, y pendiente en el aire con la cabeza hacia abajo. Dos sayones hacían entonces girar su cuerpo, formando con él círculos en el espacio, hasta que el vértigo profundo le dejaba como un cadáver y las cuerdas roían sus carnes, con lentitud, en torno de los tobillos, mostrando el hueso bárbaramente separado de los tejidos.

A este tormento había sido también antes, sujeto el Corregidor del Angel, pueblo de la Provincia de Imbabura.

Sorprendido y tomado por Landázuri,

en una de sus vandálicas escursiones, llevó el *héroe* á tal grado el suplicio del pobre Correjidor en el *trapiche*, que creyendo extinguido el último aliento de su vida, hízole arrojar en un camino desierto. Varios miembros de su familia arrastrados por el presentimiento de la suerte que esperaba á ese infeliz, habíanle seguido á corta distancia. Al encontrarle, creyéronle muerto; mas, al calor de la ternura y los cuidados, notaron que aun respiraba. Condujéronle sigilosamente á un lugar seguro, logrando por fin salvarle la vida.

Después de algún tiempo, presentábase en Palacio un hombre de aspecto sepulcral y que hacía retroceder á cuantos le miraban. Era el Correjidor del Angel. Apoyado en dos bastones, venía á pedir reparación. Desatando las vendas presentó á la vista de los circunstantes sus heridas. Un grito general de indignación se escapó de todos los labios y yo retrocedí con horror, no pudiendo resistir á ese espectáculo.

Después de estos repugnantes cuadros se

comprenderá la honda pena que nos causaría, ver así convertidos en víctimas á nuestros queridos amigos políticos, que no eran otros que los amigos de la libertad.

## XX.

En tanto, suscitábanse frecuentes reyertas entre los restauradores.

Habiéndose sublevado uno de los batallones mandados por Landázuri, fué desarmado por otro de Sarasti.

A las tres de la tarde se oyeron las detonaciones.

Al instante púsose la guardia que nos custodiaba, en son de combate. Los centinelas penetraron hasta los rincones del calabozo y prepararon los fusiles contra nosotros, esperando tan sólo la orden del Comandante para llevar á cabo la matanza de trecientos ochenta y ocho prisioneros.

Ante la perspectiva del sacrificio de mis tias, la embriaguez del furor se apoderó de mí. Me acerqué al centinela más próximo

y poniéndome frente á la boca de su fusil apuntado sobre nosotros,

—A mí la primera,—díjele con vehemencia tal, que imagino habría pasado en ese momento sin sentirlo, por la transición de la vida á la muerte.

Mis tias con maternal solicitud se lanzaron sobre mí, como para estrecharme y protejerme en sus brazos. Formamos un apretado grupo.

Una sóla bala habría podido herir nuestras cabezas, amenazadas por el mismo rayo, como abrumadas por la misma desesperación.

En esos instantes dejóse oir la voz de un hombre que á grito herido decia:

—Es entre los nuestros, es entre los nuestros!

Tornaron los guardias á sus puestos respectivos, mas, no volvió tan fácilmente después, la calma á nuestros corazones.

---

## XXI.

Era el Jueves de la Semana Santa.

Durante la noche y en la calle inmediata al edificio donde estábamos, se acostumbra pedir limosna para los presos. El delegado de éstos, hace resonar de cuando en cuando, unas bandejas de metal colocadas sobre una mesa.

Acompañado de tan extraño sonido, exclama con acento prolongado y lúgubre: —Una limosna por el amor de Dios, para los pobres encarcelados!

Cuántas amarguras encierra esta frase y cuánto dolor invade al que comprende, prácticamente, los suplicios del que, secuestrado largo tiempo en un calabozo, no es otra cosa que un cadáver dotado de movimiento!

La puerta de una prisión por donde penetra tan sólo el carcelero, es algo como una lápida. Allá, afuera, la libertad, la espansión; la vida con todos sus arrebatos, su colorido y sus luces.........adentro, el silen-

cio, la opresión; el dolor con toda su tenebrosidad y sepulcrales melancolías.

Manos piadosas arrojan las monedas destinadas á aplacar el hambre y cubrir la desnudez de esos desgraciados.

Los domingos y los dias festivos se nos permitía salir de nuestros calabozos, rodeados de los guardias y penetrar al interior del edificio donde se alza solitaria una antigua capilla de humildísimo aspecto.

Al abandonar momentáneamente el calabozo, esperábamos encontrar en esa capilla, varios amigos nuestros confundidos entre los presidarios.

El sentimiento que inspira notar cerca de sí corazones que laten afectuosos, interpretar miradas de silencioso cariño, respirar juntos la atmósfera de la desgracia con quienes sufren por nosotros el peso de las cadenas, víctimas de su fidelidad, es un sentimiento amargo y dulce á la vez, que sólo pueden desconócer los ingratos.

En tales casos se olvida el sufrimiento propio para apoderarse del ageno, reflején-

dose en el semblante de uno, las angustias secretas de los demás.

Reunidos en la capilla presos políticos y criminales comunes, permanecíamos, arrodillados ante la imagen de la Virgen estampada en un un muro, á cuyo pié se alzaba el altar.

Después de la elevación de la hostia, corriente la misa, prorrumpían todos en un cántico que se diría más bien el alarido de la tristeza que consumiera á aquellos seres cautivos.

Esos acentos tenían el tono melancólico del yaraví, de esa música popular, esencialmente americana.

A cuántos sufrimientos atroces no prestaba consuelo la oración! Podrá, acaso, dejar de reconocerse que ésta es un bálsamo del alma, capaz de fortalecerla contra la desesperación que enmudece y la desgracia que calla sin mirar al cielo?

# XXII.

Pero, dejemos las notas consoladoras y fugaces del himno místico del prisionero, para volver á sepultarnos en la realidad miserable de su prisión.

Por esos mismos tiempos habían llegado de Ipiales, pueblo fronterizo al Ecuador, varios jefes de alta graduación, colombianos.

Después de grandes dificultades, lograron nuestros amigos hacer llegar á mis manos una misiva dirijida por esos jefes. Indicábanme que podían efectuar en la Capital una reacción proclamando al General Ignacio de Veintemilla y su gobierno liberal.

Contestéla carta furtivamente y con lápiz, manifestándoles que el deber me imponía rehusar el sacrificio de aquellos que siendo hermanos por el origen, no eran sin embargo, mis compatriotas.

—"Es á los ecuatorianos á quienes corresponde este deber,"—les escribí además—"Si no lo hacen hoy, mañana un tardío arrepentimiento será la expiación de su falta".

Debido á la influencia de aquellos jefes con algunos de sus compatriotas á servicio de la llamada Restauración, consiguieron saludarme á distancia.

En las horas de la mesa, si mesa puede llamarse comer sosteniendo los platos con la mano, los guardias revolvían el alimento con las bayonetas so pretexto de que en él podían esconderse papeles.

No era posible que pudiéramos ver tal acción sin repugnancia; yo rechazaba, pues, de ordinario, la comida, reduciendo mi alimento á pan y fruta. Cuando los guardias no ejecutaban esas órdenes, eran castigados severísimamente.

La simpatía de que yo era objeto aumentaba más y más la desconfianza, hasta hacer del Pentavirato un gobierno sobresaltado y nervioso.

Parece difícil que hubiera podido evadirme; y sin embargo, ocasiones no faltaron para ello, contando con el auxilio de ciertos guardianes, de acuerdo con resueltos amigos de nuestra causa.

Yo miraba, no obstante, en una evasión algo de ridículo. Quise que el término de mi prisión, bien fuese desgraciado ó feliz, quedara marcado por los acontecimientos naturales.

## XXIII.

Los señores Ministros Hamilton de Inglaterra, y Pierret de Francia, lograron en su alta investidura diplomática, penetrar á mi prisión, después de gestionar inútilmente por nuestra libertad.

Acompañaba al segundo, su interesante esposa, que no me ocultó su extrañeza por el bárbaro encarcelamiento que sufríamos.

—¿Cómo es,—me dijo la Señora de Pierret,—que las señoras todas de Quito, no protestan en nombre de la civilización de lo que se está haciendo con Ustedes?

Los ignorantes espías no comprendieron estas palabras por ser dichas en francés, y con la brevedad propia al hablar de tan graciosa persona.

El príncipe italiano Juan del Drago que

viajaba á la sazón por América en la "*Victor Pissani*" y que llegó á Quito atraído por los acontecimientos de entonces no obtuvo del Gobierno satisfactoria respuesta á su solicitud de conocer nuestra cárcel.

Un año después, en Lima, este distinguido caballero, me manifestó su profunda admiración ante la conducta de aquellos gobernantes que no comprendiendo los deberes de humanidad, menos podían cumplir con los de la cortesía.

Los únicos que podían llegar libremente hasta el calabozo, eran los Señores Joaquín Pozo y Jorge Villavicencio. Agente fiel de García Moreno este último, [1] érame desagradable su vista, pero soportaba con pacien-

(1) Creo que este mismo agente fué el que tomó preso en 1869, días después de la muerte de mi padre el General José de Veintemilla, á su hermano Ignacio, posteriormente Dictador y Presidente de la República. Puesto entónces en capilla por García Moreno, salvó merced á la familia Ascásubi, á la que pertenecemos,—como la que fué esposa del tirano,—pagando 20,000 pesos, y sufriendo un destierro de siete años en Europa.

cia tan respetuosa los arrebatos de mi carácter alterado por la acerba situación, que llegó á desvanecer en parte mi repugnancia hacia él.

Sin embargo, como los hábitos del hombre le arrastran siempre por un mismo camino, no podía renunciar en mi prisión, Villavicencio, á sus antiguos y astutos manejos de policiaco.

Júzguese de este aserto, por la siguiente intriga de que fué actor principal la persona de que me ocupo.

Sábese ya por el capítulo anterior, la traición del Comandante Franco. Este fué llevado al Panóptico, y el Comandante Morales que en la noche del 10 de Enero creyendo todo perdido se refugió en una casa particular, asilóse después en la Legación del Perú, servida entonces por el Señor Emilio Bonifaz.

El Gobierno de los Pentaviros temía seguramente, á Morales y deseaba apoderarse de él á toda costa. Púsose de acuerdo con Villavicencio, quien les prometió servirles á

satisfacción; y vamos á verlo de que manera.

Hacía algunos dias que por la ventana y la puerta del calabozo se me presentaba una mujer del pueblo, desconocida para mí. Con suma tenacidad señalábame un papel y guardábalo alternativamente, indicando á las claras el deseo de entregármelo.

Semejante indiscreción en presencia de la guardia, parecía intencional; despertó por lo tanto en mí, viva sospecha de Jorje Villavicencio, cuya malignidad para esas intrigas era reconocida.

Después de dos dias, dejé de ver á esa mujer.

Más tarde, uno de los Comandantes de la guardia diónos aviso de que Morales había sido entregado en manos del Pentavirato por el Sr. Emilio Bonifaz, en cange del Comandante Franco.

No era posible suponer que Bonifaz negara intempestivamente, el asilo que había concedido ya á un jefe vencido.

Los comandantes de la guardia pregun-

tábanme si algo había yo escrito á Morales. Sorprendida, naturalmente, les respondí que no.

¿Qué había sucedido?

El esbirro de García Moreno forjó dos papeles en que se hablaba de una revolución pretendida por mí, de acuerdo con Morales. Estas cartas apócrifas, sirvieron de testimonio ante Bonifaz y después ante el público, de que el asilado comprometía la neutralidad del escudo peruano, conspirando á su sombra. Hízose en tal virtud, la entrega del Jefe antedicho, con infernal victoria para Villavicencio y socarronas escusas de Bonifaz, que no estuvo á la altura de su ministerio.

De qué recurso indigno no echarían mano los terroristas? Así se comprenden muchos embustes que dan por tierra con la vida y hasta el honor de una persona.

Mientras sigan siendo las sociedades lo que todavía son, habrá infinitos seres que clamen inutilmente, por un rayo de las celestes iras; por un rayo contra los calumnia-

dores de todas partes, que triunfan en su obra maldita, para vergüenza del mundo, hasta en la Historia.

Tomáronse inmediatamente declaraciones á los jefes y oficiales presos en el Panóptico, sobre si Franco había hecho mucho ó poco fuego de Palacio. Siendo del dominio público que el Palacio fué entregado por Franco á las cinco de la mañana, sin un sólo disparo, claro es que debían contestar que no había hecho fuego alguno, en ese momento, como era verdad.

Esta comedia ridícula con la correspondencia urdida por el ruin Villavicencio, dió pretexto para la poca hidalguía del Ministro peruano, privando á un veintemillista del derecho de asilo. Morales fué conducido al Panóptico y Franco le reemplazó en la Legación del Perú.

## XXIV.

Funestas tenían que ser las consecuencias del género de vida á que estábamos sujetas. El aire que respirábamos, viciado, por la nu-

merosa guardia, la fetidez, el humo de cigarro y la humedad del calabozo situado en un piso bajo, acabaron por postrar en cama á mis tias.

Yo leía en alta voz para distraerlas, algunos pasages de las obras que me habían proporcionado buenos amigos, apesar de las dificultades opuestas por los carceleros.

*La Historia Romana*, y las *Prisiones de Silvio Pellico*, fueron mis libros favoritos.

Cuántas veces no pudiendo contener la fuerza del entusiasmo con la lectura de los grandes hechos de los romanos, dejaba el libro para aproximarme á la ventana, y respirar libremente, el aire que parecía faltarme allí. Contemplaba las estrellas recordando la superstición de los antiguos tiempos; y no eran, ciertamente, halagadoras las constelaciones que se presentaban á mi vista con más frecuencia. La del *Escorpión* era una de aquellas en que me detenía con mayor fijeza. Apesar de mi natural despreocupamiento, sentía que esa cadena de astros dejaba en mi alma una huella de tristeza al avan-

zár con lentitud sobre el azulado y trasparente cielo de Quito.

El espejismo de la mente, la alucinación propia de mi estado enfermizo, llevábanme por la curva celeste al atrincherado campo de Guayaquil. Miraba como de cerca el teatro de la guerra; remolinos de humo envolviendo á remolinos de hombres, y destacándose en medio de los aceros, la figura de Veintemilla que enardecía con el ejemplo á sus soldados.

Mientras contemplaba esta visión, sentíame rebosar en ansias desconocidas de morir.

A obedecer mis impulsos, habría lanzado para desahogarme, un grito de desesperación, pero frenético. Una traspiración helada humedecía mi frente, y lágrimas rebeldes brotaban al fin de mis ojos, como término obligado de tan violenta crisis.

Contradictoriamente á veces, filtrábase la luz de la luna en el calabozo, derramando no sé qué inefable consuelo en mi alma ulcerada.

No es vano juego de la fantasía aquella ponderación poética de la luna.

Ver desde un rincón oscuro esa claridad que penetra por los intersticios del hierro como el impalpable, sutilísimo manto en que se envuelven las hadas de la teutónica leyenda; seguir con éxtasis melancólico aquella luz argentina por algunos instantes; fluctuar así, entre la realidad de la vida y el vago humor de los sueños, es algo que contribuye á aliviar nuestro espíritu de sus congojas, bendiciendo al astro misterioso que nos visita.

La asociación de ideas solía llevarme en el silencio de esas noches de luna, á los plomos de Veneria,donde gimió Silvio Pellico nueve años por el amor de su patria.

La lectura del libro que ha inmortalizado la prisión de este grande hombre, fortalecíame no poco en la mía.

Sufrir idéntica suerte por causas no muy distintas, es una satisfacción, aunque pueril, no injusta para los admiradores del ilustre italiano.

Empero, los consuelos de la imaginación, derivados de la lectura, duraban lo que el brillo del relámpago, obligándome incidentes propios del cautiverio, á caer con el libro en la mano desde la altura de las ideas, al fondo de una realidad prosaica hasta ser mezquina.

## XXV.

Una de mis tias, Dolores, llevaba ya tres meses de postración en su mísero lecho, devorándole una fiebre latente. La otra, Rafaela, agravábase de su enfermedad crónica del corazón, y el aire tan necesario para ella, le faltaba.

Contrariado el Gobierno Provisorio por las demostraciones de aprecio que diariamente recibía yo, desde la calle, ordenó que á más de la incomunicación estricta en que estábamos, no se permitiera que persona alguna me viese ni tan siquiera de lejos. Ordenó también que se remacharan las hojas de la pequeña ventana, única del calabozo,

lo cual equivalía á quitarnos la vida por asfixia.

Para efectuar tal orden, presentóse un oficial acompañado de un herrero. Yo me interpuse violentamente, entre ellos y el corto espacio libre que pretendían cerrar.

—Antes morir,—les dije,—que dejar á Ustedes consumar una acción tan inicua.

—Es orden superior—contestáronme.

Yo seguía inmóvil en el mismo sitio, resuelta á disputar aun á costa de mi vida el poco aire viciado que allí se respiraba.

Llamé por la ventana al Intendente Villavicencio. Esta vez mi indignación llegó al colmo; temblaba, sentía las vacilaciones del vértigo á punto tal, que mis tias temieron que cayera sin sentido. Villavicencio negaba haber dado esa orden, pero yo conocía la verdad.

—Afuera!—les dije, con furor;—esto equivale á tapar la boca de nuestro sepulcro.

A fuerza de audacia y de permanecer las noches en vela, evité que se realizara tan miserable intento.

Entonces, no solamente desalojaron del aposento vecino al cuerpo de policía que ejercitaba allí sus funciones, sino que mandaron colocar hacia la puerta, un biombo de lienzo para impedir las miradas del pueblo.

El biombo me sirvió de diversión durante algunos dias, hasta que concluí por destrozarlo.

## XXVI.

Mas, aquella lucha incesante, produjo al cabo, grande daño en mi salud.

Habiendo sido desde niña delicada de la garganta, sobrevínome una angina tan fuerte como tenaz.

El Señor Joaquín Pozo, primer jefe de Policía, acostumbraba vernos. Puede decirse que le debemos la vida. La nobleza de su índole contrastaba con la de los cinco patriarcas valerosos que castigaban en mí á la Dictadura.

A costa de grandes esfuerzos consiguió de esos hombres que nombraran un médico para asistirme.

El Doctor Teodoro Donoso, de conocida moderación, fué el elegido.

Al notar la gravedad de mi dolencia, dió parte al Pentavirato. Este, con sin igual descaro, hizo decirme que le comunicara el momento de necesitar un sacerdote para que me auxiliase en mis últimos instantes, pues que era lo único que podía ofrecerme.

Compréndese que la odiosidad política vaya amenudo reñida con la justicia, mas, no con la civilización, ¿Qué gente culta no mira como sagrada la vida del prisionero? No se protege acaso la vida del enemigo bajo la bandera de la *Cruz Roja*, en el momento mismo de la batalla, ó sea cuando los hombres se buscan desaforados para matarse? No tiene ningún fuero la persona vencida y encarcelada? Pedir protección para la vida, y ofrecer auxilios para la muerte, era una gloria que se reservaba solamente al Pentavirato!

Mi enfermedad iba, pues, en aumento.

A pesar de las dificultades que tenía para hablar, supliqué al Señor Pozo, obtuviera

del Gobierno Provisorio, permiso para tomar una casa á costa mia, dejándole el derecho de convertirla en cuartel, y ponernos bajo la misma supervigilancia; destinándonos una habitación donde pudiéramos respirar aire más puro. Un *no* seco, fué la contestación de los Pentaviros.

La tarea de referir esa cadena de crueldades, lastima mi corazón; preferiría silenciarlas si no fuera imposible truncar los acontecimientos históricos en la tarea que he emprendido, y si además, no estuviera segura de que es imposible guardar reserva sobre hechos que temprano ó tarde tienen que resonar en la conciencia pública.

El Coronel Agustín Guerrero bramaba de furor al suponer que pudieran escapársele las víctimas. El propuso mi encierro perpetuo en el Panóptico, así como algún otro bravo militar de los áulicos, apuntó la necesidad de mi fusilamiento.

No fué posible la realización de estos *bellos* deseos, porque los Señores Pérez Pare-

ja y Cordero, protestaron más de una vez de la ferocidad de sus colegas.

Al sentimiento moderador de estos caballeros, débese el que los otros miembros del Gobierno no hayan dejado atrás en su venganza, á los mismísimos *Pieles Rojas*.

## XXVII.

Condenados estaban los veintemillistas por el decreto de que he hecho referencia, á permanecer en forzada inercia en Quito, dejando sacrificado á su Jefe en las márgenes del Guayas.

En la imposibilidad de comunicarme los sucesos que ocurrían, pasaban bajo la ventana de mi calabozo, sosteniendo diálogos, en voz alta, acerca de las noticias recibidas de Guayaquil, instruyéndome así, diariamente, de cuanto sucedía, á despecho de los guardianes.

Entre las sombras de la noche, y cuando no les era permitido pasar cerca de la ventana, cruzaban la calle embozados, tañendo en sus vihuelas alguna canción melancólica.

Casi siempre entonaban una música sencilla que yo había compuesto después de mi salida del colegio. Juguete de la imaginación adolescente, fué sin embargo, entonces, intérprete del alma de un partido político; el cántico nocturno de los vencidos que resonaba en mi corazón, cual la voz solemne del *muezzin* que invita entre los musulmanes á la vespertina plegaria.

Ah! sólo son capaces de experimentar esa impresión, los que se han sentido ligados por un propósito común y noble á la vez; por ese lazo misterioso de las ideas, por ese amor el más platónico de los amores, que reune á los hombres y los lleva sonrientes á la gloria como al martirio.

Ansiosos, en cambio, los enemigos de doblegar mi ánimo, enviaban de cuando en cuando, gente mercenaria y bandas de música para que victoreasen la supuesta caída de Veintemilla en Guayaquil.

Aproximábanse algunos á mis puertas con el visible objeto de leer en mi semblan-

te la impresión que me causaran sus alegrías.

—Vayan Ustedes afuera, que faltan gritones,—decíales con desdén.

Cuánto placer sentíamos al notar el desconcierto de la música que se apagaba á momentos, indicando la poca voluntad con que era, apesar de todo, obedecida la orden de mortificarnos.

## XXVIII.

Se acercaba en tanto, el 9 de Julio de 1883, dia de la sangrienta retirada de Guayaquil.

Como de costumbre, leía una noche á la luz de la pequeña vela de sebo que debíamos á la diaria y única generosidad del Gobierno.

Un golpecito dado en el vidrio de la ventana, hízome creer que, burlando el espionaje, habían logrado nuestros amigos arrojar en el pretil de ella, saliente hacia la calle, algún objeto.

Después de mil precauciones, pude abrir parte de la vidriera.

Algo pasó sobre mi cabeza, con tan estraño ruido, que no pude menos de agacharme brusca y maquinalmente.

No sabiendo á qué atribuir este accidente, y temiendo que las centinelas se enterasen, guardé silencio.

Suspendido de un clavo en la pared, había un paño de cara que proyectaba su sombra perpendicularmente, sobre la mesa que sostenía la luz. Esta pequeña mesa era coja, y digna por lo mugrienta, de llevar el candelero que la adornaba: un ladrillo.

Volví á mi anterior lectura, pero antes de que pudiese recorrer cuatro líneas, levanté casualmente los ojos hacia el indicado paño y dí un grito terrible.

Imperdonable en mí esta flaqueza de ánimo, tenía sin embargo, su esplicación.

Siempre tuve horror á los insectos y reptiles. Un moscardón gigantesco en su clase, se había posado en el paño, destacándose el cuerpo negro, deforme de este bicho ante

mis ojos, con una claridad que me pareció espantosa.

Todo me lo espliqué entonces. El golpe en el vidrio fué dado por ese repugnante huésped, y la alegre esperanza de una nueva amistosa, se convirtió en el más triste desengaño con tan tétrico mensagero.

Al grito lanzado por mí, acudieron los guardias llenando la habitación con estrépito.

Lo descompuesto de mi semblante túvoles que extrañar, inquiriendo el jefe de la guardia, Comandante Noboa, el motivo, por los rincones del calabozo.

—¿Qué ha sido?—dijo al fin, encarándose conmigo. ¿Qué significan estos miedos, Señora, en quien nunca los tuvo?

—Vea Usted—le contesté, enseñándole el moscardón.

Una estentórea carcajada fué la respuesta de Noboa.

Falto de vista sin duda, el insecto, no huyó á las repetidas tentativas de atravesarlo con el sable, que hizo mi guardián, hasta

que logrado su intento, paseóle en triunfo por la habitación, entre las risas y exclamaciones de los soldados.

—Señora,—dijo entonces Noboa, afectando la mayor gravedad.—A saber el miedo que le producen estos bichos, hubiéramos ahorrado las balas el 10 de Enero, mandándole á Usted una legión de ellos para ponerla en fuga.

Apagadas las voces y çhanzonetas del cuerpo de guardia, todo volvió á su acostumbrado silencio. Pero, el dolor que filtra siempre algo de superstición en el alma, trajo á mi mente después, la idea de que aquel insecto era un augurio fatal de lo que ocurría en Guayaquil.

Fea, oscura, repugnante, como el moscardon, fué la conducta de ciertos hombres que entregaban en esa misma época al enemigo, el puesto de confianza que se les señaló en la costa.

Retrocedamos pues, á los primeros dias de mi prisión, para justificar estos presentimientos amargos.

# CAPITULO SEXTO.

El Dictador en Guayaquil.—Renuncio de Don Pedro Carbo.—Negociaciones proyectadas.—El General Salazar Director de la Guerra.—La traición como agente.—Combate desesperado.—Embarque de Veintemilla.—Valverde.—Humillación de los radicales.—Término de la prisión.—Manifestaciones de simpatía.—El viaje.—Persecuciones últimas.—En el vapor "Islay."

## I.

Cuando Veintemilla recibió el parte de la caída del Gobierno en la Capital, y de la prisión de su familia, estuvo á punto de abandonar Guayaquil para correr al encuentro de los Restauradores.

Pasó revista á sus tropas, y vió con dolor cuán reducido era su número.

Sin embargo, luchaba entre los deberes

que como caudillo único del partido liberal se le imponían, y su amor de padre hacia una familia que se manifestó en todo caso, digna de él.

Jamás un hombre podrá verse entre mayores vacilaciones y contrariedades.

Pero, en Veintemilla habría sido imperdonable la preferencia del hogar, que todo esforzado caudillo pospone al interés de la Patria.

Su carácter, las súplicas de los amigos, y una carta de Quito en que sus partidarios le manifestaban la firmeza y resolución con que verían el desenlace de los acontecimientos, cualquiera que éste fuese, diéronle á él la suficiente calma también, para arrostrar nuevas dificultades.

Su ejército no constaba sino de mil quinientas plazas, en tanto que los Restauradores á fuerza de dádivas y ofrecimientos, y con la cruz en la mano, lograban poner en pié, en el Interior, un ejército de casi siete mil hombres.

Nada más curioso que el enganche de aquella gente.

Entre letanías y golpes de pecho, ciertos especuladores, encargáronse de ganar prosélitos en favor de una causa tan miserable.

—Vais á ocupar en el cielo el lugar señalado para los mártires, si es que perdéis la vida en esta santa cruzada!—predicaban á los reclutas, sin ruborizarse de repetir en calles y plazas, tales razones que no se oirían con paciencia, ni en los tiempos de Pedro el Ermitaño.

A cuántos de estos nuevos cruzados, veía desde la terrosa ventana de mi prisión, luciendo las brillantes insignias de Coronel!

## II.

Uno de aquellos renuncios injustificables en que suelen caer algunos hombres importantes de todo país, vióse en la persona de Don Pedro Carbo, el ministro con que hizo frente Veintemilla á la grita y primera revuelta de los ultramontanos.

Don Pedro Carbo, radical en doctrinas,

habíase separado desde mucho tiempo atrás, de la política de su amigo, alegando que éste, sin ser retrógrado, no quería implantar las reformas ultra-liberales que el Ecuador no estaba dispuesto á sufrir todavía por la ignorancia y atraso de sus pueblos.

Enfriándose más y más cada dia, las relaciones de ambos personages, llegó al fin á suceder,—cosa indebida en el orden de las ideas,—que el anciano cerebro de Carbo fulminase rayos de acusación contra el mismo á quien había acompañado en la porfiada lucha por la emancipación religiosa de su país.

Nada tendría esto de extraño, pues, los más unidos sectarios suelen tener desconformidad de pareceres en política, si Don Pedro Carbo, liberal, como vulgarmente se dice, hasta los huesos, no hubiese llegado después en su oposición á Veintemilla, á unirse con los ultramontanos que le llamaron hereje, y hubiéranle quemado vivo en Quito, sin la enérgica intervención del Dictador de Setiembre.

¿Qué nube oscureció la mente del puritano y del filósofo?

¿Qué ventaja vislumbró para sus flamantes doctrinas en el triunfo de una causa que llamándose *Restauradora*, no propendía sino á la restauración del odio, del fanatismo y de la barbarie?

¿Por qué si juzgaba mal una administración que se inició bajo sus auspicios, no la combatió él sólo con sus adeptos?

Si se juzgaba débil para tan ardua empresa, más le hubiera valido una neutralidad decorosa.

El ex-Ministro de la Dictadura incurrió, pues, en un extravío lamentable para el Ecuador, en uno de sus hombres más estimables por sus ideas y virtudes de orden privado.

Mañana, en el examen analítico de la Historia, será lastimoso ver la cabeza de un Carbo, mezclada con la de tantos zorros, panteras y buitres, como los que acudieron al festín sangriento de la Restauración.

## III.

Pronto vióse sitiado el Jefe Supremo en Guayaquil, y obligado por el número, á permanecer á la defensiva.

Notable es que en tal situación, hubiera él mantenido á raya á sus enemigos por tanto tiempo. Estos no osaron ponerse á su alcance, temerosos de proporcionarle una decisiva victoria.

Fusilamientos, prisiones bárbaras para los que no podían satisfacerles en su sed de dinero, tormentos desconocidos, decretos extravagantes, eran la obligada respuesta del partido triunfante á la enérgica resistencia de Veintemilla.

Y es de advertir, que si el caudillo liberal hubiera querido ejercer represalias, familias enteras se habrían visto obligadas á pedirle misericordia.

Numerosos deudos de Flores, Caamaño y otros terroristas, permanecieron tranquilos, sin embargo, en Guayaquil, no sufriendo el menor vejamen, ni teniendo que aprontar

en cambio, el dinero exijido por sus correligionarios á los leales servidores de Veintemilla.

¿Acaso imitaron tan generoso proceder unos hombres levantados de la noche á la mañana, como panteras hambrientas por devorar todo lo que había de provecho en el Ecuador?

Comprendiendo que era imposible la toma de Guayaquil por medio de las armas, los Restauradores quisieron llegar á un avenimiento. Invitaron oficialmente á los que debían asistir á las conferencias, haciendo alarde de un humanitarismo que en el fondo de su alma no entendían.

—El Dictador,—dijéronse,—no tiene sino mil quinientos soldados, no puede atacarnos; necesario es aprovechar del desaliento que tal situación debe producir en su ánimo.

Veintemilla quería evitar el derramamiento de sangre y se prestó de buen grado á un arreglo de paz.

Conociendo sin embargo, las pérfidas in-

tenciones de los Restauradores, los liberales fueron presa de la más grande inquietud.

—Preferimos la muerte ó la miseria—escribían los Veintemillistas, con sublime desprendimiento,—antes que ver á la altura de nuestro Jefe, á los saqueadores del 10 de Enero.

Con mil dificultades hicieron llegar á mis manos este aviso. Yo sabía el éxito que esas negociaciones debían tener, por lo cual escribí desde la prisión á mi querido Padre:

—Sucumbiremos si es necesario. No sea parte nuestro sacrificio á debilitar la acción de Usted en ese último baluarte de nuestra causa.

Cuando Veintemilla recibió tan gran prueba de confianza de parte de sus amigos, había dado ya su primera y última respuesta á los sitiadores ensoberbecidos por el número.

Una vez más, tuvieron ocasión para conocer la fibra enérgica del Dictador.

Antes había ya manifestado con hechos, el desprecio que le inspiraban esos militares de sastrería.

## IV.

Queriendo presentarse en Guayaquil á su venida de Nueva York el Señor Antonio Flores, según unos como negociador de la paz y según otros como un valiente que desafiaba los peligros por llegar hasta sus compañeros los terroristas, creyó oportuno el momento de su celebridad.

Gestionó pues, en el sentido de un parlamentario; pero Veintemilla al saber que se encontraba en el recinto de su jurisdicción, importándole muy poco ó nada el valor de este caballero, dió la orden para que se le trasladase al campo enemigo en una de las embarcaciones oficiales.

No dejó de experimentar cierta cómica extrañeza el diplomático, al ver cómo se le trataba, y prefirió la lancha de un buque de guerra extranjero.

Veintemilla dió en seguida el permiso para que esa lancha trasportara al Señor Flores; orden que fué llevada en medio de la rechifla de los que habían sabido comprender todo su alcance burlón, despreciativo.

## V.

Engolfábase mientras tanto el Pentavirato en las requisas de dinero que hicieron por entonces á Quito el centro de la disolución y el peculado.

Preocupándose poco de la impotencia de los soldados en el asalto de Guayaquil, apenas si hacía el obligado cambio de notas con los heroicos Generales de la Restauración.

Pero, cansado el pueblo, testigo mudo y forzado de tantas exacciones, acentuó cada vez más, sus manifestaciones hostiles.

El sitio había durado meses y meses sin resultado práctico definitivo.

Dia á dia esperaban nuestros enemigos que el General Francisco Javier Salazar, llevara las fuerzas revolucionarias á paso de vencedores; pero, trascurrió mucho tiempo sin que aquel monstruo de erudición, en sus idas y venidas, con lujo de panoramas estratégicos, lograra el efecto ambicionado de rendir la plaza de Guayaquil.

Salazar que vive en una especie de beatitud en la contemplación de sí mismo, creyéndose en milicia tan grande como Federico II y Bonaparte, no sabe en el fondo más que cualquier jefe de los tantos no extraños á la aritmética, las ordenanzas españolas y una que otra revista europea en que se habla de los modernos descubrimientos aplicados al arte de la guerra.

Su decantada sabiduría puede conocerse en las traducciones alemanas aplicadas al Ecuador con mil innovaciones ridículas que desfiguran el texto primitivo. Nótase en ellas, al par de las voces técnicas militares, superabundancia de rezos y prescripciones monjiles que afeminan verdaderamente al soldado. Hace en fin, nuestro general, de la experiencia militar extranjera y de los peregrinos conceptos particulares suyos, una mezcolanza tan extraña, como la que resultaría de un casco prusiano con un bonete.

Angustiados los Pentaviros por el malestar y pobreza que ocasionaba después

de locas inversiones de dinero, la incomunicación de la Capital y provincias del interior con las de la costa, hacíasele difícil sostener sin violencia su situación.

En la imposibilidad de aguardar por más tiempo, los sitiadores renuncian á la táctica *salazarina*, y la traición se convierte en parte integrante de los proyectos de victoria.

Para hacer frente á las amenazas populares en Quito, necesario es al Gobierno terrorista denunciar los nombres de los jefes traidores á Veintemilla y por los que se esperaba la caída de éste. Esos nombres fueron repetidos por el pueblo. ¿Cómo guardar el secreto de tan miserable intriga?

Persuadido por fin, el Supremo Director de la Guerra, General Francisco Javier Salazar, de la impotencia de sus conocimientos militares, convirtióse en el supremo director de la traición, revelando ciertamente en ésta, mucha mayor ciencia y habilidad.

———

## VI.

A principios del mes de Julio, mezcláronse ya entre los nombres de los traidores, los de jefes estimados y queridos por el General Veintemilla.

Las cantidades de dinero puestas en juego para la defección, junto al nombre de sujetos considerados como leales y caballeros, indignábanos de tal manera en la prisión, que imponíamos silencio á los que referían esos hechos.

Poco antes del 9 de Julio, entre esa lista fatal, figuró el Coronel Garaicoa. Rechazamos tales rumores como hijos de la maledicencia.

Lamartine dice:

Cuando un hombre de gran talla, llega á manifestarse demasiado indulgente con la tiranía á los ojos de los unos, y demasiado amigo de los tiranos en el concepto de los otros, ya no le queda más remedio que caer empujado por sus primeros amigos, ó por sus recientes enemigos.

Así sucedió con Veintemilla que fué traicionado por algunos jefes sin honor y por

otros que jamás han sabido comprender lo levantado de las aspiraciones del caudillo liberal.

Las fuerzas que se denominaban Restauradoras, entraron á Guayaquil en la alborada del 9 de Julio, sin hallar obstáculo, por los puntos de *Santa Ana*, el *Carmen*, y el *Manicomio.* El Comandante Merino entregó el centro del Cerro. El Jefe de *Santa Ana* abandonó su puesto por compromisos adquiridos de antemano para franquear el paso.

Tan segura entrada, dióles facilidad para tomar de sorpresa el diminuto ejército de Veintemilla.

Los bravos Coroneles, Fiallos, Barahona, Gregorio Rodríguez, Castro, Juan Manuel Campuzano, More, Saona y el Mayor Plutarco Gómez—estos dos últimos pagaron con la vida su valor,—fueron atacados á dos fuegos. Se sostuvieron sin embargo, heroicamente.

Maldonado y Fiallos batiéronse hasta las

doce del dia, haciendo contraste con la vergonzosa traición de otros jefes.

Los nombres de estos leales lucirán como ejemplos de nobleza é intrepidez.

Veintemilla hallábase pues, en peligro de caer en manos de enemigos implacables. Sin un punto sólido de apoyo, combatiendo contra soldados cuya ferocidad nunca se desmintió, el más templado corazón habríase determinado á evacuar la plaza sin pérdida de tiempo, como único recurso también, ante la evidencia de una traición consumada.

Veintemilla no desconoce los peligros, pálpalos y sin embargo, envía su misma guardia como refuerzo á los pocos soldados que aun combaten. Pretende hacerse fuerte en el cuartel de la Artillería; pregunta cuántos hombres quedan, y sin amilanarse por tan corto número, libra las órdenes para una desesperada resistencia.

Tan temeraria resolución espanta á sus amigos. Ya las guerrillas contrarias rodean

ese último baluarte. Veintemilla quiere morir allí.

Al borde así del abismo, el Jefe del partido liberal, sus correligionarios de ideas y compañeros de armas, forman un complot para salvarlo.

Consiguen dificilmente los Señores Zuluaga, José F. de Madrid y otros, que desista de la resolución de sostenerse aun en el Cuartel. No queriendo sin embargo, rendirse ante el número de los asaltantes, sale á su encuentro con los poquísimos soldados que le restan.

Para abrirse paso, necesario es batirse cuerpo á cuerpo con las guerrillas enemigas que dominan la ciudad. En su camino caen varios de los que más de cerca le acompañan, llegando pausadamente, apesar de todo, hasta las orillas del rio. Allí, embárcase en el "Santa Lucía" prefiriendo este vapor nacional, á riesgo de ser alcanzado por el enemigo, á buscar el asilo que podía prestarle un buque extrangero.

Entre una nube de pólvora y al estrépito

de las descargas, abandona Veintemilla forzosamente, la República, en manos de los hombres del Terror, los conservadores ecuatorianos.

## VII.

Evacuado así Guayaquil, se lanzan los dos ejércitos sobre el cuartel de la Artillería. Reproduciéndose uno de esos juegos olímpicos romanos, cada ejército aliado se precipitó á la carrera sobre el ganado cuartel, para apropiarse el triunfo del otro. La ambición asaz imprudente, ni siquiera supo entonces disimular sus propósitos.

Cuando los radicales llegaron, era tarde. A las puertas de aquel edificio, Don Antonio Flores el ultramontano, ante los suyos evocaba ya con énfasis el nombre de su padre para romper las prisiones del libelista Valverde.

Valverde era uno de esos miserables esgrimidores de pluma que no faltan en ningún país, como no faltan los esgrimidores de cuchillo, ó asesinos de paga condicional,

según la persona y sitio donde ésta recibe la puñalada.

Escritor rampante, dió á sus artículos contra Veintemilla, la única amenidad de que podía servirse en obsequio de los que le pagaban: el insulto.

Inventó pues, crímenes odiosos practicados por el Dictador y su familia; crímenes que á ser reales, colocarían á Veintemilla en la escala de los perversos.

En un caso del todo idéntico al de Mira (1) ese noble caballero ultrajado y calumniado por unos periodistas de Copiapó, no pudo contener él, tampoco, la indignación que le poseía frente á su calumniador en Guayaquil.

Valverde recibió de orden de Veintemilla unos cuantos azotes.

Por qué silenciar un hecho que nada tuvo de criminal tratándose de hombres más venenosos que cierta clase de reptiles?

(1) Intendente de Atacama absuelto por los tribunales de Chile, en vista de las causales que le obligaron á azotar á varios individuos que tomaron el nombre de su señora madre y de su esposa.

Valverde fué castigado y no se hizo de ello un misterio.

He allí la sóla muestra de tiranía que ejercitó Veintemilla en seis años: hecho único, aislado, y que sería censurable, cuando se pusiera en práctica por sistema y contra enemigos que no fuesen *Valverdes.*

Cabe al Dictador, por ese hecho, tanto remordimiento, como el que cabe al más pacífico de los vecinos descargando su palo sobre el rabioso can que le muerde y le persigue.

Nadie que sea verdaderamente honrado, puede ponerse de parte de los que asesinan la honra agena.

Los crímenes de difamación y de calumnia llevan en sí tal asquerosidad, que sólo osan tomar la defensa de sus autores, aquellos que aprovechan de esa difamación y esa calumnia.

Vasto es el campo de la política para combatir á un hombre por sus errores ó por sus faltas.

¿Por qué entonces, calumniarle hasta en

lo doméstico, en lo más sagrado de su honor, atribuyéndole crímenes inauditos?

El látigo que hiere las inmundas carnes del libelista, del asesino cobarde, pagado para matar lo que vale más que la vida, es un látigo muy digno de respeto, por mucho que hablen y juren contra él ciertos hipócritas.

## VIII.

Landázuri que personificaba en Tulcán, pueblo de su nacimiento, el partido Conservador, dominó autoritativamente Guayaquil, á la sombra de un título que ni recuerdo.

Heroica Guayaquil, si un bárbaro lograra dominarte, al menos fuiste la última en someterte á la barbarie política que éste representara!

Los aliados del Partido Ultramontano, los ridículamente victoriosos radicales, fueron sometidos entonces, al rigor de sus comanditarios despóticos. Cómplices de atentatorios decretos que en su natural inventiva expidieron los Restaudadores, tales como la de-

volución de sueldos, la confiscación de bienes, la pérdida del derecho de ciudadanía del partido veintemillista, en las elecciones, la prisión de señoras etc. etc. ¿cómo tan fácilmente pudieron evaporarse sus decantadas ideas de puritanismo?

Después de todo, juzgóseles traidores en el campo mismo de batalla.

—El mayor número de los muertos—exclamaban los Pentaviros,—ha sido el de los asesinados por la espalda, durante la refriega, por las tropas *radicales*.

Sin disimulo repetíanlo en la Capital, y hasta en mi prisión fueron pronunciadas por los guardianes, semejantes palabras acusadoras de la perfidia.

Por su parte los radicales aseguraban lo mismo, de los conservadores.

Triunfantes de burla los primeros, al ser humillados después por sus cómplices, quedan sólos con la responsabilidad ante la Patria y los gritos de su propia conciencia.

Sabida es que la mancha cayó sobre ellos

por la unión radical—conservadora, que dió de través con sus principios.

No ignoraban que á la caida de la Dictadura de Veintemilla, serían también ellos uncidos al carro de la servidumbre. ¿Qué disculpa racional dará mañana ante el severo juicio de la Historia, toda aquella exaltada fantochería, disfrazada de radicalismo, sirviendo los intereses del partido que menos afinidad tenía con sus ideas?

## IX.

La Capital aceptó los acontecimientos narrados, con la calma nacida de la impotencia y el desaliento.

Los veintemillistas diéronse la nueva de su completa pérdida, pero en su última frase vislumbróse la última esperanza del partido liberal en el Ecuador.

—*Veintemilla existe, vive aún*—fué el santo y seña para el porvenir.

Creyóse con algún fundamento que estando ya nuestros enemigos en el dominio com-

pleto de la República, los prisioneros gozaríamos de libertad.

Mas, cuando me preparaba á salir con mi familia del inmundo calabozo, dióse la orden de que continuara en él.

Preguntábase la causa de crueldad tan extrema. El Gobierno de los cinco contestó que aun no estaba cimentada la paz.

Trascurrió así todavía, un mes.

No era posible que el sentimiento general dejara de estallar ante tantos crímenes de lesa civilización. Ese grito resonó hasta en las vecinas repúblicas.

El Vice Almirante Don Patricio Linch, pidió expontáneamente mi libertad y la de mi familia; los diplomáticos extranjeros en Quito la solicitaban con tenacidad en nombre del honor americano. ¿Qué contestó á todo esto el Gobierno?

—*Non possumus!*

Increíble parece contestación semejante; y sin embargo, no fué otra la que dió aquel ridículo colegio de cardenales.

La voz pontificia, no diré cardenalicia, de

la que hicieron uso, estaba denotando la vaguedad y el temor de todos los acuerdos en ese gobierno, donde no había verdadera cabeza que centralizase el poder, ni responsabilidad que pudiera llamarse absoluta.

Cinco hombres investidos de la misma autoridad, sin uno que revelase para el mando mayor título ni sabiduría que los demás, eran la imagen fiel del Terror decapitado.

Empero, llegó el dia en que el pueblo amenazó, y á no dudarlo habríase levantado contra los tiranos, si á instancias del digno Representante de Colombia, Señor Manuel Castro, no hubieran prometido el término de nuestro cautiverio.

## X.

Anuncióse por fin la aurora de nuestra libertad, después de ocho meses de estricta y durísima prisión, el 2 de Setiembre de 1883.

Viéronse entonces á las puertas del edificio, grupos de pueblo que ansiaban ser los

primeros en manifestarnos su adhesión y simpatía.

Receloso el Gobierno, ordenó que la salida se efectuara por la noche.

Cansados de esperar, retiráronse algunos, pero, los más adictos comprendieron las órdenes y no se movieron de los alrededores de la cárcel.

Con el objeto de acompañarnos á la salida, algunas señoras nobles y leales amigas, como las de Echenique, de Zarama, y otras, piden por favor se les permita penetrar hasta el calabozo. Allí habíamos recibido ya el dia anterior, á las Señoras de Aguirre Montúfar, Alvarez de Gangotena, Daste, Larrea y González, Salvador etc. que consideraron el calabozo digno salón de recibimiento, por la calidad de sus huéspedes.

Conmovidas, admiradas, entre lágrimas preguntábannos cómo sin sucumbir habíamos hecho frente á la desgracia durante tanto tiempo en semejante cárcel.

Y sin embargo, la abandoné con dolor. Aquella miseria había alimentado el orgu-

llo que era todo mi espíritu en la adversidad. ¿No era, acaso, ese tabuco miserable, el templo también consagrado por las emociones más fuertes de mi vida?

El aire delgado y puro que por primera vez respirábamos, después de tan larga reclusión, parecíame un aire encantador por su frescura.

La noche estaba hermosa; la luna estendía por la ciudad desierta sus resplandores pálidos. Torres, edificios, lejanas montañas, ofreciéronse á mi vista confundidos por vaporosa neblina.

Cuán fácilmente hacemos partícipe de nuestras emociones al universo entero! Los astros, la luz, el firmamento, cuanto existe, responden al gozo como al dolor, haciéndose siempre el complaciente y misterioso reflector de nuestra alma.

## XI.

A la salida de mi prisión, parecióme cambiada la naturaleza.

Vencida, encarcelada, lejos de los halagos del poder, sentíme sin embargo, dominada por satisfacción hasta entonces desconocida. Por ventura podrán ser falsos los homenages que al vencido se le tributan? No; á éste le es dado abandonarse al regocijo sin escrúpulo, porque no cabe entonces duda en la sinceridad de los amigos y del pueblo.

Apresuráronse éstos á darnos encuentro. No de otra suerte volverían á verse al salir de las tumbas, los hermanos, los amigos, los partidarios.

Tan honda impresión ahogó las palabras. Las lágrimas hablaron lo que la humana elocuencia difícilmente pudiera describir.

De pronto, cambió esta escena. Las alegres manifestaciones de personas que acudieron á presenciar nuestra salida, interrumpieron ese patético silencio.

La casa del distinguido conde de Boutaud, perteneciente á la Legación de Francia, nos había sido ofrecida de antemano. Este digno caballero nos esperaba.

Siempre cautelosos los pentaviros, vieron

con desconfianza la casa del conde de Boutaud donde moraban los ex-carcelados, concurrida cual no lo era el Palacio en que se asentaba el Poder.

Tan significativas manifestaciones, hacíanme bendecir nuestra caída, ya que de ella habían necesitado los incrédulos para comprender el patriotismo incontestable del Dictador.

El espíritu de equidad y benevolencia que se cernía sobre la cabeza de los vencidos, atemorizóles hasta el punto de establecer un espionaje incesante.

## XII.

Fué imposible por consiguiente, nuestra permanencia en la República. Pero, antes de abandonarla, decidí dar un mentís ruidoso, á nuestros enemigos, contestando con hechos á sus pérfidas anteriores afirmaciones respecto á la animosidad del pueblo contra nosotros.

—Los prisioneros serán sacrificados por la muchedumbre; la familia Veintemilla pe-

recerá en sus manos si obtiene la libertad,— habían contestado mil veces los Provisorios, á las súplicas, á las instancias, á las amenazas, sin comprender cuan sangrienta burla encarnaban esas palabras.

Un domingo por la tarde, cuando la Alameda de Quito atraía toda clase de paseantes, salí de la casa del conde de Boutaud, acompañada tan sólo, de la Señorita Jaramillo.

Nadie había previsto esta salida. La expontaneidad adversa ó favorable del pueblo hacia mí, debía dejar impresa su huella en aquel día.

Eran las cinco de la tarde.

¿Por qué no confesarlo? Habría preferido en ese instante combatir al frente de un ejército. Derrotas hay que dan gloria al vencido; empero, si es verdad que yo aguardaba la consideración de casi todo el pueblo, ¿quién me aseguraba universal simpatía? Los adeptos al poder, los ebrios, los apasionados rendirían cumplida justicia? El eco de una sóla voz puede encerrar una tremenda decepción.

Por ventura, soportaría yo sin aturdirme, tan abrumadora prueba?

Lejos de esto, reservábaseme una de las mayores satisfacciones.

Una vez fuera de la casa, dirjímeal Paseo por las calles más concurridas. Cuando llegué á la Plaza Principal, rodeábame ya una multitud que aumentaba á mi paso.

Entre nosotros, y creo que en todas partes, la novedad arrastra fácilmente al pueblo.

El numeroso acompañamiento que llevaba, atrajo la atención del vecindario á punto tal, que en la Alameda, la muchedumbre acreció en derredor mio como acrecen las aguas en pleamar.

Yo dominaba con la vista ese elemento humano, movido por algo más que una sencilla curiosidad.

Yo podía, siquiera por un momento, volver tempestuosa esa masa de hombres, arrancando de sus labios una protesta que leía en sus ojos y precipitarla furiosa á la revuelta.

Hacer temblar un momento á los vencedores.........¿había algo más fácil?

Sin embargo, la fuerza repelida con la fuerza, hubiérales proporcionado una victoria más. No pensé, pues, en agitar á la turba inocente del crimen que se le imputara, de asesinarnos.

Al tributarme un homenage el pueblo, manifestóse tanto más grande, cuanto más rebajado el espíritu de sus calumniadores.

No pudiendo penetrar la multitud hasta los bosquecillos y jardines del Paseo, quedó tranquila, aguardando á sus puertas mi salida. Procuraba no perderme de vista. Correspondí á su afán tomando descanso en un sofá campestre de mimbres, situado al frente del portón.

De pronto vime rodeada de antiguos amigos. Los Larrea, los Valdivieso, Gangotena y otros más, pertenecientes á las primeras familias de Quito, suplicábanme con su acostumbrada finura, les permitiera acompañarme á mi regreso.

—El Pueblo me acompañará—les contesté. Vine con él, debo también con él de regresarme.

Momentos después atravesaba nuevamente las calles. Habíase aumentado el número de mis acompañantes.

Varios, armados con palos, acercáronse para cuidar la distancia que debía guardarse en el círculo de los que me rodeaban. Tanto respeto prodigaríase tan sólo á la sombra de paternal cariño; mas, en aquel momento, no era yo una hija del pueblo?

Al grito de—aquí estamos para acompañarla,—avanzaban lentamente, algunos grupos en que se confundían artesanos y caballeros.

Frases cariñosas se me dirijían desde las ventanas de las casas por donde pasaba: eco de la justicia á los actos del Gobierno anterior que no dejó sinceras voces de acusación por parte de los buenos. Quien no hizo el bien en el poder, jamás al abandonarlo, gozará de sus gloriosas consecuencias.

Al llegar á la casa del Conde de Boutaud, la gritería popular fué inmensa. Despedíanse de mí tiernamente, pues, sabían que debía partir dentro de poco.

## XIII.

No tan sólo dan luz de verdad tales sucesos, sino que forman la conciencia perfecta de la Historia.

A este hecho que tan alto hablara, siguióse un continuo mentís á la *Restauración*. El pavés que sostenía esa mágica palabra cayó destrozado á nuestros piés. Los prohombres de la barbarie no podrán levantar nuevamente los pueblos á la voz de—*Guerra al Dictador Veintemilla*—porque éste no debe á la Patria víctimas ni ¡sangre. Rodeado de la aureola de su magnanimidad, será siempre la antítesis del Gobierno del Terror, y de sus exterminadoras leyes.

Justamente podría decirse de la Dictadura, lo que Baudot en sus memoria sinéditas.

" La Convención Nacional no necesita más justificación que el tiempo. Cuanto más vamos adelantando, más cuida éste de nuestra gloria. ¿Qué pudiéramos, decir nosotros que no lo proclame más alto, la vuelta del mismo tono, de los mismos usos, de las mismas costumbres y de los mismos abusos? "

¿Qué podrían añadir los dictatoriales en el Ecuador, aun siendo abusivos, en presencia de los destierros, de las maldiciones, de los cadalsos y de las leyes impuestas por los enemigos de la Dictadura de Veintemilla?

Entre las felicitaciones de diplomáticos, de amigos y hasta desconocidos que comprendían la derrota moral de mis contrarios, recibí el aviso de que yo no podía permanecer más tiempo en la República. El Gobierno de esos cinco valientes añadió á la crueldad la extravagancia.

Felizmente el viaje mio y de mi familia estaba ya preparado.

A favor de la oscuridad, una noche, deslízanse varios hombres por los muros de la casa en que me asilaba. Diríase que las nocturnas sombras de los héroes novelescos del siglo diez y siete reaparecen; tal es el sigilo con que llegan hasta las puertas del Conde de Boutaud. ¿Quiénes son los que así desprecian las iras gubernativas? No era esa, acaso, la morada de los que el Terror señalara como sus víctimas?

Pero, allí se detienen. Del seno de las tinieblas parten acordes de melancólica dulzura......expresión última de afectuosa lealtad que se recata en la sombra.

De pronto, cesa la música, no quedando sino confuso rumor de voces y pasos que se alejan.

Todos fueron presos, y los individuos de tropa castigados severamente.

Ah! el sistema de hierro de la Restauración no conocía derecho alguno. Si Robespierre imponía, indicaba el momento en que la Francia debiera sonreir, alegrarse ó entristecerse, los Restauradores pretendieron arrancar el corazón á su Patria, castigando en sus hijos la nobleza espontánea de los sentimientos.

## XIV.

Pronto debíamos dar un adiós al Ecuador. Haría aquel desaparecer con nosotros el nombre de Veintemilla? No; él existe en sus leyes, en sus obras, vivirá entre sus compatriotas, morará en su Patria, porque el es-

píritu de libertad que él encarnaba, se ha difundido en ella, y todas las fuerzas desencadenadas no podrán extiguir ese espíritu, generador de grandes acontecimientos en el porvenir.

A la primera luz del alba en uno de los dias de Setiembre, nuestros amigos tanto hombres como mujeres, invadían en gran número, los salones de la Legación Francesa.

En aquella mañana debía cumplirse el acordado destierro, y la Diligencia esperaba á la puerta desde temprano.

Adentro, no se oía sino los gritos de despedida y las protestas sinceras de cariño probado en la desgracia.

Cuando salíamos á la calle, el clamor entre la multitud que también nos aguardaba con interés afectuoso, se hizo unánime. Trabajo nos costó subir á la Diligencia, envuelta entre el gentío más compacto que se haya visto en Quito, tratándose de manifestaciones iguales.

Sentí agolparse á mis ojos las lágrimas

con tal fuerza, que bajé la cabeza para que no notaran mis amigos, el enternecimiento natural del proscrito.

¿Quién al dejar por vez primera los lugares en que corrió su infancia, no experimenta una angustia difícil de explicar con palabras, una opresión del alma tanto más fuerte cuanto más injusta es la causa del extrañamiento á que se ve forzado?

Rendí, pues, culto á la debilidad humana que inmortalizara Ovidio al despedirse de Roma; pagué el tributo de pena que nos merece el hogar, cuando se abandona tal vez para siempre, siguiendo los dictados feroces de la suerte.

No habíamos adelantado cuatro leguas, cuando fuimos recibidos en la hacienda de Machache por la noble matrona María de Valdivieso, su propietaria.

El distiguido esposo, de ésta, Señor José Félix Valdivieso, había salido desde Quito entre los amigos que nos acompañaban.

Todos tuvimos en su casa suntuoso alojamiento.

De paso por Latacunga, ciudad de aspecto funerario por las construcciones de piedra pómez, á la falda del *Cotopaxi*, no pudimos menos que contemplar extasiados á ese gigante coronado de fuego, cuyos rugidos en el silencio de la noche, son los de un monstruo de la mitología, y que se escuchan á enorme distancia.

En San Miguel fuimos recibidos con verdadero entusiasmo. No parecía la comitiva de los desterrados sino la de los triunfadores, la que recorría todos esos pueblos.

Cuánta amabilidad en el rostro de aquellos modestos habitantes de aldea! El aire de habitual indiferencia que tienen para los demás viajeros, tornábase en cariñoso á la aproximación nuestra, no esperando sin embargo, beneficio ninguno de quienes marchaban al ostracismo.

Bandas de música precedidas por numeroso pueblo, corrían á mi encuentro.

Fué tal el entusiasmo en San Miguel, que las autoridades, destituidas después por el Gobierno, manifestaron públicamente sus

opiniones, y sin temor ninguno, saliendo así, del vulgar encojimiento en los servidores de alma apocada.

## XV.

Seguimos el camino á la costa.

En pocas partes presenta la naturaleza perspectiva más variada que en aquellos parages que recorríamos á caballo, siendo inútil ya la Diligencia.

Rompen la natural monotonía de las vegas muy anchas, multitud de chozas aquí y allá, sobresaliendo entre marcos verdes, pajizos ó morenos, como la tierra fresca antes de los brotes.

Distingue el curioso viajero por donde quiera que vuelva la mirada, cercos de *maguey*, que, en imperfectos cuadrilongos, separan la propiedad de los indígenas; bueyes arrastrando el arado con lentitud; ovejas esparcidas al pié de levísimas colinas que matiza de rojo el sol poniente; mujeres y hombres entregados al pastoreo con sus vistosos multicoloros trajes, y blancos pena-

chos de humo elevándose al firmamento azul por la techumbre de las cabañas, en el horizonte sin término.

Esa misma tranquila sublimidad del paisaje, llévanos á buscar un reflejo de goces en la fisonomía del indio.

Qué amarga decepción sin embargo!

La ponderada frescura y buen humor del campesino europeo, no tienen en América el trasunto que corresponde. Bajo un cielo mil veces más alegre, con una naturaleza imponderablemente más rica, el indio agricultor, manifiesta por los rasgos de su semblante, algo que es muy contrario á la dicha y pasividad del campo.

Humilde, en perfecta identidad con su buey, y encorbado sobre la reja en el surco, no parece labrar la tierra para ganarse el sustento. La postración de su espíritu diciendo está que ese grano arrojado en las entrañas de la madre común, fructificará para otro que no es su dueño .........Rey destronado del Continente por las huestes de España, continúa bajo las pintadas banderas repu-

blicanas, sirviendo á los hijos de esos conquistadores que le desprecian.

¿Cuándo será la Libertad un hecho efectivo, en el pueblo, desde la baja California á Magallanes?

¿Cuándo las doctrinas liberales, triunfando de la servidumbre oscurantista, principiarán en la parte más bella del Nuevo Mundo, á ilustrar esas masas dislocadas de la civilización? ¿Cuándo será el indio un factor del progreso, en vez de un elemento frio, inepto para constituir la fuerza misma de las sociedades?

Varias veces me he detenido á examinar en el camino á esos hombres, y mi anterior envidia por la aparente dicha de sus faenas, no ha podido dejar de convertirse en lástima.

El indio del Ecuador es, sin embargo, inteligente y suave.

Profunda impresión me causaban las mujeres que deteniéndose en la via, á nuestro paso, saludaban con curiosidad y respeto. Algunas cargando un niño á la espalda se

dirijían por angostas veredas, armadas de hoces y otras herramientas campestres, ó aportando también la comida de sus hijos, esposos ó hermanos que aguardaban en el sembrío.

Las caprichosas vueltas del camino poníannos á veces, de frente á una casucha miserable donde hilaba una vieja ó gritaban varios chicuelos confundidos entre los chanchos, gallinas y perros, indispensables en la morada del campesino.

Todos esos cuadros me encantaban después de una reclusión tan larga en Quito, ya entre los halagos del poderío, ya entre las privaciones horribles de una cárcel.

Puedo decir que respiraba verdaderamente, y absorbía nuevos elementos vitales en esa atmósfera.

## XVI.

Llegamos á Ambato.

Allí permanecimos un dia, gozando de la admirable fertilidad de ese suelo; fertilidad comparable á la de los talentos que han

nacido en tan privilegiada región del Ecuador.

Sólo una naturaleza tan bella como la que rodea á esta población, puede inspirar á sus hijos.

Bien se ve que Montalvo tomó allí las admirables tintas que le hacen por sus escritos, el *Rembrandt* de la literatura americana.

Sus obras llenas de luz, de gracia y colorido, pecan sin embargo, por lo apasionadas en política; á punto tal, que el escritor eximio, el literato fecundo, puede en muchos casos ser confundido con el libelista desvergonzado.

En Ambato se disfruta de todas las ventajas apetecibles del clima tropical y de la zona intermedia. Grandes árboles y enredaderas asoman por las tapias de los huertos en la población, comunicándole ese aspecto risueño de que no pueden gozar nunca las ciudades grandes y comerciales, por mucha que sea la simetría ó esplendor de sus edificios.

Saliendo de Ambato, oasis verdadero de aquellas regiones, cambia de aspecto la naturaleza que se vuelve pesada y hasta sombría.

Despues de un largo maltratador camino, llegamos á Guaranda, donde nos encontramos con el General Camargo, distinguido y valiente militar colombiano, que con una misión diplomática de su gobierno, marchaba á Quito. Acompañábale como Secretario el Sr. Carlos Uribe, joven de nobles cualidades morales. Ambos habían pensado llegar á tiempo á la Capital del Ecuador para influir por nuestra libertad.

Su sorpresa, pues, como la de nosotros, no pudo ser más agradable, cambiándose con este motivo, frases de reconocimiento y de simpatía.

Pude saber por boca de los Señores Camargo y Uribe, la penosa impresión que había causado en su patria, la noticia del encarcelamiento de la familia de Veintemilla.

—Sólo la violencia de las pasiones políticas—decíanos el Señor Uribe,—puede espli-

car el olvido de los sentimientos humanos con personas como Ustedes.

—En nuestro país—agregó el General Camargo,—nos matamos los hombres, pero no nos vengamos de las mujeres que se portan como ellos.

Dolióme patrióticamente esta frase, pero no tuve con qué rebatirla.

Faltaba allí en esos momentos, un tribuno terrorista, que desvirtuara con elocuencia, los hechos, para salvar el honor de su partido.

## XVII.

En Guaranda habíasenos preparado también alojamiento en casa del Señor Coloma.

Muy gratos recuerdos conservo de la solicitud y porte caballeresco de todas las personas que en Guaranda hicieron mi momentánea sociedad, esforzándose porque olvidara las necesarias incomodidades del viaje.

Uno de los espectáculos que noté en

aquellas cercanías, y que se grabó en mi memoria, hasta el punto de mirarle hoy como si le tuviera ante los ojos, fué el del rio denominado *del Cristal.*

En efecto, la corriente de agua que allí se desliza, es de la mayor trasparencia imaginable en un líquido cualquiera. Quebrándose entre las guijas, afecta mil caprichosos juegos de luz, y las burbujas que se levantan, brillan de tal manera, que reproducen todas las cambiantes del iris. Si cabe similitud, podría decirse del rio *del Cristal,* que su espuma es de pedrería, tornando el blanco vulgar de las aguas en alboroto, por chispas de diamantes y de rubíes.

## XVIII.

Por fin, nos detuvimos en Chuquipoguio, tambo obligado para los viajeros, siendo como es, el único punto de reposo en el desierto.

Se siente allí un frio intensísimo.

Como todas las altiplanicies andinas, no ofrece á la mirada sino horizontes dilatados

en su circunferencia, notándose á veces, picachos de nieve entre lejanas rugosidades montuosas, y que en nada destruyen tampoco, la monotonía de la puna.

Estábamos á una jornada del *Chimborazo.*

Al anuncio de ver próximamente, la ciclópea masa de rocas, por cuya falda había pasado ya de niña, sin comprender su grandeza, sentí agitarse mi corazón lleno de júbilo.

Antes de amanecer estaban listas nuestras cabalgaduras, debiendo recorrer los páramos inmediatos en hora prudente, á fin de evitarnos el peligro del huracán, que suele arrastrar en esas alturas con imponderable fuerza, á los ginetes, precipitándolos al abismo.

Desde muchas leguas atrás, se distingue el *Chimborazo*, sueltas al aire las fajas blanquísimas de su turbante de nubes.

Ya á cierta distancia, puede mejor apreciársele, dibujando sobre el azul del cielo, con simetría artística, los dos ángulos gri-

ses del estupendo cono truncado por las nieves.

Aquella montaña vista de lejos, parece antes que una eminencia rocallosa, un monstruoso soporte de la celeste bóveda, enclavado en el templo más digno de Dios, sobre las cordilleras andinas.

El parador situado á las faldas del *Chimborazo*, es miserable en la estensión más lata de esta palabra. Cuatro paredes ennegrecidas, y un techo de paja forman la vivienda aquella, donde no se ve mueble de ninguna clase, ni se disfruta de otra comodidad que la de estar al abrigo del cierzo.

Allí sin embargo, han reposado multitud de viajeros de todas las naciones, gozando del magnífico panorama que ofrece esta eminencia sin rival en el Nuevo Mundo, con la natural admiración de que no se sustrajo el mismo Bolívar, ese otro *Chimborazo* de las americanas glorias.

Qué soberbio espectáculo el de la naturaleza por aquellos alrededores!

Un silencio, una soledad profunda rodean

al viajero, que sale de su abstracción para sentir la huracanada brisa que viene desde la altura, á recordarle que se halla en presencia de uno de esos dioses gentílicos, que reclaman su adoración, prosternándole.

Columna traquítica que se eleva á más de 6,000 metros, suspende el ánimo de admiración y salvaje terror, al considerar sus muros inconmovibles donde nacen y revientan las tempestades sin operar mayor cambio en los flancos de la montaña, que el que produce el leve soplo del viento sobre las catedrales macizas.

El golpe de vista que da la nieve del *Chimborazo*, es magnífico. Abraza una estensión inconmensurable, ese blanco deslumbrador en la eminencia, necesitando de base como la que tiene, para herir los ojos en forma de un lienzo enorme entre los peñascos y el cielo.

Del cimborrio de nubes que cubre constantemente esa altísima montaña, suelen desprenderse algunos copos que bajan hasta la parte intermedia; pósanse allí un ins-

tante, y como si tomaran aliento, emprenden nueva marcha hacia arriba, plateándose con la luz del sol á medida que más se elevan.

El *Himalaya* de América no tiene competidor ninguno por la magestad de su aspecto. Arranca de una ya bastante elevada meseta, con la gallardía que sólo tienen ciertos montes perfectamente cónicos y aislados, entre las gigantescas vértebras de la cordillera.

Domina, pues, augusto el *Chimborazo* en aquellas soledades, como domina el Genio de la Libertad sobre todas las culminancias del Mundo.

## XIX.

La agria región comprendida entre sinuosidades tantas de la cordillera, termina al fin, aproximándose á la costa, cuya vegetación tropical se señala en bosques interminables de palmeras.

Sobresalen allí, los cocoteros y plátanos de anchurosas y verdes hojas, donde la vis-

ta se recrea y sobre los que pasan millares de pericos atronando el espacio con sus voces chillonas.

Empieza el calor á sentirse con fuerza, no siendo bastante la proximidad al Pacífico, para gozar todavía las brisas dominantes del Sur, que atemperan la atmósfera en las bajas regiones del occidente.

Por todo el camino cruzan riachos cristalinos unos, y fangosos los otros, que humedecen las praderas contiguas, fertilizando el suelo que está llamado á un gran porvenir con las colonias que se establezcan mañana, dejando de ser el Ecuador un país mal conocido por la falta de buenas vias de comunicación.

El anchuroso *Guayas* apareció á mi vista, y saludé en él á la ciudad más simpática y liberal de la República; ciudad que está allí en la embocadura del rio, como un centinela avanzado del progreso del Ecuador.

Guayaquil es, en efecto, la población que mayor nivel intelectual ha alcanzado, tanto por las ventajas de su puerto, cuanto por

el carácter levantado y noble de sus hijos.

Cuna de muchos héroes de la Independencia, tuvo en Olmedo también, al digno cantor de sus hazañas.

De Guayaquil han partido casi siempre las mejores ideas en beneficio patrio, y su juventud hábil, trabajadora, perseverante, está guiada por ese espíritu de libertad que lo trasforma todo, convirtiendo el eriazo de las añejas preocupaciones, en activísimo campo de industria, sabiduría y grandeza.

Al dia siguiente de mi llegada, recibí una comunicación de Landázuri, Jefe de la Plaza, en la que se me hacía saber el rigor con que estaba resuelto á castigar á quien me diese algún motivo de queja.

Muy extraña me pareció la solicitud del terrorista, que quiso, sin duda, manifestar conmigo una generosidad bastante cómica.

Mientras permanecí en Guayaquil, no tuve motivo el menor, de disgusto con sus pobladores. Bien al contrario, las muestras de interés que recibí de personas amigas, como de las que no lo eran, acreditaban un

respeto en el pueblo, más sincero que el de las autoridades.

Contrastando en la forma con el oficio de Landázuri, y para hacer más patente la crudeza de ciertos enemigos, recibí otra comunicación emanada del Gobierno Provisorio de Guayaquil, en la que se me prohibía la salida de la República, ordenándoseme á la vez, que rindiese cuenta de los cargos públicos que había desempeñado mi esposo.

Esta nota estaba firmada por un Coronel Gómez que se titulaba Gobernador de la Provincia.

Tan peregrina ocurrencia por la que me veía espulsada del país á la vez que retenida, hará comprender á cualquiera, el dislocamiento y miseria, por entonces, de los hombres públicos del Ecuador.

¿Qué significaba ese oficio, á todas luces bárbaro, por el cual se pretendía que diese cuenta, una señora, de los cargos que desempeñara el esposo, que había muerto en su ausencia y después de una unión de cortos meses?

Aquello pues, sería infame, á no merecer antes el calificativo de ridículo.

Decididamente no había ni juicio ni corazón en el alma de esos dominadores, que al notificarme sus designios, siguieron tal vez creyéndome de hecho un varón, por la militar resistencia que les opusiera en Quito.

Contesté sin pérdida de tiempo á ese oficio padrón de ignominia para sus autores, *que Don Antonio de Lapierre, mi esposo, había tenido como todos los que han ejercido cargos de responsabilidad, un fiador; y que era á éste á quien se debía ocurrir*, *caso de haber reclamo,—que no lo había,—en lo tocante á su administración.*

No dándose por satisfecho, sin embargo, este gobierno digno de la Polinesia, por sus teorías jurídicas, resolví burlarle, conocida ante todo, la perversa índole de mortificarme.

## XX.

Era el 18 de Setiembre de 1883.

El vapor "Islay" de la Compañía Inglesa

de Vapores, estaba surto en el puerto.

Debía hacer rumbo al Callao esa tarde, y sin preocuparme de las órdenes del Gobierno, me dirijí á bordo, acompañada de mi padre político, el Sr. Antonio de Lapierre, conde de Laguiolle, mis dos tias Dolores y Rafaela de Veintemilla y la Señorita Dolores Jaramillo, nuestra cariñosa compañera de siempre.

Multitud de personas nos detuvieron en el muelle para despedirse.

Los agentes de policía no se atrevieron á impedir que me embarcase y manifestaban una angustia notable por la falta que cometían, no obedeciendo las órdenes recibidas.

Cuando las autoridades superiores se noticiaron del hecho, ya estaba yo abordo del "Islay", donde más tarde se produjo una escena bastante animada con tal motivo.

En efecto, una comisión del Gobierno llegó á pedir mi regreso á tierra; cosa á que por supuesto me negué, secundada por el Capitán del "Islay" y todos los pasageros que á viva voz declaráronme en terreno neutral.

Si esta declaración no era en verdad, correcta, estando el buque en aguas nacionales, hizo su efecto hasta en la segunda comisión que llegó al vapor precedida de un escribano.

No sabía el pobre hombre cómo dar lectura al auto que llevaba entre los dedos y miraba lleno de turbación á los pasageros todos, que me rodeaban siguiendo un generoso impulso, al que estaré siempre grata, y dispuestos hasta al empleo de la fuerza para un rechazo.

El Sr. Luis Castro que también se dirijía al Callao, tomó una parte activa en esta cruzada caballeresca en favor de una dama.

Sintiendo yo lástima por el escribano, le arrebaté el papel que llevaba, y le leí en voz alta, devolviéndoselo en seguida.

Por este auto se me repetía la exigencia ya perentoria, de dar cuenta de la administración de mi finado esposo.

—Nada tengo que agregar á lo expuesto por mí,—dije al cartulario,—sino que esta

pretensión es menguada y que cubre de vergüenza á sus autores.

Aunque el vapor sufrió un retraso considerable en estos pusilánimes como viles manejos del Gobierno, levó anclas al fin, lleno mi corazón de tristeza por la futura suerte del Ecuador.

---

## CAPITULO SÉPTIMO.

**Lima.—Salida de Veintemilla á Chile.—El nuevo Presidente terrorista.—Héroes de la Restauración.—Acusaciones mutuas de los aliados.—El Banco del Ecuador.—Decretos de radicales y conservadores.—Verdulerismo gubernativo y parlamentario.—Administración de Caamaño.—Don Antonio Flores.—Conclusión.**

### I.

Nada contribuye más á desvanecer la melancolía natural del proscrito, que la vista de una tierra amiga y en donde nos espera algo patrio, por las costumbres, el idioma y en especial, la simpatía de sus habitantes.

Extraño sentimiento de bienestar sorprendióme al llegar á Lima, la capital del Perú, y al recorrer sus animadas calles acompañada de mi segundo padre el General

Ignacio de Veintemilla. Este, salió á recibirnos al vapor, cambiando un estrecho abrazo que resumía la satisfacción del cariño tras larga ausencia, y el reconocimiento allá en lo íntimo, de nuestros comunes esfuerzos por la causa liberal en el Ecuador.

Lima, desde el primer momento fijóse en mi corazón con caracteres de afecto imborrable. Las más distinguidas familias de esta sociedad encantadora y que por la finura de su trato goza de merecida reputación en América, se apresuraron á visitarme, honrándome con especiales manifestaciones de amistad. A esto debió contribuir en mucha parte, mi condición de mujer en una lucha política, y la publicidad de mi encarcelamiento por esta causa, después del triunfo de los Restauradores.

No hallo palabras bastante propias para manifestar el agradecimiento que me inspiran todas estas personas que me rodearon, suavizando con su amable trato, como hasta ahora, las consiguientes penalidades del ostracismo.

Pero, estaba escrito que no nos dejaran disfrutar de un hospedaje tan bello sin añadir nuevas mortificaciones, los hombres del terror, áulicos de Don José María Plácido Caamaño, Presidente electo como recurso de las facciones triunfantes en el conflicto de ambiciones mil, que se agitaron á la caída de Veintemilla.

En efecto, Caamaño entabló negociaciones en el Perú con el Gobierno Provisorio de Iglesias, á fin de que el ex-Dictador ecuatoriano, fuera entregado á sus enemigos como un criminal vulgar, haciéndole responsable de los sueldos que percibió en la época de su administración.

Iglesias que debía haber rechazado de plano esas gestiones contra un asilado de la importancia de Veintemilla, creyó político por entonces, entenderse con la cancillería de Quito en un asunto doméstico de carácter tan miserable.

El móvil de ese Gobierno rechazado por la opinión pública del Perú, era la reciprocidad de servicios, mendigando en cambio

de las hostilidades á Veintemilla, el favor de las autoridades de Guayaquil, contra algunos conspiradores peruanos en dicho puerto.

No fué, pues, poca nuestra indignación y nuestra sorpresa, cuando el Gobierno de Lima notificó á Veintemilla su deseo de que abandonase el país para no verse obligado á entregarle á las autoridades ecuatorianas.

Con escándalo de los amigos y hasta de los indiferentes, por esa falta de respeto á los deberes de hospitalidad, llevóse á efecto el destierro de Veintemilla.

Dirijióse á Chile, donde lo mismo que en el Perú, fué recibido con aprecio y amabilidad por las distinguidas personas que hacen allá, gozar al estranjero con la avanzada cultura de su país.

## II.

Los cabecillas terroristas del Ecuador tuvieron al fin, que buscar una forma de Gobierno distinta de la del Pentavirato.

No encontrando de pronto al que ejer-

ciera la Dictadura á la manera de su antiguo amo, García Moreno, resolvieron aparentar un misticismo político, del cual surjiese el hombre más apropósito para ser gobernado con la irresponsabilidad de que se premune el consejero.

Electo, no por los pueblos, sino por el circulillo de Flores, Salazar, Sarasti, y demás *héroes* de la Restauración, vióse Don José María Plácido Caamaño con la banda presidencial cuando menos lo pensara, después de su artística gira por el Perú, donde ganó reputación, en modestos salones, de hombre gracioso y regular cantante.

Este servil instrumento, que nació á la presidencia en hora tan aciaga para el Ecuador, aplazó las particulares ambiciones de otros caudillos que se creían con títulos á la primera magistratura.

## III.

Nada más ridículo después de la toma de Guayaquil, que los pomposos partes redac-

tados á sabor de cada uno de los pretendientes al poder; ni jamás como entonces, fué vehemente el deseo del oropel y del ruido.

Envían aviso de sus triunfos á las vecinas repúblicas, como si éstas pudieran participar del regocijo y bambolla á que se dan los hombres poco serios, tras las domésticas luchas.

La propia glorificación en sus partes y dos ó tres felicitaciones de simple cortesía, ó de personas poco cuidadosas de su decoro, he ahí á lo que se reduce aquella apoteosis del terrorismo.

Y como si no fuera bastante la patriotería escrita, se apeló á las condecoraciones que sólo por una guerra internacional pueden justificarse en nuestros países republicanos.

Vaya de muestra el siguiente decreto de la Asamblea llamada Nacional para mayor escarnio.

"La Asamblea Nacional del Ecuador en uso de la atribución 9.ª del art. 62 de la Constitución:

DECRETA.

"Art. 1.º Se concede una medalla de pri-

mera clase al Director de la Guerra contra la Dictadura, Señor General Francisco Javier Salazar.

"Art. 2.º Se concede medalla de segunda clase á cada uno de los Señores, General Secundino Darquea, (1) segundo Comandante en Jefe del Ejército Restaurador, Señor José María Plácido Caamaño, Comandante de la segunda división del Sur, y Doctor D. Antonio Flores, Comandante en Jefe de la División de Reserva.

"Dado en Quito, Capital de la República, á 26 de Abril de 1884.

"El Vicepresidente *Ramón Borrero*—El Diputado Secretario *Honorato Vásquez*, El Secretario *Aparicio Rivadeneira*."

Pero, la sed de gloria no se contuvo allí. Era preciso ungir otra gran cabeza de la revolución ultramontana. Léase si no, esta bellamente redactada proposición del Gobierno, que se sancionó en seguida.

"Congreso Nacional reunido en Cámara Plena. Sesión del 22 de Julio de 1886. Aprobada él acta de la sesión anterior de 15 de Julio, se leyó el siguiente Mensage de S. E. el Presidente de la República, que motivara la reunión del Congreso.

"H. H. Legisladores:

"—La hoja de servicios que acompaño, ma-

(1) El asesino del General José de Veintemilla.

nifiesta los importantísimos servicios prestados por el Señor D. Reinaldo Flores. Estos servicios ejecutados con abnegación y absolutamente ostensibles al país, merecen gratitud y justicia. Su bravura (!) en los combates, que han dado honra á la Nación y estabilidad á las instituciones del orden público, le hicieron merecedor del empleo de General, y lo obtuvo después de LA MEMORABLE JORNADA DEL 10 DE ENERO DE 1883.... Cediendo á la justicia tengo la honra de proponeros al expresado Señor Coronel Flores para su inmediato ascenso á General de la República, conociendo que hoy el H. Congreso no tiene más regla que la justicia en sus altas deliberaciones. Quito, Julio 19 de 1886.—José M. Plácido Caamaño.—El Ministro de Guerra y Marina.—José María Sarasti." Luego se puso en conocimiento del H. Congreso la hoja de servicios del Coronel Reinaldo Flores.

NOTAS.

Valor:—Sobresaliente *á toda hora* (!)
Conducta.——Muy buena.
Instrucción.——Buena.
Capacidad.——Muy buena.

*Sarasti.*

Quienes recuerden lo anteriormente espuesto sobre el combate del 10 de Enero, no dejarán de reir por las causales de un ascenso semejante.

Reinaldo Flores derrotado miserablemente á las dos de la tarde de ese dia, por las fuerzas que obedecían á una mujer, era tan acreedor al generalato, como un sacristán de monjas á la mitra.

## IV.

¿Se creerá que los hombres de la Restauración, al abrir campaña contra la Dictadura, no mancharon sus manos sino con sangre?

Indudablemente que no.

Los robos y defraudaciones que hicieron esos nuevos cuadrilleros de la *Santa Hermandad*, constan hoy en documentos auténticos, suscritos por sus jefes de más significación.

El General Eloy Alfaro en uno de sus opúsculos, *La Dinastía Mastuerzo*, página 45 tomo I dice lo siguiente:

El Gobierno del Pentavirato del cual era último miembro suplente, el Sr. Antonio Flores, recibió de la Tesorería de Guayaquil la suma de 634,045 pesos 85 centavos; y de éstos no dieron cuenta en la Memoria del Ministro

de Hacienda á la Asamblea recordada. Pero ya figuraban allí más de 1.400,000 pesos, cantidad que unida á los 634,045 pesos anteriores, forman un guarismo que pasa de dos millones de pesos mal contados é invertidos en los pocos meses que tuvó de existencia el mencionado Pentavirato.

En contraposición á Alfaro, se denuncian por Flores, hechos que complementan nuestras noticias. El terrorista y el radical, deponen cada cual por su lado, las dos mitades acusadoras que forman la totalidad de un gran crimen.

Dice Flores, de Alfaro, en sus *Cargos ante la Historia:*

Cargo 3.° De no haber rendido las cuentas que pidió la Asamblea Nacional, del millón de pesos mal contados, que ingresó en poder de Usted, y que en vano le exijió y exijió en un periódico de Guayaquil con un aviso permanente. Y advierta Usted que dimití el cargo de Presidente de la Comisión de Hacienda, por no exijírselas también de parte mia, y por no elevar el severo informe que merecía la resistencia de Usted en no rendirlas.

Cargo num. 12 De haber estimulado el robo, aplaudiéndolo como un acto de virtud, y empleando sin el menor asomo de vergüenza el dinero sustraído de las arcas fiscales etc.

Cargo num. 13. De haber traficado con la

sangre y las lágrimas de los pueblos, haciendo de la cosa pública un simple negocio particular, pues Usted mercachifle quebrado y deudor de gruesas sumas, no se ha metido á político sino por acallar la grita de sus acreedores.....

## V.

Después de las fundadas acusaciones entre los mismos que derrocaron á Veintemilla y su partido, hablaron los hechos, trayendo, naturalmente, en pos de sí, el triunfo moral de la Dictadura.

Fué de este modo que la austera verdad sometió á su fallo, de un golpe, á todos los partidos políticos del Ecuador.

Los restauradores olvidando sus burocráticos manejos, han tratado del empréstito exigido por el Capitán General de Veintemilla, al Banco del Ecuador, como de un suceso horrible, sin precedentes.

Asediado Veintemilla largo tiempo en Guayaquil, llegó el momento en que el ejército y los empleados públicos quedaron completamente exhaustos de recursos, á

punto tal, que el Dictador estaba en el caso de pedir consejos á la desesperación.

El comercio paralizado, no tenía á su pesar, cómo suministrarle dinero; y aunque pudo ser obligado á la alternativa de retirar sus mercaderías ó pagar derechos de aduana que habrían producido hasta un millón de pesos, Veintemilla no quiso en tan difíciles circustancias oprimirlo. Prefirió hacer valer su derecho para con el Banco del Ecuador, obligándole á un empréstito que era insignificante, pues la mayor parte de esos cacareados 320,000 pesos, constituían fondos depositados en el Banco por Veintemilla, pero que no eran suficientes para las apremiantes necesidades de su ejército y dependencias administrativas.

Víctima de su magnanimidad con el comercio, ocasionóse la pérdida de más de 300,000 pesos en derechos, que Hidalgo y Robinsón empleados en la Aduana, bajo aparentes muestras de honradez, lograron cobrar y esconder para congraciarse con el enemigo. Este, recibió el dinero, dándoles

en seguida el puntapié merecido por esos dos subalternos traidoramente serviles.

Hemos visto por los anteriores documentos, que el Pentavirato empleando la violencia se apoderó de dos millones de pesos, y el General Alfaro de un millón, á la vez que, ¡oh sarcasmo inaudito! un hombre oscuro, ignorante y sin reputación, se atrevía á poner, en nombre de los anteriores, fuera de la ley á Veintemilla, por un empréstito de menos de 320,000 pesos, estando su ejército en las más apuradas circunstancias.

Sarasti, vencido el 10 de Enero por las tropas que tuve á mi mando; Sarasti, que temblaba en el Protectorado de Quito á las dos de la tarde,y cuyo humilde nombre fué conocido por capricho de la suerte; Sarasti, que debió su triunfo á un atraso casual de las tropas de Landázuri, fué el digno comisionado del Pentavirato para negar oficialmente, á Veintemilla, por medio de un decreto, hasta la condición de beligerante.

Sarasti, Salazar y Landázuri, después de haber gozado del famoso saqueo por sus

tropas el 11, 12 y 13 de Enero, extrajeron violentamente, del Banco de la "Unión," la cantidad de 240,000 pesos, el dia 28 del mismo mes, no ya con la necesidad real de Veintemilla, que no podía tampoco dejar morir de hambre á su Ejército, sino imponiendo con amenazas al Gerente de ese Banco, Sr. Manuel Palacios. En manos de este caballero había depositado Veintemilla esa cantidad que entrégó al fin, el Gerente, cuando los restauradores entraban á la Capital, donde disponían de cuantiosos recursos, á costa de las lágrimas de cien familias.

No faltó quien increpara á Palacios por su debilidad. Este se disculpó mandándome decir, en la prisión, que ante la fuerza no le había sido posible resistir, pues los violentadores habían asegurado el golpe, apoderándose primeramente, de los libros del Banco.

Y estos curros azuzadores de la revuelta, ponían fuera de la ley al Jefe de la Nación; al que con derecho exijía del Banco del Ecuador un miserable empréstito cuya forzosa inversión era tan clara!

Preguntemos ahora: ¿qué se hizo de los millones tomados por ellos en su *Guerra Santa* contra los liberales de 1883?.......

Pero, el descubierto moral pesa con más fuerza sobre los hombres de la Restauración.

## VI.

He dicho en otra parte, que Alfaro se presentó como redentor de ideas, cuyo verdadero alcance no le ha preocupado nunca.

Según las flamantes doctrinas radicales, el fusilamiento por causa política es un crimen.

Ahora bien, por el documento que sigue, se verá la contradicción abierta con sus principios, del que al hacerse aliado de los conservadores, pareció darse también un baño de terrorismo.

Yo, Eloy Alfaro, Encargado del Mando Supremo de las Provincias de Manabí y Esmeraldas.

Considerando:

1.° Que sin otro objeto que el de venganzas personales, varios individuos bajo el manto de revolución etc.

2.° Que en tiempo de guerra y revolución los procedimientos dilatados son contrarios á los propósitos y á los fines.

3.° Que están autorizados por las leyes de la guerra, y practicados por todas las naciones civilizadas, los juzgamientos sumarios y militares, en caso semejante.

4.° Que es principio admitido por todas las naciones civilizadas, el que la guerra viva de la guerra (!)

5.° Que para preparar el imperio de la razón, de la justicia de la ley, y el respeto á los derechos humanos y civiles, por el doloroso medio de las armas, es menester la energía y resolución que requieren los casos dificultosos:

Decreto:

1.° *Que los sindicados de los mencionados crímenes en Manabí*, sean juzgados sumariamente y verbalmente, sin apelación, por un tribunal compuesto de tres militares desde el grado de Teniente para arriba, presidido por un militar designado por el Jefe de Operaciones y autorizado por un Secretario nombrado por el mismo Tribunal.

2.° Que en este juicio intervenga el Agente Fiscal de la Junta, y á falta de éste un promotor nombrado por el Jefe de operaciones: en caso de que el sindicado nombrase un defensor, lo hará también el Jefe de operaciones

3.° Que el juicio desde su iniciación hasta la sentencia inclusive, sea verbal y la senten-

cia firmada por votos vocales, y autorizada por el Presidente y Secretario.

4.° Que la sentencia la mande ejecutar el Jefe militar de la Plaza.

5.° Que los autores, ejecutores y cómplices de los asesinatos alevosos en las prisiones, se les aplique la pena capital, que es la señalada por el código penal común.

6.° Que los bienes de todos estos criminales, se les confisque, para mientras dure la guerra.

Dado y firmado en el Cuartel General de Mapasingue á 2 de Julio de 1883.—Firmado.

ELOY ALFARO.

Otro radical fusilador, asoma la cabeza en el siguiente decreto. Diríase que andaban en competencia los bravucones jefes de esa campaña.

Francisco Hipólito Moncayo Coronel de Ejército y Jefe de Operaciones de esta Provincia.

Decreto:

1.° Desde esta fecha asumo el mando sobre toda la Provincia de Manabí, con todas las facultades que se me han concedido.

2.° Procédase inmediatamente al juzgamiento en Consejo de Guerra verbal, y de conformidad con los decretos expresados por el Jefe Supremo, de fecha 2 y 3 del presente, contra todos los autores, cómplices ó auxi-

liares del motín ó asonada que tuvo lugar el 27 hasta el 30 del pasado en los cantones de Montecristi y Portoviejo.

3.° Hasta que se restablezca absolutamente la tranquilidad de la Provincia, se la declara en estado de sitio; y se previene el más escrupuloso servicio en campaña de los cuerpos que se hallan acuartelados.

## VII.

Quisiera dar por terminada la tarea de exhibir á los Restauradores en sus tropelías de todo género.

Necesario es, sin embargo, apelar á nuevos documentos para que juzgue el mundo de la índole de los hombres que gobiernan hoy el Ecuador, y los medios de que se valieron ayer para encumbrarse.

He aquí un oficio que ahorra los desfavorables comentarios: tan degradante y bochornoso es su contenido.

República del Ecuador—Ministerio de Estado, en el Despacho de Guerra y Marina.—Circular n.° 49.—Quito, á 20 de Diciembre de 1884.—Al Sr. Coronel D. Reinaldo Flores, Jefe de Operaciones en las Provincias del Litoral.—En conformidad con las leyes del Derecho Internacional, en lo relativo á la

guerra, es derecho incuestionable de los beligerantes, apoderarse de los medios que el enemigo tiene para seguir dañando, y que por su naturaleza pueden servir para las operaciones bélicas, así como el de imponer multas de guerra para el sostén de las fuerzas y hacer requisiciones ó prestaciones en especie para su sostenimiento, todo en relación con las propias necesidades y los recursos del enemigo. *Fundado en esta doctrina generalmente reconocida en los países cultos* ( *!* ) el Supremo Gobierno ordena que US. dicte las medidas convenientes, al propio tiempo que enérgicas y eficaces, para sacar de los recursos de los revolucionarios todo lo que haya menester el sostenimiento del ejército en operaciones activas, sobre el enemigo, ya exigiéndoles en especies, como víveres, caballería etc., ya en dinero para atender las necesidades de la tropa.—firmado—*José María Sarasti.*

Véase por esta nota, las nociones de derecho que tenían los terroristas. Fundarse *en la doctrina generalmente reconocida en los países cultos* para apropiarse de los bienes particulares!

Si documentos de esta calidad no ponen rojos de vergüenza á sus autores, no sabemos ya qué análogo sentimiento pueda encender un rostro humano.

En el folleto alfarista *Dinastía Mastuerzo* pág. 89, se lee:

El caso de que habla Mr. Bayard, según todo lo que hemos visto de los periódicos de Norte América es el siguiente: Un tal Reinaldo Flores teniente del Presidente Caamaño en Manabí, impuso treinta mil pesos de contribución á un ciudadano de los Estados Unidos, sin más causa que porque este sujeto era rico. El ciudadano americano se negó naturalmente á entregar esa enorme cantidad de dinero, y mucho se ha de haber arrepentido después. Atado de piés y manos, casi desnudo, sin alimento, se le dejó muchas horas en una prisión. Su casa fué allanada y saqueada, y luego él mismo conducido á pié hasta que se le embarcó para Guayaquil, en donde según los periódicos de New York, sigue preso todavía. El Gobierno de Washington mandó en el acto un buque de guerra á Guayaquil, y el Ecuador para evitar las consecuencias, mandó al Sr. Antonio Flores á los Estados Unidos. Este es el asunto que el dicho Señor Flores ha querido arreglar con *Despachos anónimos publicados engañosamente* en los periódicos, según leemos en el "New York Herald" y en la "Estrella de Panamá" del 13 de Junio..........

Tanta miseria y criminal procedimiento de nuestros enemigos, según confesión de ellos mismos, en su posterior guerra de in-

tereses, nos releva del trabajo de señalar punto por punto, los escándalos á que se entregaron so pretexto de derrocar la Dictadura de Veintemilla.

## VIII.

Los escritores terroristas y radicales, han dejado nombre en el Ecuador por sus polémicas.

Nada más ruín y vergonzoso que esos panfletos y hojas periódicas, lanzados á los cuatro vientos para enrostrarse sus crímenes de mutuo.

Talentos hay que, al no esgrimir aquella arma criminal,constituyeran lègítimo orgullo de la Nación Ecuatoriana,

Inesplicable delirio! ciego impulso de furor que no respetó ni á las mujeres!

Pero lo que admira más es aquel torpe lenguage empleado en el recinto de las Cámaras Legislativas por los Restauradores de 1883.

El mismo Presidente Caamaño dióse á la verdulería de la época, llegando hasta

á aceptar en la redacción de sus mensages, insultos que hacen verdaderamente más daño al que los vierte.

Entre los más feroces detractores de Veintemilla, de su familia y de su partido, en la Asamblea terrorista, destácase Pedro Cevallos Salvador.

Curiosa es la metamórfosis política de este hombre, que se exhibió primero, liberal ardiente, acabando por convertirse en ultramontano ciego, desde que emparentó con García Moreno, su enemigo de marras, y tuvo en el Presupuesto una lonja recomendable para quien antes viviera sin destino.

El antiguo liberal, después terrorista de filiación y á la caída de Veintemilla diputado guillotinador con la lengua, no cesó un instante de vomitar contra nosotros, injurias semejantes á las que en otro tiempo prodigaba á García Moreno, con la ferocidad del hambriento.

Qué ridículo tan atroz para algunos hombres, media entre sus actos y sus palabras!

Cevallos Salvador acababa de pronunciar

un discurso á lo Marat, pidiendo el exterminio de los veintemillistas, y encerrábase luego, en la capilla del Sagrario, para disciplinarse con entusiasmo á los gritos de *¡miserere!*

La llamada *Escuela de Cristo*, es una institución piadosa, resto del fanatismo antiguo, donde algunos engañabobos, al igual de nuestro héroe, se afilian con el objeto de macerar sus carnes, entonando preces á la Divinidad.

Muy pocos son también los *escolares cristianos*, que no tienen en su conciencia, sobrado motivo para el azote.

Sin embargo, esta vetusta práctica á la que se entrega Pedro Cevallos Salvador todos los viernes, no pone *coto* á su virulencia.

Siga pues, mientras viva, azotándose con razón, al solemne compás del *miserere!*

## IX.

La administración de Caamaño puede resumirse en pocas y desconsoladoras palabras.

En sus relaciones con las repúblicas hermanas del Continente, no le vemos sino gestionando la manera de perseguir á sus enemigos políticos.

Ninguna nota honrosa ha emanado durante esos cuatro años, de la cancillería de Quito.

En la guerra interna, Caamaño consecuente á los principios de sus tutores, no dió cuartel á los facciosos, pasando por las armas, á multitud de infelices ecuatorianos.

Sepúlveda, Leopoldo González, Infante, Vargas Torres y cien más sacrificados fria y cobardemente, harán la eterna condenación de ese Gobierno.

Un decreto que sería ridículo si no mereciese antes el dictado de canallesco, es el que suscribió Caamaño, borrando del escalafón militar á los veintemillistas, entre los que figuraban algunos héroes de la Independencia.

El odio que ciega á los hombres de reconocido saber, lleva á los entes vulgares hasta la turpitud.

Borrar del escalafón por causas políticas pasajeras, á militares antiguos y respetables como el General Robles ex-presidente del Ecuador, el Coronel Gregorio Rodríguez y otros, que fundaron la Patria en los albores del siglo, es una horrible blasfemia contra la Libertad.

Toda el agua del Jordán no es bastante para lavar ese pecado republicano sin nombre, en quien necesitó de los héroes de la Independencia para no confundirse entre los esclavos.

¿Qué podía ser la hacienda pública en el desbarajuste político de entonces?.... una caja sin fondo para los libramientos en favor de paniaguados y servidores de todo género.

La clave telegráfica de Caamaño, sorprendida en Guayaquil y entregada á la publicidad, durante su propia administración, ha hecho saber al país, escandalosos manejos del tesoro público. No hay indignidad financiera que dejara de ponerse en práctica por este hombre que ha pasado sobre el Ecua-

dor, como el *simoun* de la muerte y de la avaricia.

En obras públicas no se encuentra nada que valga el dinero empleado en ellas. La pequeña sección del ferro-carril de Durán, de que ya me he ocupado, está probando con su ruina, la impureza de aquel negocio. La colocación del telégrafo de Guayaquil á Quito, es bien poca cosa, si se considera que el material completo se debe á la administración de García Moreno. Veintemilla no pudo iniciar ese trabajo, por las revoluciones con que le distraían sus enemigos que habrían inutilizado constantemente, cualquier línea telegráfica.

Queda una obra sin embargo, en el alcázar de Quito, que recomienda á Caamaño como un hombre amante del progreso de su país. Esta obra consiste en los retratos de todos los presidentes del Ecuador hasta él,—que no pudo faltar en una galería hecha de exprofeso para lucir su figura.

Harto trabajo costó convencerle de que se retratase en el traje sencillo que corres-

ponde á un presidente civil. Nuestro mandatario quería á toda costa, mostrarse á las generaciones futuras, al lado de Rocafuerte, con los arreos pomposos de una orden pontificia, que le obsequió León XIII, en mérito de sus adulaciones al Papado.

Como baja tanto alcalde de pueblo, después de haber servido en sus odios á un juez de paz ó á un barbero más astutos que él, así bajó del solio, D. José María Plácido Caamaño, gerente presidencial del terrorismo é instrumento ciego de ese partido en sus determinaciones todas.

Un mérito ha de reconocérsele, y es el de que ningún otro hombre, siendo tan incapaz como él, ha podido en el Ecuador ir más lejos por el camino de los abusos.

Y aquí se nos acuerda el célebre dicho de Franklyn: *A ningún necio le falta talento para ser malvado.*

## X.

Don Antonio Flores, actual Presidente de la República, por las mismas intrigas que

elevaran á su antecesor, no habría alcanzado el puesto que hoy ocupa, sin apostatar años atrás, del liberalismo con que inició su vida pública en el Ecuador.

Todos recuerdan el famoso programa de D. Antonio Flores en época algo atrasada ya; programa liberalísimo hasta ser radical, pues se planteaban en él reformas totales en la administración civil y eclesiástica.

Menguado es el fin de un gran número de liberales en nuestra América.

Principian por una temeridad como es la de negar á Dios, y acaban por una bellaquería como es la de acojerse al credo ultramontano para servir al Demonio de sus intereses.

Flores ha ensayado, posteriormente, todos los géneros de gobierno. Ha querido conciliar lo que inconciliable es de sí. Pudores de antiguo liberal le arrastran á suprimir el diezmo; obligaciones nuevas de sectario le llevan á rentar las iglesias y pedir la protección nacional para los curas.

Establece, aunque á medias, la libertad de

imprenta, y acepta el cadalso para los delincuentes políticos.

Ensayador desgraciado de sistemas contradictorios, no pertenece á la raza de los hombres altivos que miran como glorioso título su dominación por la independencia de sus actos. Ante la posteridad no será ciertamente, un Sila, ni un Mario; veráse le tan sólo como un empírico gobernante, no falto de habilidad para halagar en un principio á los diferentes partidos políticos del Ecuador, y que no inspira por lo mismo, respeto ni simpatía, ni admiración ni odio.

## XI.

Los pueblos hispano-americanos, arrastran casi todos, una existencia idéntica.

Hay cualidades y defectos comunes de raza, que no les permiten entrar de lleno en el camino del orden. Siguiendo el paralelo de sus volcanes, viven con extremecimientos revolucionarios, periódicos y fatales, que van sin embargo, disminuyendo en intensidad conforme se ilustran las masas, cuya

quietud y hábitos de trabajo corresponden al enfriamiento gradual de las materias terrestres en ignición.

El Ecuador, aunque desgraciado hasta el dia, no tiene sin embargo, por qué perder la fe en sus destinos futuros.

Los pueblos más grandes y prósperos hoy, han tenido también su noche negra de horrores.

Exijir de pueblos jóvenes como el nuestro, la madurez y el orden de los antiguos y al presente tan poderosos, es exijir demasiado, desconociendo las sabias leyes de la Naturaleza. Esas leyes demarcan á las naciones un desarrollo tardío, casi morboso, cuando se atienen á sus propios recursos en medio de la ignorancia. Esas leyes no permitieron á las Galias del tiempo de César, sobreponerse á Roma, á la Rusia de Boris, supeditar al Austria, ni á la orgullosa Inglaterra de nuestros dias, contrarrestar al poder marítimo de Holanda, en época en que las Islas Británicas eran ni más ni menos que cualquier pueblo americano del Sur, en su abandono, su atraso y sus discordias.

La corriente de progreso que viene dejándose sentir cada vez con más fuerza, por las costas occidentales de América, traerá á no dudarlo, para el Ecuador, el desenvolvimiento intelectual y económico tan necesario al fin que se han propuesto los liberales.

Qué amargas al patriotismo, no obstante, son las victorias del mal sobre la probada honradez y sanidad de principios, en un país que comenzaba su marcha hacia destinos mejores!

El triunfo de los déspotas secuaces de García Moreno, ha caído sobre el Ecuador como un eclipse de duración larguísima, tras cortas horas de luz y de esperanza.

Los servidores á la causa liberal, durante el gobierno de Veintemilla, pueden decir en tanto, con la mano en el corazón:

—Tesoros no hay que hayamos defraudado, esclavitud que hayamos impuesto, sangre inocente que hayamos vertido, en los embates de una administración lejitimada por el pueblo en su amor á la libertad y aspiraciones más grandes de justicia.




3 2000 004 798 858





